Lázaro Minué

VIETNAM

la guerra que nunca acabó

San Martín Historia del Siglo de la Violencia



campañas libro n.º 10

Lázaro Minué VIETNAM campañas libro nº 10 San Martín



El autor:
Lázaro Minué

LAZARO MINUE es un periodista que se ha especializado en temas de defensa y geopolíticos. Profesionalmente, y a lo largo de más de veinte años, fue redactor de Extranjero de la Agencia EFE, más tarde corresponsal adjunto de la Agencia Reuter para España y posteriormente se incorporó a Selecciones del Reader's Digest, desempeñando los puestos de redactor jefe y subdirector. Miembro asociado del U.S. Naval Institute, forma también parte de la International Naval Research Organization.

Vietnam
la guerra que nunca acabó



VIETNAM

la guerra que nunca acabó

Lázaro Minué



Las fotografías de este libro proceden de:
Agencia Efe, Patrick Colvin, Revista Defensa, Revista General de Marina, Mary Schmidt y Dennis McEvoy.

EDITORIAL SAN MARTIN, S. L.
Difusión: Librería San Martín
Puerta del Sol, 6
28013- MADRID

Impreso en España - Printed in Spain
por Gráficas Lormo - Isabel Méndez, 15 - 28038 Madrid

Depósito Legal: M. 16516-1985
ISBN: 84-7140-231-9

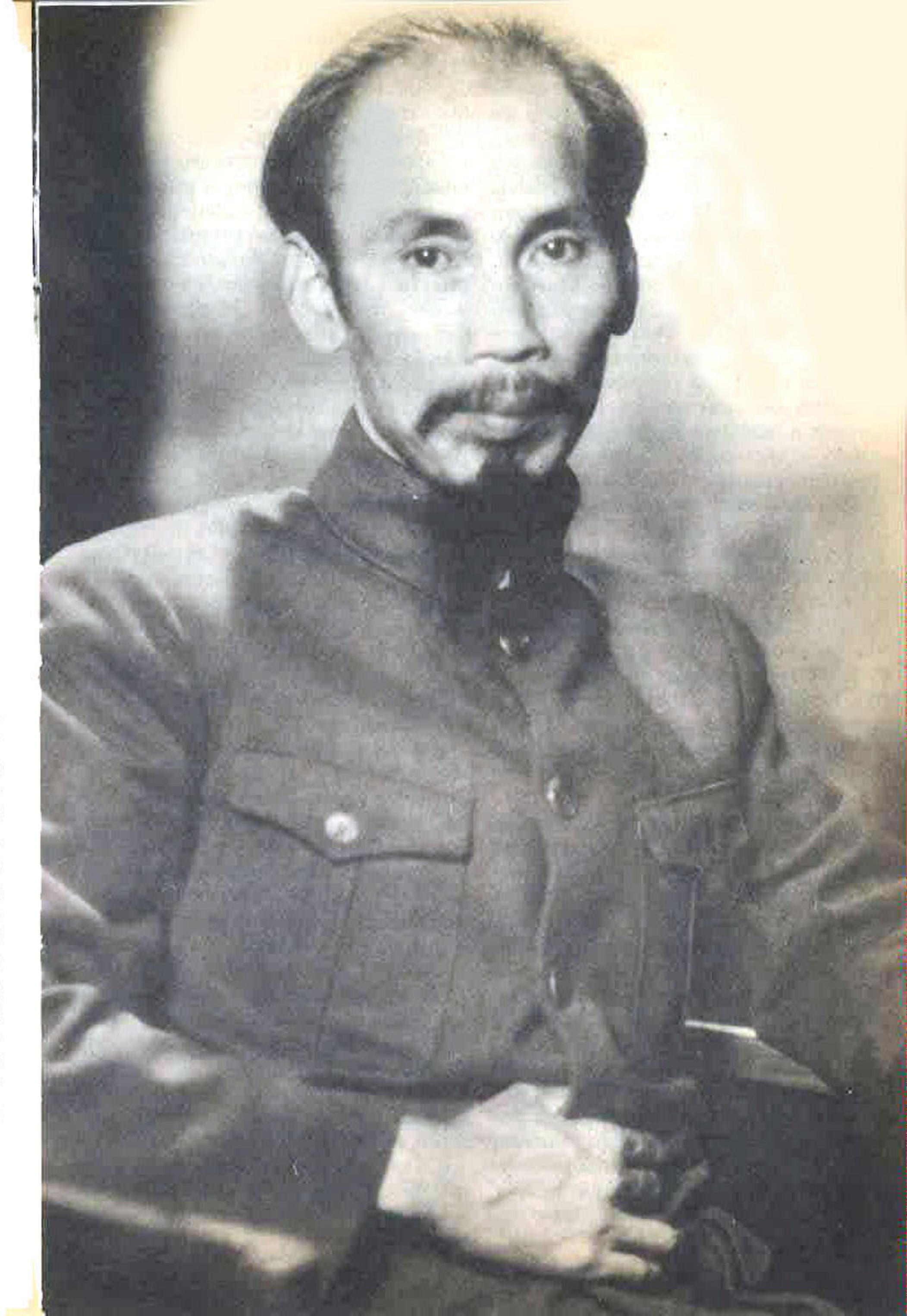
Indice

Prólogo y epílogo

En su prólogo a la obra *The Vietnam War*, el general William C. Westmoreland señala que, hace veinticinco siglos, Sun Tzu, filósofo y guerrero chino, escribió profundamente sobre el arte de la guerra. Decía Sun que la lucha era la forma más tosca de guerrear. Y, en vez de pelear, el filósofo aconsejaba:

"Romped la voluntad de luchar del enemigo, y habréis logrado el verdadero objetivo de la guerra. Cubrid de ridículo las tradiciones del enemigo. Explotad y agravad las fricciones existentes en el país adversario. Agitad a los jóvenes contra los viejos. Que prevalezca vuestro deseo, si ello es posible, sin conflicto armado. La suprema excelencia no es conquistar cien victorias en cien batallas. La suprema excelencia es derrotar a los ejércitos de vuestros enemigos sin tener siquiera que combatirles".

Y comenta Westmoreland que Ho Chi Minh tenía que tener bien presentes las enseñanzas de Sun Tzu cuando ideó una estrategia tanto para su guerra de liberación contra Francia como para su guerra de agresión contra el Vietnam del Sur, en la que los Estados Unidos fueron su adversario principal. Westy comenta textualmente: «Aunque (Ho Chi Minh) no pudo prevalecer en ninguno de los dos conflictos sin dar la batalla, él —o sus sucesores— fueron capaces en ambos casos de "explotar y agravar las fricciones existentes en el país enemigo" y "agitar a los jóvenes contra los viejos"; y en la guerra con los Estados Unidos pudo también "cubrir de ridículo las tradiciones del enemigo". Al menos en algunos círculos, los norvietnamitas lograron cambiar la enraizada imagen de los Estados Unidos como campeón de la libertad por la de una gran potencia que intervenía dura e inhumanamente en los asuntos internos de una pequeña nación. En el proceso, los norvietnamitas "rompieron la voluntad de luchar del enemigo" y, pese al triunfo norteamericano en virtualmente todos los campos de batalla, salieron vencedores al final».



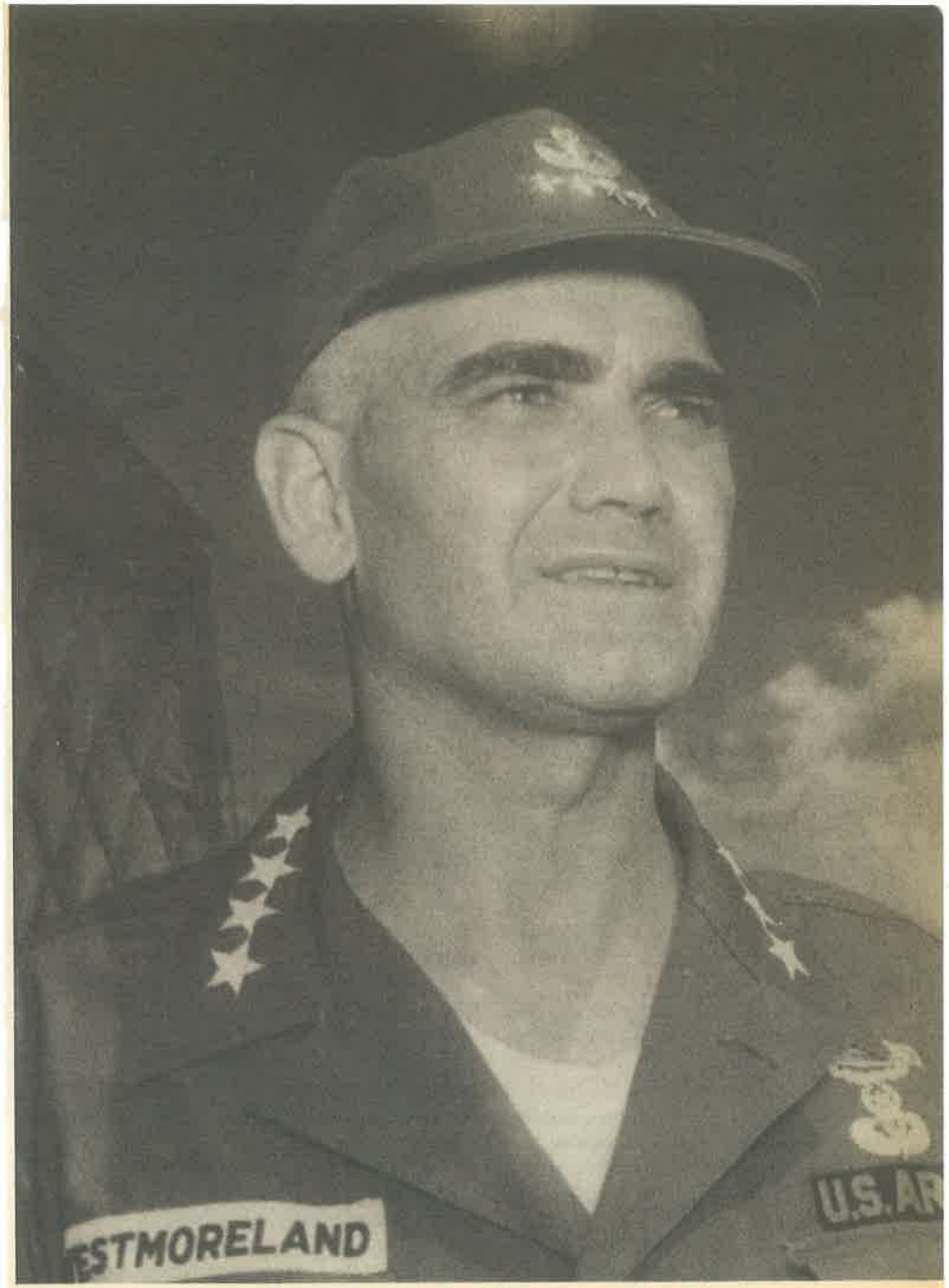
Ho Chi Ming, líder independentistas y revolucionario vietnamita.

Todo parece indicar que el general estaba en lo cierto al escribir tales palabras respecto a un adversario suyo que no echó en saco roto las enseñanzas de un filósofo que vivió hace veinticinco siglos. Las causas fundamentales del resultado de la guerra fueron, a no dudar, la falta de voluntad de luchar de un pueblo frente a la lucha a ultranza del pueblo adversario como un solo hombre. En este orden de cosas, no cuenta —o cuenta muy poco— el poderío material de uno u otro combatiente, aunque sea necesario. También, la incapacidad de uno de los bandos en cuanto a deshacer la imagen del enemigo, acentuando al mismo tiempo la propia, tanto en el conjunto de los países afectados por el conflicto como en el resto del mundo. Esta última causa implicaba el ejercicio de una gran capacidad política, diplomática, psicológica e incluso cultural. En el mundo actual, hay odas y canciones en homenaje a unos presos políticos o a los componentes de una guerrilla. Pero no se hace nada de esa clase para ensalzar a un ejército de un gran pueblo en una lucha justa, o al menos justa dentro de la imperfección humana.

Es curioso que en un tiempo en que las luchas políticas y las guerras menores —en realidad, simplemente guerras, porque mayor, mayor no ha habido ninguna desde la Segunda Guerra Mundial— se resuelven a base de componendas, pactos y arreglos —que nada o muy poco resuelven en definitiva—, la del Vietnam terminara a la manera clásica: con la total caída del Vietnam del Sur, la retirada de los Estados Unidos y el desfile del victorioso Vietnam del Norte por la antigua capital de su enemigo. No fue, pues, un final arbitrado, una paz con condiciones o arreglada por la mediación de terceros. La guerra del Vietnam terminó así porque en lo clásico no caben otros finales: uno es derrotado con todas las de la ley, otro triunfa de manera total y el aliado del primero regresa a su casa a reflexionar sobre el fracaso y a sacar enseñanzas del mismo, si puede.

Hay también otra razón que explica el que las cosas fueran así. Los Estados Unido no llevaron nunca la guerra al territorio del Vietnam del Norte, aunque lo bombardearan. Siempre insistieron en que no buscaban la aniquilación del bando representado por Hanoi, sino simplemente detener la agresión comunista contra el Sur. Así es prácticamente imposible ganar una guerra. Norteamérica triunfó en la Segunda Guerra Mundial porque su territorio no fue violado, pudo desarrollar al máximo sus enormes recursos y su potencial técnico y proyectar la fuerza resultante contra los enemigos, prácticamente también a escala mundial. Gran Bretaña fue bombardeada, pero pudo mantenerse en pie porque la Operación León Marino no llegó a realizarse. Es decir, si hay un territorio más o menos a salvo, existe refugio y base de represalia, o de agresión. Los norvietnamitas no sólo contaron con su propio suelo, sino que hacían «santuarios» del de los vecinos Laos y Camboya. Así pudieron hacer su guerra, y a su victoria se agregó, por añadidura, la de laosianos y camboyanos de su ideología.

Si en el Vietnam ya unificado hay todavía acciones de resistencia por partes de grupos tradicionalmente belicosos y, ahora, anticomunistas, que exigen la intervención del Ejército regular, tampoco reina la paz —al menos en su concepto clásico— en Laos ni en la nueva Kampuchea. En esta, la antigua Camboya, su fama de pueblo tranquilo, religioso y artista se ha venido abajo. La capital, Phnom



El general William C. Westmoreland, jefe del Mando de Asistencia Militar norteamericana en el Vietnam.

Penh, fue evacuada de la noche a la mañana, y sus habitantes desplazados al campo, para trabajar y ser «reeducados». La *Angkar* (Organización), autoridad suprema del país, ha aplastado sin misericordia cualquier tipo de oposición a sus dictados. Y tampoco en este caso faltan los elementos disidentes que tratan de derribar el régimen: unos, aquellos que se retiraron del Khmer Rojo; otros, los de un aparentemente nuevo movimiento de liberación.

Claro es que a veces no basta la semejanza de ideología para que las cosas discurran pacíficamente. Y así, las diferencias nacionales y los odios ancestrales actúan. Los vietnamitas han invadido en diversas ocasiones el territorio antes llamado camboyano, y de una manera más notable en junio de 1978. Naturalmente, no resulta sorprendente que el Vietnam emerja como la nación dominante de la antigua Indochina. Tiene un ejército de gran experiencia, con veinticinco divisiones, diez regimientos de artillería, quince regimientos independientes de infantería, veinte de misiles antiaéreos, además de cincuenta de artillería antiaérea y unos novecientos carros de combate. La fuerza aérea cuenta con más de trescientos aviones de primera línea, y todo el conjunto respira profesionalismo.

En cuanto a Laos, baste decir que los vietnamitas tienen allí cincuenta mil hombres, incluida una de sus mejores divisiones. Se ha dicho que el general Giap, verdadero artífice de la victoria de Hanoi, piensa que la estrecha cintura del Vietnam central es indefendible si no se dispone de Laos. Y ello explica muchas cosas: ese predominio vietnamita responde a los intereses rusos, a quienes vendría muy bien —aparte de molestar a China— contar con bases aéreas en la zona y, muy especialmente, con la naval de Canranh, que los norteamericanos se ocuparon de desarrollar a base de millones de dólares.

En diciembre de 1978, se anuncia la existencia de un Frente Unido para la Salvación Nacional de Kampuchea, dirigido por Heng Samrin, ex oficial y comisario del Khmer Rojo, y Chea Sim. Fuerzas de este Frente y, sobre todo, doce divisiones vietnamitas acaban con el cruel régimen de Pol Pot en apenas dos semanas. Otra victoria más para Hanoi, aunque, hábilmente, los vietnamitas dijeran que la acción en Kampuchea fuera obra del propio Frente de Salvación Nacional.

Con seiscientos mil combatientes aguerridos, el Vietnam se afirma como país dominante y cabeza de una potencial federación indochina de sesenta millones de habitantes. Los de Hanoi pueden jactarse de haber vencido a los franceses, a lo norteamericanos, a sus homónimos del Sur, a Kampuchea y, tangencialmente, a Laos. El próximo objetivo podría ser Thailandia. Y, quizá con la cobertura de una fuerza naval como la soviética, Birmania, Malasia, incluso Indonesia, no dejarían de sentirse amenazadas. Sólo China estaría en condiciones de contrarrestar a un aliado de Rusia, su eterna rival, en el sur, teniendo también a la propia URSS como constante enemigo fronterizo en el norte. Pero China no pudo hacer nada en socorro de sus protegidos camboyanos, ni salió airosa de la breve confrontación con los vietnamitas.

Al poner de relieve con entera objetividad la determinación de un pueblo pequeño y aguerrido a través de una guerra larguísima y cruel, en la que al final salió victorioso, queda como única lección la de que sólo mediante la entrega total se puede

ganar una lucha pese a quien pese. Claro que el elogio posible se queda corto porque ese esforzado guerrero ha sido simplemente un peón en una partida de más envergadura, partida en la que el bando contrario no ha quedado bien parado, a pesar de su potencia. ¿Era éste, quizá, como dicen los chinos, un «tigre de papel»? El tiempo lo ha de decir. La caída del Sudeste asiático en otra esfera de poder convierte esta zona en otro «hombre enfermo» del mundo, como lo fueron los Balcanes en la Europa anterior a la Primera Guerra Mundial; como en otro aspecto lo ha sido y lo es aún el Oriente Medio; en definitiva, otro punto de fricción, otro barril de pólvora.

La vieja tierra adonde acudieron los españoles para defender la fe católica, y lo franceses con una mentalidad menos espiritual, no ha encontrado la paz y el reposo que su lucha y sus sufrimientos merecían. Porque, de un modo u otro, entre sí o con sus vecinos más o menos próximos, el país de los Khmers y el reino del Millón de Elefantes, la propia nación de los Hombres del Sur, ese Vietnam que tanta sangre y tanta tinta ha hecho correr, siguen todavía en guerra, en guerra en sesión continua.

Dos milenios de lucha

El personaje es el Vietnam. El tiempo, todo el tiempo del mundo; más o menos, para concretar un poco, situemos en dos siglos antes de Jesucristo el comienzo de la historia conocida. El lugar resulta fácil de señalar en un mapa moderno —tambien vale uno antiguo, si bien quizá le parezca raro a un hombre de hoy. El contorno cartográfico da la impresión de un caballito de mar con la cola al revés. Con China como poderoso vecino norteño, y Laos y Camboya (la actual Kampuchea) al oeste, el país ocupa la costa oriental de la península indochina, un litoral de unos 2.400 kilómetros sobre el golfo de Tonkín al nordeste, el mar de la China Meridional al este y al sur y el golfo de Siam al sudoeste.

Dicen la crónicas que un señor de la guerra chino, el renegado Trieu Da (Chao To), fundó el reino de Nam Viet alrededor del año 207 antes de Jesucristo, reino que se extendía hacia el mar de la China desde el moderno Da Nang y que él gobernaba desde la zona de Cantón. En el 111, este embrión del Vietnam cayó bajo el embate de las fuerzas del emperador Wu Ti, de la dinastía Han, y gimió por más de un milenio bajo el yugo chino.

El primer período de independencia vietnamita se inicia en el siglo X de nuestra era. Anteriormente, si bien los chinos retenían el norte del país, había más abajo dos estados hindúes donde, como es natural, predominaba la influencia india: el reino del Champa, desde el techo del delta del Mekong hasta, aproximadamente, el paralelo 18, y el de Funan, que ocupaba este delta y lo que es ahora Camboya. Este sucumbió en el siglo VI ante el empuje de los pueblos Mon-Khmer del Imperio camboyano; Champa estuvo en lucha con los vietnamitas pero se mantuvo en pie hasta que éstos acabaron finalmente con él en el siglo XVI, época en que los países de la Europa occidental, con España como gran adelantado, empezaban a llegar al Extremo Oriente por otras rutas.

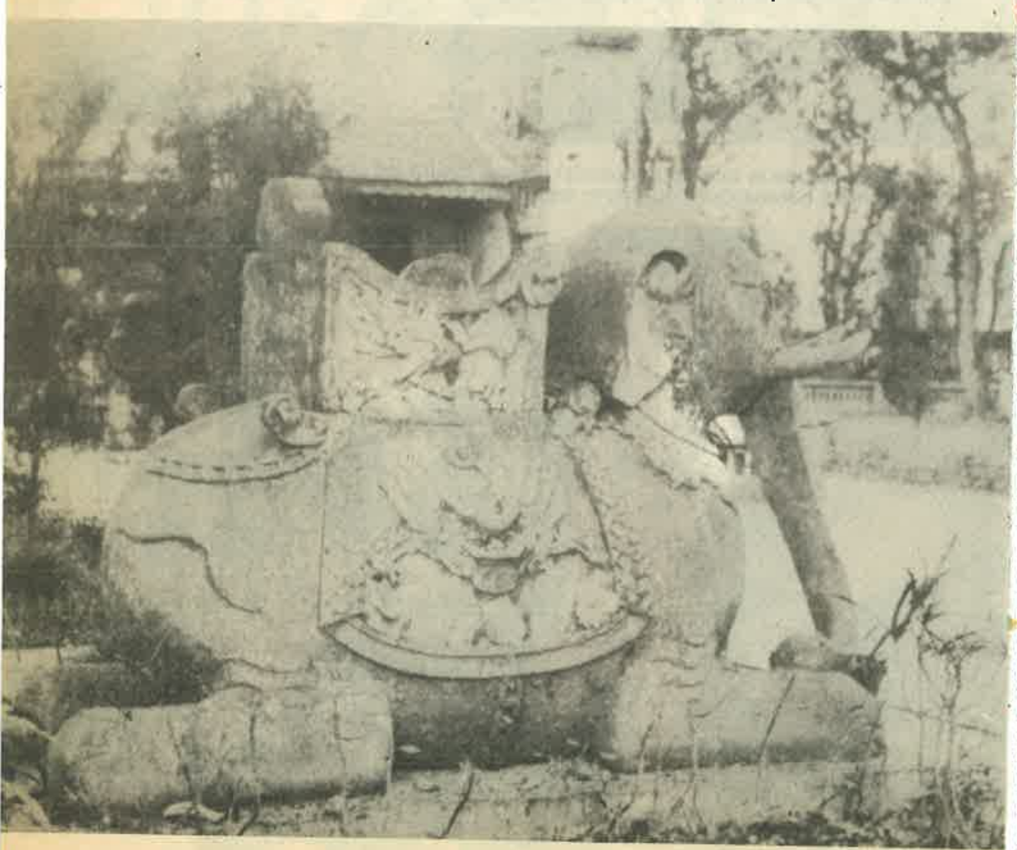
Un caudillo, Ngo Quyen, derrota

Arriba: **Soldados de la infantería colonial luchan contra los chinos.** Abajo: **Un buque de guerra francés bombardea Fou-Chow, en el Tonkín.**

a los chinos en 939, tras un período largo de alzamientos vietnamitas favorecido por el declive y la caída de la dinastía Tang. Siguen luego las luchas intestinas y conflictos externos. Hay una época de notable estabilidad bajo la dinastía Ly —más de dos siglos—, que desde Dong Kinh (moderno Hanoi) llevaba las riendas del reino de Dai Viet. Se rechaza una invasión china y se sigue combatiendo con Champa y con Camboya. Un gran general de la dinastía Tran (que existió dede el año 1225 al 1400), Tran Hung Dao, evitó la amenaza más seria: tres invasiones en masa de los ejércitos mongoles de Kubilai Jan entre los años 1257 y 1287.

Como puede verse, los vietnamitas tuvieron, si pasamos por alto todas las luchas y escaramuzas anteriores, un bautismo de fuego serio con la fuerza militar más perfecta de aquellos tiempos —los mongoles—, máquina de guerra que llegó a Europa y penetró profundamente en la India, lo que suponía el dominio de prácticamente toda Asia. Quizá la habilidad de ese pueblo del sur para la subversión, la guerrilla y el espionaje, tan demostrada en la guerra más reciente de los tiempos modernos,

Esta escultura de un elefante representa un arte oriental muchas veces desconocido, con profundas raíces escondidas en el pasado, como el mismo pueblo vietnamita.





El catolicismo comenzó a difundirse con la llegada de los españoles y portugueses, influyendo en el campo espiritual y cultural. Aquí vemos un grupo de sacerdotes vietnamitas que respaldaban la posición del poder establecido.

tenga su origen no sólo en las características raciales de esta etnia predominantemente anamita, sino también en lo que pudieran aprender de sus invasores mongoles. No olvidemos que éstos, aunque no fueran en sentido estricto los creadores de las tácticas de infiltración y subversión —probablemente tan antiguas como el propio hombre—, sí las llevaron a la práctica en gran escala y digamos que las comercializaron.

Además, probablemente latía en esos vietnamitas la propia raza mongola. Al principio se creyó que se trataba de un pueblo de esa estirpe que había sido empujado hacia el sur, al delta del río Rojo, en él hasta hace relativamente poco Viernam del Norte. Ahora se inclinan a considerar los etnólogos que los «viet» proceden mayoritariamente de un tronco indonesio-mongoloide-chino.

Coincidiendo con los finales de la Edad Media en Europa, prosiguen las sangrientas pugnas. Hay un usurpador del trono y todo, Ho Qui Ly, y los depuestos Tran piden ayuda a la archifamosa dinastía Ming. Así, los chinos invaden el Vietnam en 1407, pero, en vez de devolver el poder a la desposeída familia, tratan de establecer un estado marioneta. Esto tampoco es nuevo, claro está. Casi desde el comienzo de los tiempos, los países invasores han ensayado esta fórmula, casi siempre con escaso éxito también, y sin acordarse de quién solicitó su ayuda o les pidió que intervinieran. Hubo también represión y resistencia y, tras una campaña que duró nueve años, Le Loi, que luego subiría al trono con el nombre de Le



Thai To, derrotó estrepitosamente a los chinos en Hanoi.

La dinastía Le se prolongó más de tres siglos, hasta 1787, bien que con caracter nominal desde 1600, ya que el poder pasó a manos de dos familias de «mayordomos de palacio», los Nguyen y los Trinh, rivales, naturalmente. Como nada hay nuevo bajo el sol, también este sistema de «validos» funcionó en Europa. Se debilitó mucho la influencia india con la conquista del reino de Champa en 1471, y ya en pleno siglo XVIII cedió Camboya, por la fuerza de las armas, la zona del delta del Mekong y Saigón. El Vietnam alcanzó por entonces la mayor parte de su tamaño presente.

Las familias Trinh, en el norte, y Nguyen, en el sur, se disputaron el poder absoluto hasta las postrimerías del siglo XVIII. Unos nuevos personajes de ls inacabable tragedia vietnamita suben al escenario encabezando una revuelta: los hermanos Tay Son. Con ellos, que tomaron Hanoi en 1786 y rechazaron posteriormente una invasión china —como se ve, los poderosos vecinos del norte no cejaron nunca en su interés por las tierras de los hombres del sur—, el país alcanzó su unificación. Y podemos trazar el paralelismo entre aquel logro y el reciente, consecuciones ambas de la buscada unidad, aunque la última haya venido en un tiempo más o menos caracterizado en todo el mundo por las tentativas de subdivisión, de separatismo, de recuperación de viejos estados que, como en el caso del Africa negra sobre todo, habían quedado olvidados en la no-

A su llegada a París, Ho Chi Minh es recibido por las autoridades. Aquí le vemos con el ministro de los Territorios de Ultramar, Marius Moutet, a la derecha.

Arriba: **Los vietnamitas muestran sumisión ante las tropas coloniales francesas.** Abajo: **Un grabado francés de la época presenta una emboscada tendida a los colonizadores procedentes de aquella nación europea.**

che de los tiempos a resultas del colonialismo y de tendencias unificadoras anteriores a las «exportaciones» europeas.

Los Tay Son no duraron mucho, naturalmente. Nguyen Anh, superviviente de la familia de su nombre, empieza por abajo y termina por arriba: del delta sube a Hué y Hanoi y, apenas comenzado el siglo XIX, se corona emperador Gia Long de un Vietnam que, por fortuna, sigue unido. En esta campaña de casi tres lustros ya aparece la ayuda militar de lo que se podría llamar «el hombre blanco que vino de París».

Claro es que la penetración europea, o al menos la presencia, había tenido su inicio mucho antes. Y, como de costumbre, españoles y portugueses se encontraron allí, como en tantos otros sitios. Era la habitual cuota de exploradores, mercaderes y misioneros, digámoslo en orden de llegada ya que no de importancia. Esto fue más o menos a comienzos del siglo XVI, y posteriormente se incorporaron los franceses. Forzosamente hay que recordar a uno de ellos, monseñor Alexandre de Rhodes, porque, aparte de su misión evangelizadora, creó el *quocngu*, alfabeto latinizado de la lengua vietnamita. Fue, pues, un verdadero portento en el terreno espiritual, cultural y, subsidiariamente, mercantil.

No faltaron tampoco aventuras comerciales holandesas y británicas, que fracasaron como habían de fracasar luego las primeras francesas, si bien

Desfile del Día del Armisticio en Saigón, en noviembre de 1945. Estas son fuerzas británicas del general Gracey.





el declive del inpulso explorador y colonizador de Portugal dio pie a Francia para proseguir sus esfuerzos en el terreno de lo económico.

De un modo u otro, bien por el puro lucro o por la gloria de la conquista, por la evangelización pura o el colonialismo, que ya podía bien llamarse este último imperialismo, Francia intervino más o menos directamente. Nguyen necesitaba apoyo contra los Tay Son, pero como se había rechazado la ayuda del gobierno galo, el futuro emperador tuvo que echar mano de mercenarios franceses reclutados por el obispo Pignaud de Behaine. De entonces data el afianzamiento de la influencia de la que luego sería metrópoli. Vemos, pues, asesores franceses —parece que este pueblo estaba condenado a ser perpetuamente «asesorado»— en la corte de Gia Long, y vemos asimismo que el cristianismo que ellos traían empezaba a despertar recelo, no tanto en el emperador como en sus sucesores. Estos empezaron las persecuciones religiosas, con expulsión de misioneros y ejecución o cárcel para los habitantes del país que habían abrazado la fe de Cristo, a partir de 1820. La reacción francesa no se hizo esperar —hubo un bombardeo de la bahía de Da Nang en 1847— y en 1852, al subir al trono Napoleón III, se inicia ya una política gala de conquista colonial, lógicamente acorde con la corona imperial que había ceñido el sobrino del Gran Corso.

Como el emperador Tu Duc no sólo se había negado a garantizar la libertad religiosa, sino también a dar trato preferente a las actividades mercantiles galas, el almirante Rigault

Desarmados y luego rearmados para tareas de policía, soldados japoneses forman una guardia de honor para recibir a un buque de guerra británico en Saigón, en 1945.

de Genouilly, jefe de las fuerzas navales francesas en el Extremo Oriente, recibió órdenes, en 1857, de tomar Da Nang (Tourane, para los franceses). En los dos años siguientes cayeron el citado puerto y Saigón. No obstante, el almirante galo tropezó con muchas dificultades en su campaña (a la que cooperó España hasta 1862): no tenía material adecuado para operar en los ríos —problema que, muchos años después, tendrían que encarar también los norteamericanos—, sus hombres eran víctimas de enfermedades tropicales y los católicos vietnamitas no parecieron muy decididos a echarle una mano. Posteriormente, con refuerzos franceses traídos de China, se pudo afianzar la presencia gala en Saigón y en las provincias próximas.

Consecuencia de toda esta actividad bélica fue la imposición de un tratado al emperador Tu Duc, con las usuales condiciones de reconocimiento del dominio galo en Saigón y de la apertura de los puertos más importantes al comercio de la lejana Francia... siempre la eterna presencia de los cañones navales en aguas exóticas, como el comodoro Matthew Perry en el Japón.

A partir de 1867 se configura lo que habría de ser el Imperio de Francia en el sudeste asiático. Hay malestar en el país y, por ello, Tu Duc precisa ayuda militar; así que se ve obligado a reconocer el dominio galo

Nacionalistas indochinos operan contra los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial. Llevan armas norteamericanas.





Combatientes del Viet Minh examinan una pila de fusiles capturados a los franceses.

sobre una gran parte del sur del Vietnam, llamada entonces Cochin China (Cochinchina), Nam Bo o Nam Ky para los vietnamitas; la parte central y las tierras altas (Trung Bo o Trung Ky) fueron Annam para los franceses, que terminaron por dar este nombre a la totalidad del país, así como el de Tonkín para la parte norte (Bac Bo o Bac Ky en vietnamita). Desde 1863 ejercía Francia un protectorado sobre Camboya.

Una vez que Francia superó los efectos de su derrota por Prusia en la guerra de 1870, pudo ocuparse con mayor dedicación y mejores medios de sus dependencias en Oriente, administradas hasta entonces, casi con

carácter exclusivo, por oficiales de su Marina de Guerra. En 1883, tras un bombardeo naval de Hué y un avance terrestre sobre Hanoi, un tratado sancionó el reconocimiento de Annam y Tonkín como protectorados de Francia. El emperador Tu Duc había fallecido poco antes, sin sucesor aparente, y la camarilla cortesana temía oponerse a los franceses. Así se fueron poniendo los jalones de ese Imperio de que hablábamos anteriormente. Laos quedó también bajo la protección gala en 1893, liberándose del control thailandés, y se integró con el Vietnam y Camboya en la Unión Indochina, establecida seis años antes.

A partir de entonces, puede afirmarse que los vietnamitas tuvieron muy poco que decir en la gobernación de su tierra. Bueno, quizá no les faltara tema, pero como se les excluyó de las posiciones de gobierno, no es extraño que sus posibilidades de participación quedaran prácticamente sofocadas.

En estas condiciones se iniciaba el siglo que habría de significar el ocaso del colonialismo. Pero en aquellos primeros años de la década de 1900 nada parecía presagiarlo, al menos a primera vista. Por el contrario, los imperios coloniales de las principales naciones europeas —excluida ya España, cuya decadencia ultramarina tenía, lógicamente, que anticiparse como, correlativamente, se había anticipado su auge — se hallaban en su punto de máxima expansión y afianzamiento. Esos aparentes colosos no resistirían demasiado los efectos de dos conflagraciones mundiales, una crisis económica de alto porte, las repercusiones de un credo político materializado en la segunda década de la centuria, los afanes nacionalistas e independentistas de muchos vasallos coloniales y el golpe asestado por una potencia, *parvenue* en la escena internacional, que luego sufriría también el efecto *boomerang* de su política.

Nacionalismo en Rosa Mayor

Un gran amante de Francia, enamorado de su cultura y frecuente viajero por sus hermosas tierras, hablaba en cierta ocasión de la penosa impresión que le produjo ver un grupo de tiradores anamitas, muertos de frío y de una extraña tristeza, callejeando por una pequeña población del frente de batalla, en la Primera Guerra Mundial. En los dos grandes conflictos de este siglo fue noticia, y en ocasiones relevante, la presencia de tropas coloniales en los bandos contendientes. En aquellos vietnamitas que añoraban su cálida tierra alentaba ya un germen de rebeldía e inconformismo. Y no es extraño que así fuera, que odiaran luchar por los que consideraban sus opresores, intervenir en una guerra que no era la suya.

En realidad, ese sentimiento surgió desde el comienzo del dominio francés en el Vietnam. Los primeros descontentos querían restaurar el poder imperial: Fan Boi Chau buscó la ayuda japonesa para poner en el trono al príncipe Cuong De y, tras fracasar en el empeño, formó en 1912 un gobierno republicano en el exilio, en China. La liga que fundó para la restauración del Vietnam logró suscitar apreciados sentimientos nacionales contra los fraceses antes de la Gran Guerra y en el curso de ella. En una operación muy del estilo actual, le secuestraron agentes franceses en 1925 y estuvo cautivo hasta su muerte, ocurrida quince años después. El joven emperador Duy Tan no tuvo éxito en la revuelta que dirigió en 1916, al igual que la sublevación militar en Thai Nguyen el año siguiente.

Tras esa guerra mundial en la que las tropas coloniales de Indochina se sentían tan desplazadas, empezaron a cobrar importancia los movimientos independentistas de organizaciones clandestinas, como el Partido Nacionalista Vietnamita (Viet Nam Quoc Dan Dang), de Nguyen Thai Hoc —posteriormente ejecutado tras el fracaso de su revuelta de Yen Bay, en febrero de 1930— y la Liga Revolucionaria de la Juventud del Viet-

nam (Thanh Nien), de Nguyen Ai Quoc —más tarde conocido con el nombre mundialmente famoso de Ho Chi Minh—, en 1926. Líder carismático y de enorme astucia, los nombres que utilizó, con ser muchos, apenas superan en número a sus actitudes políticas. Así, Ho —o Nguyen That Thanh, Ly Thy, Song Man Tcho, entre otros— se presentaba como nacionalista, comunista, pro y antifrancés, chino o japonés, según demandaran las circunstancias.

Ho Chi Minh utilizó el Thanh Nien como núcleo del Partido Comunista Indochino, formado por él en Hong Kong con una amalgama de grupos comunistas rivales en 1930. El que los alzamientos de inspiración comunista en el Vietnam, durante los dos años siguientes, fueran duramente sofocados por los franceses le benefició, ya que el partido se reforzaba por la desaparición de muchos de sus rivales y el reconocimiento de su preeminencia por parte de las facciones disidentes. Como quiera que la ventajas políticas otorgadas a los movimientos indígenas vietnamitas por el gobierno del Frente Popular francés fuesen suprimidas en los comienzos de la Segunda Guerra Mundial, el partido comunista se constituyó en la alternativa más prometedora como movimiento de liberación nacional. Y no era sorprendente, ya que estaba mejor organizado y disciplinado que sus rivales troskistas y las sectas religioso-nacionalistas, representadas por las Cao Dai y Hoa Hao.

Con sus sueños de la «Gran Asia Oriental» —que estuvieron bastante cerca de convertirse en realidad—, el Japón se aprovechó de la caída de Francia para dar un paso importante en el sudeste asiático, concretamente en Indochina. En septiembre de 1940, las autoridades del gobierno de Vichy en Indochina no tuvieron más remedio que conceder a los japoneses ciertas facilidades en el país, es decir, bases. Ho Chi Minh se hallaba por entonces en el sur de China, donde el líder nacionalista Chiang Kai-chek había tenido que forjar una inestable e incómoda alianza con los comunistas, forzado por la invasión nipona de China en 1937. Ya en 1941, Ho logró la unificación —siempre la unidad— de varios grupos comunistas y nacionalistas del Vietnam en la llamada Liga para la Independencia de dicho país (Doc Lap Dong Minh Hoi, abreviada luego a Viet Minh). Pero en 1942 fue encarcelado por los chinos nacionalistas, que habían fundado la Liga Revolucionaria del Viet Nam (Dong Minh Hoi), organismo anticomunista que se oponía a su movimiento. Mas los jefes del Dong Minh no dieron resultado, y Ho pudo convencer a los chinos de que él era, en primer lugar, nacionalista, y comunista después, y que sus actividades estaban dirigidas contra el enemigo de China, el Japón, así como contra los franceses. El caso es que le pusieron en libertad y le dieron el mando de la organización adversaria. Al volver al Vietnam se encontró con que el Viet Minh, dirigido por Vo Nguyen Giap, gozaba de la confianza aliada por sus operaciones contra los nipones. Ho pudo de ese modo promover su causa con la ayuda de los chinos, tanto nacionalistas como comunistas, de los británicos y de los norteamericanos.

Se juntaban varios factores a favor del hábil líder vietnamita. Por una parte, los franceses habían seguido en sus trece y rechazado los ofrecimientos «Viet» para ayudarles en la resistencia a los nipones. Por otra, aunque los japoneses no tenían más remedio que mostrarse aparentemente receptivos a las aspiraciones



El «hombre del sombrero negro», Vo Nguyen Giap, toma juramento a reclutas para el que luego sería Ejército de Liberación Popular.

vietnamitas —siquiera fuera por defender sus declarados propósitos de «Asia para los asiáticos»—, sus gestos en este sentido no pasaron de simbólicos, y no lograron conquistar la confianza del pueblo. Tras el golpe de estado nipón que, en marzo de 1945, separó del poder a las autoridades de Vichy, el Viet Minh pasó a ser, a ojos de la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS) norteamericana, predecesora en cierta medida de la actual CIA, la principal fuerza antijaponesa, a la que iba a ayudar con armamento y asesores. Llegamos así al ocaso del Imperio del Sol Naciente en agosto de 1945, y entonces Ho, que se siente lo bastante fuerte, dirige una sublevación general, se apodera de Hanoi y declara, el día 2 de septiembre, una República Democrática del Vietnam independiente. Todo parecía quedarse en casa, el emperador Bao Dai, tras su abdicación, se convertía en consejero principal del gobierno de Hanoi, y en Saigón, el Comité Ejecutivo Provisional del Vietnam del Sur, de mayoría comunista y a las órdenes de Tran Van Giau, reconocía la autoridad del régimen norteño de Ho.

Lo que pasó después, como consecuencia de la conferencia aliada de Potsdam y de acuerdo con sus directrices, revela cuán ciertas son todas esas sentencias de sabiduría popular que con frecuencia repetimos; todo eso de «genio y figura...» o «la cabra tira al monte», por citar sólo dos ejemplos. Según esas directrices, la tarea de desarmar a los nipones al norte del paralelo 16 correspondería a los nacionalistas chinos de Chiang Kai-chek; al sur de esa línea serían los británicos los encargados de tal misión. Una vez más, los chinos, por el hecho de serlo, no veían con buenos ojos el colonialismo francés; por ello actuaron sin intervenir de cerca o de lejos en lo relativo al régimen de Hanoi. Por el contrario, las fuerzas del Reino Unido no podían olvidar su tradición imperial y, pese al declarado anticolonialismo de sus primos norteamericanos, se comportaron menos imparcialmente, ya que estaban a favor del mandato francés en esos territorios. Así, la 20.ª División india, al mando del general del mismo empleo Douglas D. Gracey, dejó que los japoneses conservaran sus armas, proporcionó otras a los prisioneros franceses liberados y utilizó a ambos en acciones policíacas contra partidarios del Comité Ejecutivo Provisional, el cual, buscando el favor aliado, se había comportado con moderación.



Bao Dai, que llegó a ser emperador en 1925.

Conviene señalar la fecha del 23 de septiembre de 1945 porque marca el comienzo de la que pudiéramos denominar primera guerra declarada del Vietnam en los tiempos modernos, que habría de prolongarse hasta 1954. La cosa empezó así: Dos días antes, el general Gracey había impuesto en Saigón una especie de ley marcial; luego, tropas gaullistas y soldados de Vichy liberados, junto con colonos armados, irrumpieron en la sede del Viet Minh en el ayuntamiento de dicha ciudad, arrestaron a los miembros del Comité que no lograron escapar e izaron la bandera tricolor. Empezaba así la reconquista colonial y la guerra que hemos bautizado antes.

Los nacionalistas vietnamitas habían tenido buena instrucción y no menor experiencia como resultado de su lucha contra los japoneses durante gran parte de la Segunda Guerra Mundial. Quizá por eso, un gran soldado de Francia, el general Raoul Salan, que pasó en Indochina treinta años de su vida, afirma en su libro *Indochina Roja* que la guerra de aquel país no comenzó en la fecha admitida de septiembre del 45, sino en 1941, cuando Giap, al volver de China acompañado de cierto número de mandos intermedios, activó las operaciones clandestinas.

No hay que olvidar que Salan conocía a las tres figuras máximas de la revolución vietnamita: Ho Chi Minh, que le llamaba su amigo; Vo Nguyen Giap, el gran jefe militar, y Fan Van Dong, el político. Así, en el citado libro, al referirse al viaje que hizo a Francia en junio de 1946, para acompañar a Ho a la conferencia de Fontainebleau, cita estas palabras del líder vietnamita, prácticamente en plan de confidencia, de advertencia y de creencia sentida: «Debemos volver a partir de la tierra desnuda que protege las almas de nuestros antepasados y a nuestro país. De ella sacamos la pureza de nuestra revolución, después de haber hecho tabla rasa del pasado... Mi general, no hagan de Cochinchina una nueva Alsacia-Lorena porque iremos a una Guerra de Cien Años».

Salan insiste repetidamente en algo que se ha demostrado en múltiples lugares y en casi todos los tiempos, y que luego se hizo dolorosamente patente en aquel torturado país que él amaba, con la intervención en masa de los Estados Unidos: en que el hilo conductor y la trama de los acontecimientos militares siempre fueron políticos. Esto, que puede parecer tan obvio, no fue aparentemente comprendido por franceses y norteamericanos, pero sí por los hombres del Viet Minh, quienes daban la impresión de conocer muy bien a Clausewitz y de interpretarle correctamente pero a su manera.

Soldados franceses patrullan por la peligrosa zona una vez pasado el paralelo 17°.

Y al fondo, Dien Bien Phu

Bien es verdad que las cosas no parecían demasiado malas al principio. No resultaba descabellado pensar que franceses y vietnamitas pudieran llegar a algún tipo de solución de compromiso. Ho había incorporado nacionalistas no comunistas a su gobierno, y luego tuvo el gesto simbólico de disolver el partido comunista indochino. Tampoco puso trabas a que, como consecuencia de un acuerdo chino-francés de relevo en el norte, alrededor de veinticinco mil soldados franceses y vietnamitas bajo mando galo ocuparan las principales zonas urbanas de aquella región. Por su parte, Francia había accedido a reconocer a la República Democrática del Vietnam como estado libre y parte de la Federación Indochina, en el seno de la Unión Francesa. Habría también una retirada escalonada de tropas galas que finalizaría en 1952, fecha en que, condicionada a un referéndum, se decidiría y sancionaría la incorporación de las provincias de Cochinchina a un Vietnam independiente. Más aún, y aunque pueda considerarse paradójico, cuando los nacionalistas no marxistas empezaron la agitación y las acciones contra Francia, el Viet Minh ayudó a la metrópoli a sofocarlas.

Pero luego surgieron las complicaciones. El alto comisario francés, almirante d'Argenlieu, proclamó a Cochinchina como república autónoma, no obstante lo estipulado en el referéndum, convirtiéndola así en estado manejado por Francia. También los poderes políticos de la República Democrática del Vietnam quedaban de responsabilidad de la Federación Indochina, también bajo control galo. Como no se llegó a ningún acuerdo en las conferencias celebradas en el Vietnam y en Francia en la primavera y el verano de 1946, los dos bandos empezaron a tomar posiciones para lo que indudablemente se avecinaba. Las fuerzas francesas entraron en acción en Haifong no sólo para reafirmar su autoridad en el norte, sino también para impedir la llegada de abastecimientos militares

al Viet Minh por los puertos de la zona. Más tarde, aquel mismo año, éste, declaradamente comunista en sus propósitos tras haber utilizado hasta entonces la capa que todo lo tapa del nacionalismo, protagonizó un alzamiento en Haifong que fue abortado por las tropas de Francia. Pero el estratega Giap no se sintió muy desmoralizado al calibrar el hecho de que los franceses tardaran siete días en limpiar aquella ciudad portuaria de las mal pertrechadas fuerzas vietminhitas.

Tras este tropiezo aparente, el Viet Minh se dedicó a consolidar posiciones. Se pasaba así, siguiendo las por entonces nuevas teorías de Mao Tse-tung sobre la guerra revolucionaria, a la segunda fase, la del punto muerto. La primera había consistido en ceder terreno, en la relativa no oposición a que los franceses ocuparan ciudades, puertos y puntos estratégicos. Vendría después la tercera, la de la contraofensiva general del Viet Minh. En todas las actividades se respetaba el principio de conservación de fuerzas. Incluso en aquellas escaramuzas en que los franceses eran inferiores en número, las guerrillas se dispersaban, se desvanecían en la jungla. Giap tenía siempre presente otra máxima de Mao: contar en toda circunstancia con una superioridad numérica lo más grande posible; mejor que mejor si era aplastante.

Desde que se hizo evidente el secesionismo indochino, Francia trató de buscar un interlocutor válido en aquel país, pero sin demasiado éxito. Mientras tanto, proseguían las operaciones militares. El Viet Minh, fiel a los principios ya conocidos, trataba de consolidar su posición en las zonas rurales y entre medios sociales de diversas tendencias. Las sectas religiosas constituían una fuerza a tener en cuenta. Francia consiguió que las más importantes de éstas, la Hoa Hao y los Caodaístas (antes Binh Xuyen), apoyaran su causa e impidieran que el Viet Minh monopolizara el movimiento de masas.

Pero ello no bastaba, la lucha seguía siendo dura y Francia no contaba con los medios que realmente necesitaba. Mientras se seguía buscando ese interlocutor, un debate parlamentario en marzo de 1947 originó la substitución del almirante d'Argenlieu por Bollaert en la alta comisaría. Durante el resto del año y hasta los primeros meses de 1948, la actividad militar se centró en Tonkín, especialmente con el propósito de desalojar al Viet Minh del norte de dicho delta, disgregar su aparato de gobierno, destruir su prestigio, privarle del concurso de ciertas minorías y controlar la frontera china.

Y entonces, el gobierno francés insistió en reducir los efectivos destacados en Indochina, cuando precisamente lo que se necesitaba era todo lo contrario. Así, el año 1948 se convirtió en una nueva frustración para los soldados de Francia y, por efecto natural, la actividad guerrillera vietminhita aumentó, sobre todo en el Tonkín y Annam.

Para esas fechas, el ejército del Viet Minh había alcanzado ya el esqueleto de su futura organización y estructura. Básicamente, comprendía las fuerzas regulares propiamente dichas, las regionales y las populares. Empezando por estas últimas, su cometido consistía en hostigar continuamente al enemigo, en vanguardia o en retaguardia, con unas acciones de guerrilla cuyos ejecutores, si las cosas se ponían mal o resultaba necesario por otras razones, se desvanecían en la selva o se camuflaban en las aldeas. Las unidades regionales se ocupaban de consolidar y



defender las regiones a fin de dejar libres a las fuerzas regulares, cuya misión se refería sobre todo a la guerra móvil de gran envergadura, si es que entonces, y con aquellos efectivos, se podía llamar así. Giap pensaba en una lucha muy larga, y estaba convencido de que la victoria exigiría la movilización de todas las fuerzas materiales y humanas del país, de la total dedicación del pueblo entero a la tarea de expulsar a los franceses y de llevar después a cabo la revolución que constituía su gran y definitivo objetivo.

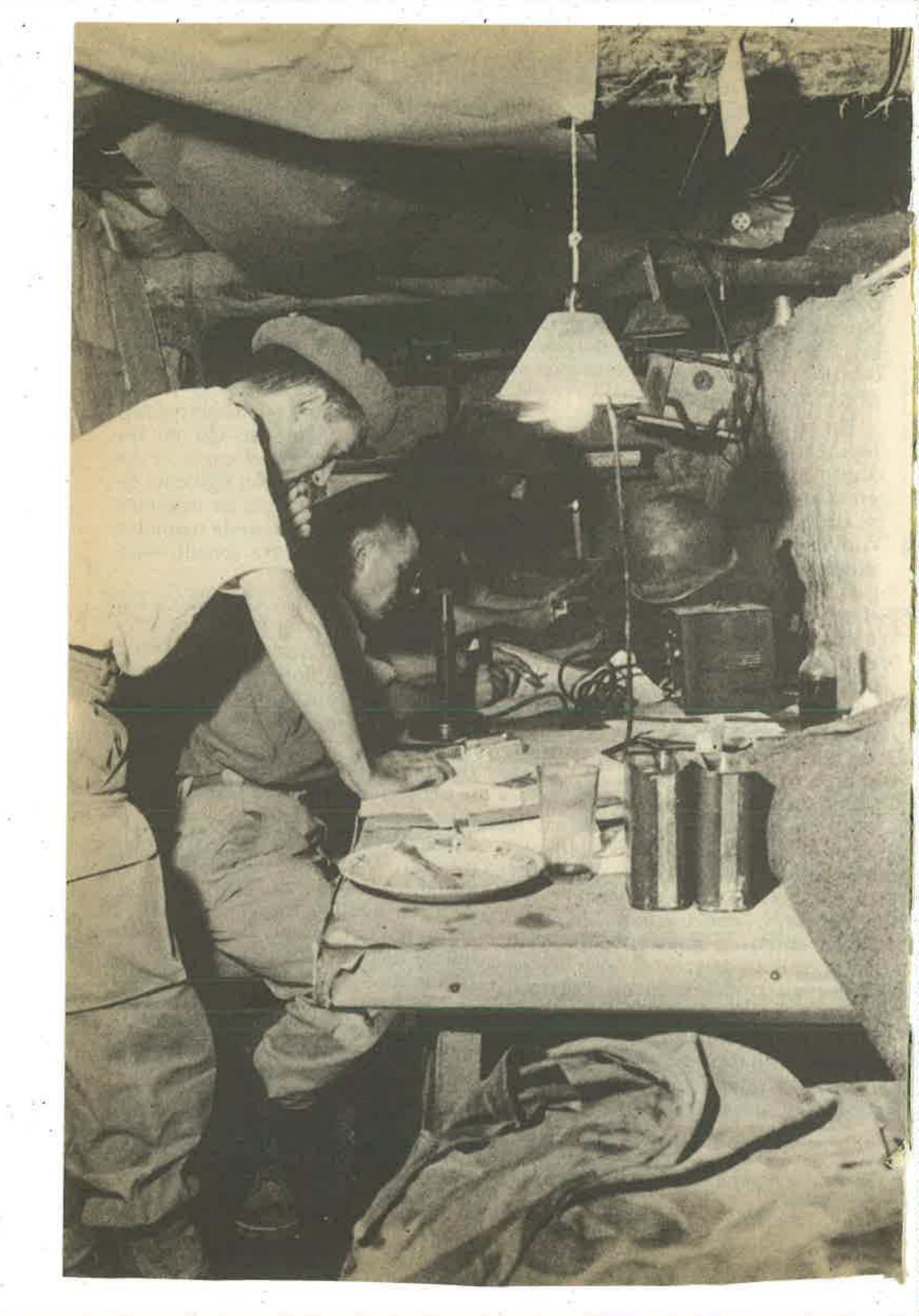
En el afán de encontrar un interlocutor que pudiera contribuir de algún modo a respaldar su presencia en el país, Francia volvió a la carga y se dirigió al emperador Bao Dai. Las conversaciones fueron largas, mas empezaron a cristalizar en algo positivo en marzo de 1949. Bien es verdad que el enfoque político no prometía resultados concretos ni mucho menos espectaculares. Aunque Bao Dai regresara al país, las cosas no cambiaron demasiado. Es evidente que Francia quería seguir controlando la situación en todos los terrenos, si bien con la pantalla del emperador como respaldo institucional. Y en esos momentos y circunstancias, he aquí que en China ocurre algo, algo verdaderamente decisivo, que habría de tener sus lógicas consecuencias al sur de aquel enorme país. Los comunistas chinos se alzaron con la victoria y, tras la derrota de los nacionalistas, sus tropas llegaron a la frontera vietnamita en diciembre de 1949. Evidentemente, a partir de entonces no habría trabas para el libre paso de armamento con destino a los hombres del Viet Minh.

El general Navarre condecora al general Cogny.

En febrero de 1950, Giap anunció que había pasado el tiempo de la guerra de guerrillas y que comenzaba el de la contraofensiva. Así fue, especialmente en la segunda mitad de aquel año. Iban a materializarse los planes para equipar seis divisiones en Tonkín, y ya, en el mismo mes del anuncio del estratega norvietnamita, la 304 salió a la luz. La famosa 308 existía en realidad desde el verano de 1948 y, tras las luchas del invierno, marchó a China en julio de 1950 para adiestrarse y volvió, perfectamente preparada, en el mes de octubre, cuando se constituyó otra más, la 312. Siguió la 320 en noviembre. Pronto, en el curso de los primeros meses del año siguiente estarían en pie de guerra las restantes, hasta integrar el grueso de maniobra con el que Giap había soñado siempre.

Ya en septiembre de 1950, Giap había atacado Dong Je, puesto avanzado francés en una zona montañosa de la frontera nordeste con China. Las dos compañías de la Legión Extranjera que lo defendían lucharon con bravura y, ante la gran superioridad númerica de los atacantes —ocho a uno— y el intenso fuego de mortero, lograron infiltrarse por entre las fuerzas que las rodeaban y escapar. Luego, los vietminhitas atacaron a una fuerza francesa que se retiraba de Cao Bang, en la misma zona, y a la columna de socorro que allí se dirigía. Con todo ello, a fines de octubre era un hecho la expulsión de los franceses de la parte septentrional del Vietnam del Norte.

Aquello ya puede considerarse como una derrota importante para Francia, quizá una de las significativas en sus reveses coloniales. Perdió la metrópoli más del cincuenta por ciento de sus efectivos en el norte fronterizo, cifrados en diez mil hom-



bres, y en cuanto al material, no demasiado abundante casi siempre, la contabilidad también resultó ampliamente negativa, especialmente en lo que se refiere a los medios artilleros y de transporte. Como de costumbre, los políticos culparon a los militares, y estos a aquellos, y los soldados se sintieron vejados porque creían haber sido batidos por una tropas mal equipadas y peor instruidas.

La esperanza gala renace un tanto —quizá hubo demasiado optimismo anticipado —al entrar en escena uno de los más brillantes soldados de Francia, el general Jean de Lattre de Tassigny, nombrado alto comisario y comandante en jefe en diciembre de 1950. Otra gran figura militar intervenía en aquella contienda, que ya tenía el precedente de la presencia del general Leclerc en Saigón, al término de la ocupación nipona en la Segunda Guerra Mundial. De Lattre tenía libertad de acción —algo de lo que no habían gozado sus predecesores—, y por tanto no se veía obligado a consultar a París a cada momento.

El enfrentamiento entre el general francés y el hábil soldado revolucionario vietnamita no se haría esperar. De Lattre empezó por hacer un uso más eficaz y extenso de la aviación francesa, en la que figuraban aparatos de manufactura norteamericana, como el caza Grumman F8F Bearcat y el bombardero Douglas B-26 Invader. El terrible y famoso napalm se empleó por primera vez en el Vietnam el 22 de diciembre de 1950, contra una concentración vietminhita en Tiem Yen.

Giap ansiaba presentar batalla a De Lattre y eligió para ello la localidad de Vinh Yen, poco más de cincuenta kilómetros al noroeste de Hanoi. Entre el 14 y el 15 de enero de 1951, dos divisiones del Viet Minh entraron en acción. El general francés dirigió personalmente la defensa y empleó todos los médios disponibles, incluidos los aéreos para diezmar las oleadas enemigas que, casi sin interrupción, venían sobre sus ocho mil hombres. El general vietnamita no cejó en su *tour de force* pese a que sus combatientes ardían a centenares entre las rociadas de napalm. Era una lucha frenética, un duelo de poder a poder, el ímpetu revolucionario, el credo marxista y la fatalidad oriental frente a la capacidad profesional y la dureza calculada de De Lattre y sus viejos legionarios y coloniales curtidos en cien combates bajo la tricolor. Francia aguantó y, así, Giap tuvo que dar la orden de retirada el día 17.

La victoria elevó la moral francesa y demostro que el hábil caudillo vietnamita también podía cometer errores, como su falta de previsión respecto a la efectividad de l'Armée de l'Air y su napalm: nueve mil muertos, ocho mil heridos y seiscientos prisioneros fue el saldo negativo vietminhita.

Pero los franceses no dejaron de reconocer que no estaban en condiciones de perseguir al enemigo en la retirada, ya que dependían exclusivamente de las carreteras para sus desplazamientos. La «mentalidad Maginot» ha dominado tanto el pensamiento militar francés que no podía dejarse notar también en Indochina. Así, en torno a Hanoi y Haifong principalmente, se crearon unas posiciones defensivas que no tardaron en ser conocidas como «Línea de Lattre». Mas para paliar en parte esta falta de movilidad y el retorno a la guerra de posiciones fijas, el general francés organizó grupos de guerrilla con franceses e indochinos, al-

Un puesto de mando subterráneo en las defensas francesas de Dien Bien Phu.



El vicepresidente Nixon y el general Cogny visitan el terreno de operaciones en el valle de Dien Bien Phu.

gunos de estos ex prisioneros del Viet Minh. La iniciativa no tuvo demasiado éxito; en realidad, los oficiales galos no comprendían la guerra «irregular» y, además, les desagradaba.

Giap no podía permanecer inactivo y, por otra parte, buscaba la revancha. Pero tampoco en esta ocasión tuvo demasiada suerte. Sus dos acciones en el delta del río Rojo, una en Mao Je y la otra a lo largo del río Day, fueron contrarrestadas por los franceses, convirtiéndose en nuevas derrotas. Todo ello iba a tener sus repercusiones en las altas esferas del Viet Minh. A Nguyen Binh le tocó la peor parte. Más o menos, le culparon de haber sugerido las operaciones en el delta del río Rojo. Luego —casi como si se hubiera tratado de la trama de una película— el infortunado Nguyen cayó en una escaramuza con una patrulla francesa, y el movimiento revolucionario vietnamita quedó por entero en las capaces manos de Ho Chi Minh, el político, y Vo Nguyen Giap, el soldado.

Este último se dedicó a reorganizar los cuadros de mando y a extender su control sobre los órganos políticos de su ejército y los sistemas de abastecimiento. Había mucho que hacer por ese lado, y también por el francés, pues De Lattre aprovechó la estación lluviosa y su obligado paréntesis para reforzar sus medios humanos y materiales. Luego, Giap trató de conseguir una victoria a cualquier precio y atacó de nuevo los fuertes fronterizos, esta vez en Nghia Lo. Metió allí su 312 División, que fue rechazada una y otra vez. En esta ocasión, los paracaidistas franceses se lanzaron para actuar como refuerzos de la posición, y luego para hostigar a los vietnamitas en retirada.

Pero De Lattre quería algo más. No se contentaba con triunfos defensivos. Necesitaba una victoria grande, ofensiva, para hacer callar las críticas de los políticos franceses, forzar al gobierno a darle más fondos y más refuerzos e incluso inclinar a los norteamericanos a una mayor ayuda material y monetaria. Así, se decidió por Hoa Binh, a ochenta kilómetros de Hanoi, lugar de concentración y relevo de fuerzas del Viet Minh. El 14 de noviembre de 1951, tres batallones de «paras» franceses ocuparon la ciudad, mientras otras tropas se ocupaban de abrir dos rutas terrestres a Hoa Binh. Dado que se esta-



Construcción de fortificaciones en el perímetro de Dien Bien Phu.

blecieron puestos avanzados a lo largo de tales rutas, las líneas de comunicación galas se extendieron más de la cuenta, y Giap se aprovechó de la situación: ordenó a sus fuerzas regionales que hostigaran de continuo a los franceses, e incluso decretó el ataque a Lang Tu Vu, uno de los puestos clave de la zona de despliegue. Aunque consiguió tomarlo, no tardó en retirarse, ya que todo su interés se cifraba en causar bajas inaceptables a los franceses, no en retener territorio.

En realidad Francia se vio cogida por su afirmación de que la operación de Hoa Binh había sido la victoria por la que tantos militares y civiles galos suspiraban. No podía, por tanto, dar marcha atrás y descubrir la verdad al ordenar una retirada, lo único que cabía hacer para salvar vidas. Las cosas se complicaron aún más con la partida de De Lattre, que falleció a causa de un cáncer dos meses después. ¡Triste final para tan gran soldado y para las esperanzas que se habían puesto en su prestigio y valía profesional y humana!

Su sucesor, el general Raoul Salan, veterano de Indochina y amante de aquel país, se encontró con una situación casi desesperada. Por ello, suspendió todas las tentativas para mantener abierta la ruta de Hoa Binh, ordenó retiradas de las posiciones a lo largo del río Negro y, al final, abandonó la ciudad por la que tanto se había esforzado. No hay que decir que el Viet Minh sacó partido de la retirada en términos de bajas causadas a los franceses y destrucción de elementos de su retaguardia.

Una vez más, ambas partes se dedicaban a reagruparse y a restañar sus heridas. No es, pues, extraño que hasta pasado el verano de 1952 la actividad bélica se redujera substancialmente a meras acciones de guerrilla. Mientras Giap rellenaba huecos en sus divisiones y familiarizaba a sus soldados con las nuevas armas recibidas de China, Salan recibía también material norteamericano, especialmente camiones, vehículos anfibios, carros de combate M26 y aviones de transporte C-47 Skytrain. Con ello contaba montar una ofensiva en toda

regla. Bien es verdad que no podía disponer de todos los efectivos que necesitaba. La palabra «vietnamización», que tanto habría de sonar años después en boca de altos funcionarios civiles y militares de los Estados Unidos, nació ya por entonces. Salan confiaba en la asistencia del Ejército Nacional vietnamita, que carecía de suficientes mandos y muchos de cuyos soldados desertaban si eran destinados fuera de sus regiones respectivas, por aquello de los profundos vínculos familiares tan consubstanciales con aquel país. Así que de ese modo se le cerraba una de las posibilidades de realizar con éxito sus planes. Salan estaba convencido, y así lo recalcó muchas veces, incluso en su libro ya citado, de la necesidad de un tipo de guerra que también postularían después los norteamericanos: el abastecimiento por vía aérea, una aviación poderosa y una considerable fuerza aerotrasportable, con por lo menos un cincuenta por ciento de «paras» en sus efectivos. Todo ello, más el respaldo de esas tropas vietnamitas a todos los niveles —como hacía el Viet Minh— y una acción psicológica destinada a restar partidarios y simpatizantes a los combatientes de Giap.

Siguió luego una acción de Giap para lograr el control de una zona densamente irrigada entre los ríos Rojo y Negro, para lo que tuvo que conquistar el puesto avanzado francés de Nghia Lo y otros cercanos. El avance vietminhita se prolongó por espacio de un mes en dirección oeste, mas posteriormente hubo de interrumpirse a consecuencia de la excesiva extensión de sus líneas de suministro.

A esta indudable victoria de los vietnamitas —los franceses echaron la culpa al mal tiempo y a la superioridad numérica de sus enemigos— contestó Salan con la Operación Lo-

Un hospital subterráneo durante un ataque a un puesto francés.





Cazas del grupo «Saintonge», averiados por el fuego artillero durante un ataque del Viet Minh.

rraine, destinada a penetrar profundamente en territorio del Viet Minh y, sobre todo, a forzar a las divisiones de Giap a una batalla en toda regla. Tras algunos éxitos iniciales, como la toma de Doan Hung, importante centro logístico, las fuerzas galas empezaron a notar su endémica dependencia de las carreteras para su avituallamiento y movilidad, junto con que, por otra parte, los C-47 no daban abasto en sus vuelos para atender las necesidades de todo tipo de una fuerza tan numerosa: más de treinta mil hombres.

Por su parte, Giap siguió maniobrando, hostigando y desplazándose con suma facilidad, pese a que no disfrutaba del conveniente apoyo aéreo. No hace falta decir que la operación Lorraine fracasó en su objetivo fundamental y que los franceses tuvieron que retirarse una vez más.

El aparente paréntesis posterior, obligado en parte por las lluvias del verano, se prolongó hasta la primavera siguiente. Los franceses se habían hecho ilusiones de que no se producirían ofensivas serias del Viet Minh, y entonces se descubren concentraciones de fuerzas del general Giap para operar en Laos. La invasión no se hizo esperar. Era una de las cosas que más temía Salan, pues para él constituía una clara demostración de que el plan para la subversión del sudeste asiático estaba en marcha. Las tropas de Francia tuvieron que batirse a la defensiva, los vietnamitas ejecutaron una guerra de movimientos muy acertada y, con mínimas bajas por ambas partes, consiguieron los fines que se habían propuesto: moverse libremente por el norte de Laos y dominar una extensa zona al oeste del río Negro.

En mayo de 1953, una nueva personalidad militar ocupa el centro del escenario bélico vietnamita: el general Henri Navarre reemplaza al general Salan como comandante jefe. Y, ya es natural, se encuentra con el viejo problema de la extensión de las líneas y el forzado despliegue de efectivos en una serie de centros y puestos avanzados. Navarre quiere



organizar una gran fuerza móvil, para lo que, naturalmente, precisa material norteamericano. Y, también como sus predecesores, desea que las tropas vietnamitas se encarguen de las tareas defensivas. Todo ello exige tiempo, y así piensa renunciar a las ofensivas por el momento y montar la operación para el año 1955. Contando, por supuesto, con mantener el dominio del delta y de Cochinchina durante esos dos años.

Navarre fue a Francia a pedir más medios, tropezando con los obstáculos de costumbre: impopularidad del conflicto en la metrópoli, virtual cesación del esfuerzo de guerra a medida que aumentaban las bajas y actividad del partido comunista francés, comprometido en su total apoyo al Viet Minh, en la tarea de fomentar los sentimientos contra la lucha en aquel último baluarte del Imperio de Francia en Asia.

Sólo consiguió diez batallones, pero no cejó en sus esfuerzos ni perdió el tiempo esperando que transcurrieran aquellos dos años de plazo que se había fijado para el ataque total. Siguió, pues, operando en la estación lluviosa, tratando de descubrir los escondites de armamento de los vietminhitas Obtuvo éxitos, indudablemente, pero no triunfó al tratar de desalojar el Viet Minh de la franja norte de Cochinchina entre Quang Tri y Hué. Sus escurridizos enemigos se diluyeron por las ciénagas, demostrando sus recientes progresos en adiestramiento y capacidad como combatientes

Se iba a iniciar el último acto de la tragedia francesa en Indochina, digna de la pluma de un Corneille. Ese acto final concluiría al caer el telón en Dien Bien Phu, tres palabras que iban a alcanzar fama en todo el mundo, que iban a ser conocidas aun por las personas menos interesadas en guerras y políticas, que aparecerían en libros sesudos, novelas baratas, incluso en tebeos y, por supuesto, en películas.

Lanzamiento de paracaídas franceses para reforzar la desmoralizada guarnición de Dien Bien Phu.

A Navarre le quitaba el sueño la presencia de divisiones comunistas en el norte de Laos, y pensó bloquear la ruta principal a este último territorio en vez de penetrar en los reductos montañosos del Viet Minh en la zona de Viet Bac. Esperaba que Giap se apresuraría a destacar algunas divisiones al área de bloqueo y, con el fin de poder anticiparse a un movimiento semejante, ordenó la ocupación de la entonces casi desconocida aldea de Dien Bien Phu. La operación fue ejecutada por tres batallones de paracaidistas lanzados desde aviones C-47, los cuales se dispusieron a establecer un núcleo de resistencia perfectamente fortificado.

Mientras tanto, en el sur, el general Navarre inició la Operación Atlante, que tenía por objeto despejar las zonas costeras de elementos del Viet Minh. Duró dos meses, terminó en fracaso y demostró la escasa calidad del Ejército Nacional vietnamita, lo que hizo pensar a muchos que las posibilidades de que los franceses enderezaran la situación en Indochina a su favor eran prácticamente nulas. Para superar las limitaciones de las unidades indígenas, el mando galo tenía que recurrir a esa fuerza de reserva que Navarre se esforzaba en desarrollar y aumentar. Así no se lograría nunca, naturalmente. Por otra parte, la temporada de operaciones que se había iniciado en octubre de 1953, y que se prolongó hasta marzo del año siguiente, arrojó un saldo de tablas. Ni por un

bando ni por otro se logró nada apreciable y, además, los dos trataban de evitar los enfrentamientos de categoría. Fue una guerra de movimientos en la que, una vez más, Giap demostró su habilidad, pese a no contar con medios para la movilidad aérea.

Dien Bien Phu no tenía demasiada importancia estratégica. Situada a unos 280 kilómetros al oeste de Hanoi, era un cruce de carreteras a sólo dieciséis de la frontera con Laos. El terreno consistía en una especie de cuenca de unos veinte kilómetros de largo por quince de ancho, flanqueada por colinas boscosas. Las fuerzas que había llegado allí en 1953 construyeron dos pistas de aterrizaje que sirvieran de enlace a la base con los efectivos destacados en la zona de Hanoi.

Tres bastiones principales —Huguette, al oeste; Claudine, al sur, y Dominique, al nordeste— rodeaban la pista más grande, mientras las defensas exteriores estaban formadas por cuatro puestos de menor entidad: Gabrielle, Beatrice, Isabelle y Ann Marie. El reducto principal, Elaine, englobaba el pueblo propiamente dicho. La pista auxiliar se hallaba justo al norte de Isabelle, el más meridional de los puestos avanzados.

La docena de batallones que Navarre había podido concentrar en Dien Bien Phu —unos dieciséis mil hombres— disponían de casi todas las reservas francesas de artillería: dos grupos de cañones de 75 milímetros, dos de 105 y cuatro piezas de 155, aparte de morteros. Contaban también con diez carros de combate ligeros M24, llevados allí en avión y montados en la base, y media docena de cazas Grumman Bearcat, provistos de napalm, que montaban guardia en la pista grande.

El jefe de artillería de la guarnición, coronel Charles Piroth, se vanagloriaba de poder destruir cualquier cañón que el enemigo pudiera emplazar a brazo. Más, para asombro suyo, los hombres de Giap arrastraron piezas artilleras desde las tierras altas del norte, bombardearon con ellas las pistas de aterrizaje el 10 de marzo y avanzaron, bajo su fuego de barrera, contra las más débiles de las posiciones exteriores. Ocho días después conquistaron Beatrice, Gabrielle y Ann Marie. El pobre coronel Piroth no pudo resistir el fracaso de su jactancia y se suicidó.

Los franceses se defendían con valor, y los vietminhitas habían sufrido ya más de 2.500 bajas. Los efectivos de éstos ascendían a unos cincuenta mil hombres (más de tres a uno en superioridad numérica respecto a los galos, como mandaban los cánones de Mao y Giap) y, además, contaban con otros 54.000 como escalones de apoyo y porteadores de víveres, municiones y otro equipo. Disponían también de 48 piezas de 105 milímetros y de 150 cañones de menor calibre. Así, utilizando artillería antiaérea ligera, pudieron batir las pistas desde los puestos avanzados que habían tomado e impedir que la aviación francesa —tanto los pequeños C-47 como los mayores Fairchild C-119, algunos de ellos con tripulación civil norteamericana— pudieran volar a la baja altura necesaria para abastecer Dien Bien Phu.

Giap no podía dejar de tener en cuenta las elevadas bajas sufridas, por lo que decidió ganar terreno por la noche y atrincherarse en cada nueva conquista. Los franceses asistían en cierto modo impotentes a tal maniobra, pues, escasos de municiones, las reservaban para el asalto final del Viet Minh.

La táctica de asedio terminó el 30



Ametralladores alemanes de la Legión Extranjera francesa.

de marzo, cuando el general norvietnamita ordenó un ataque en masa que duró hasta el 5 de abril. Siguió una tremenda lucha cuerpo a cuerpo. Los «viets» penetraron en el perímetro francés y forzaron algunos de sus fortines, pero no conseguían aplastar el núcleo de la resistencia. Los defensores se aferraban a una parte de Huguette, la mayoría de Elaine y Claudine e Isabelle, el único de los puestos avanzados que aún no había caído.

Las cuantiosas bajas y algunas señales de amotinamiento en sus filas forzaron a Giap a detenerse y a reorganizar fuerzas. Pero no tardó en hallarse en condiciones de reanudar el asalto. La labor de los numerosos culis que abastecían a los vietminhitas se hizo notar, así como la prodigiosa acción de sus zapadores. Los atacantes fueron arrollando posición tras posición y, el 7 de mayo, la 308 División del Viet Minh entró en Elaine. A los 56 días de combate cesó

toda resistencia, y doce mil soldados de Francia fueron hecho prisioneros. Los defensores de Dien Bien Phu habían tenido más de dos mil muertos y unos cinco mil heridos. Pero hay que tener también en cuenta que muchos de los doce mil hombres que quedaron en manos de los vietminhitas al cesar la resistencia en los últimos reductos perdieron la vida en la larga marcha hacia los campos de concentración del Viet Minh. Giap pagó cara la victoria, porque victoria fue, ya que las bajas de sus unidades ascendieron a unos ocho mil muertos y más de quince mil heridos.

Terminaba así el penúltimo capítulo de la historia colonial de Francia (en definitiva, Argelia sería el último, pese a ser oficialmente una provincia francesa). La resistencia de Dien Bien Phu puede en cierto modo inscribirse en la larga lista de sitios heroicos que, sin remontarse a ejemplos más antiguos, podría incluir a Baler, el Alcázar, Corregidor, Leningrado, Singapur y Bastogne. Evidentemente, son todos los que están, pero no están todos los que son. La relación sería, a no dudar, mayor, mas también resultaría difícil de completar. Las condiciones de sitiadores y asediados varían mucho de unos casos a otros, y los elementos a disposición de unos y otros se hallan casi a años luz en varios de los ejemplos citados. Entre Baler y Bastogne, por ejemplo, cabría pensar en los medios bélicos de finales del siglo pasado de que disponía un puñado de valientes a miles de kilómetros de su metrópoli, y recordar que el jefe de la 101.ª División Aerotransportada de los Estados Unidos, general Maxwell Taylor, se hallaba de permiso en «the States» cuando sus hombres quedaron cercados, y pudo regresar a toda prisa en avión para correr su suerte y organizar la defensa. Las armas y los hombres cambian, pero el heroísmo es el mismo, permanece, no tiene color, raza ni credo. Es el ser humano en su apogeo, en su momento más sublime, del mismo modo que, a su lado, puede encontrarse un hermano suyo en el instante de la suprema cobardía, de la más baja abyección.

Es curioso señalar que, prácticamente en las mismas fechas de las últimas batallas coloniales de Francia en Indochina, concretamente en el período de 1952 a 1954, se desarrollaba más al sur una guerra no específicamente colonialista por un lado e independentista por el otro. Era más bien un episodio de la guerra fría: la subversión comunista revolucionaria en Malasia. Allí, a diferencia de la sucesión de mandos poco afortunados que hemos visto en Indochina, Gran Bretaña tuvo la suerte de contar con un auténtico soldado ungido por el éxito para una lucha que ni era esencialmente militar ni absolutamente política. Aquel hombre, el mariscal sir Gerald Templer, recientemente fallecido a avanzada edad, se alzó con la victoria gracias a esa mezcla de dureza, profesionalidad, diplomacia y sentido del humor que ha caracterizado siempre al coronel de la India, al almirante del Mediterráneo o al general del desierto, todos ellos «Made in England», por supuesto. El caso es que Templer triunfó en toda línea, y que su baza más importante consistió en ganarse una población indígena absolutamente leal, a la que pagó con una protección contra los terroristas realmente impecable y eficaz al cien por cien.

Francia tuvo peor suerte o no encontró el hombre. Y la heroica pero inutil gesta de Dien Bien Phu no le daba una posición de fuerza para negociar en Ginebra.

De Ginebra a los Pijamas Negros

Como consecuencia de los acuerdos de Ginebra de 1954, se privó a Francia de sus territorios en el sudeste de Asia. Lo que se ha dado en llamar mundo libre u occidental perdía una batalla, unas tierras, una posición estratégica y, lo que podía ser todavía peor, la seguridad de disponer en todo momento de materias primas esenciales. Esta última cuestión motivó unas palabras del presidente de los Estados Unidos, Dwight D. Eisenhower, en una conferencia de gobernadores celebrada en Seattle en agosto de 1953. En ella advirtió sobre lo que supondría la pérdida de Indochina en materias primas, especialmente estaño y tungsteno, y justificó la no muy abundante ayuda norteamericana como medio relativamente barato para asegurarse tales suministros entonces y en el futuro. Algunos meses más tarde, John Foster Dulles habló del aspecto estratégico de los intereses de los Estados Unidos en Extremo Oriente, y señaló que la «cadena de islas del litoral», es decir, las del Japón, Ryukyu, Okinawa, Formosa y las Filipinas, tenía dos remates naturales en Corea, al norte, e Indochina, al sur.

No es, pues, extrano que en la época de Dien Bien Phu el secretario de Estado norteamericano se mostrara partidario de la intervención de su país en aquella lucha aparentemente colonial. Tenía de su parte a la Armada y a la Fuerza Aérea, pero el Ejército, por boca del general Matthew B. Ridgway, mostró su oposición. Parece ser que tenía previsiones muy directas de lo que sería una implicación de fuerzas terrestres en aquel conflicto, nada recomendable a juzgar por su postura negativa. Como, por otra parte, Eisenhower había sondeado a líderes del Congreso y legisladores influyentes, y la posible colaboración británica no surgía por ninguna parte, el Presidente se decidió por la no intervención de su país. Esta es una casi constante en el devenir de los grandes jefes militares metidos a estadistas o que, al menos, pretenden serlo. Para algunos observadores es una señal de

miedo poco acorde con la trayectoria castrense de tales políticos-soldados. Pero, al concederles obligadamente que conocen su oficio, quizá sea preciso alabar tales decisiones como ejemplos de prudencia y cordura.

Pero veamos cómo estaba el Vietnam tras el aparente fin dela guerra. El país quedaba dividido en dos por una Zona Desmilitarizada (DMZ son sus siglas en inglés, como suele ocurrir con estos términos) que coincidía más o menos con el paralelo 17. Tres naciones, Canadá, Polonia y la India —para que hubiera representación del mundo occidental, del bloque socialista y de los pueblos que entonces se llamaban neutralistas— salían garantes de los acuerdos ginebrinos. Según éstos, se celebrarían elecciones libres en el plazo de dos años, que llevarían —al menos se confiaba en ello— a la reunificación del dividido país. Pero fue el caso que no hubo tales comicios, que el Viet Minh se reasentó en el norte, creando un estado comunista —o, en último término, esa parecía ser su intención—, y el Vietnam del Sur se etiquetó como prooccidental con la colaboración de los Estados Unidos.

Hubo luego unos movimientos de población siguiendo las grandes líneas del credo religioso o político, e incluso las debidas a una hábil propaganda. En esto último tuvieron intervención unos cuantos miembros de una misión militar norteamericana encabezada por el coronel de la Fuerza Aérea Edward Lansdale, más o menos relacionado con la Agencia Central de Información (CIA) para operaciones en cierto modo heterodoxas. El caso es que algunos de estos especialistas salieron de Hanoi con las últimas tropas francesas, en octubre de 1954, donde habían venido realizando ciertas actividades de sabotaje contra el Viet Minh no demasiado importantes, todo hay que decirlo. Pero sí tuvieron éxito en conseguir que casi un millón de personas civiles, católicas en su mayoría, abandonaran el norte del país y se trasladaran al sur. Todo este éxodo contribuyó a despertar simpatías hacia los sudvietnamitas y su nuevo jefe de gobierno, Ngo Dinh Diem, nombrado por el emperador Bao Dai, de quien había sido primer ministro.

En este trasiego de población se produce también el movimiento de distinto signo y, así, cien mil miembros del Viet Minh y simpatizantes se trasladan desde el sur al Vietnam del Norte. Claro que en el fondo subyace la cuestión relativa a cómo se interpretaban y garantizaban los acuerdos de Ginebra. Para algunos, no se trataba de la división del país en dos, sino que la DMZ era sencillamente una línea provisional para facilitar la reagrupación de fuerzas contendientes. Hay quien dice que el concepto de creer que el país quedaba dividido por esa línea dio pie a los Estados Unidos para su ulterior intervención. También, el que esos cien mil vietminhitas y quizá otros cuyo número se desconoce marcharan al norte suponía un contratiempo para Ho y Giap, pues al parecer contaban con ellos para una eventual conquista del resto del Vietnam. Lamentaban que la Unión Soviética y China les hubieran forzado a aceptar las soluciones de compromiso de los acuerdos ginebrinos, sin las cuales no habrían tenido dificultades de importancia para esa conquista. De todos modos, y contraviniendo los acuerdos, unos cien mil hombres del norte se quedaron en el sur como embrión de fu-



Los acuerdos de Ginebra, de julio de 1954, establecían un período de «libre movimiento», de trescientos días, a través del paralelo 17° para permitir el reasentamiento de procomunistas y anticomunistas. En esta foto, soldados del antiguo Ejército Nacional, de oficialidad francesas, y sus familias abandonan los camiones para embarcar hacia el Sur. Unos novecientos mil civiles participaron en el éxodo desde el Vietnam del Norte.

turas acciones subversivas o incluso bélicas.

Tras la decisión del presidente Eisenhower, parecía descartada la intervención norteamericana, pero hay que reconocer también que los problemas estratégicos no habían cambiado para los Estados Unidos con la retirada francesa —si acaso para peor— de una larga guerra que había costado cien mil muertos y desaparecidos galos. Así que Foster Dulles volvió a la carga con la Organización del Tratado del Sudeste de Asia (SEATO), en septiembre de 1954, para la protección del Vietnam, Laos y Camboya. Como estos países no podían integrarse en la Organización, según estipulaban los acuerdos de Ginebra, los miembros fundacionales fueron los Estados Unidos, el Reino Unido, Francia, Australia, Nueva Zelanda, Thailandia, las Filipinas y el Pakistán (éste se retiró en 1972). Desde luego, por dispersión, diferencias culturales y falta de homogeneidad, aquéllo no era la OTAN, como Foster Dulles tuvo que reconocer en su interior. Pero la implicación de los Estados Unidos venía por sus pasos contados, y a fines de 1954 encontró su punto de apoyo en el acuerdo Ely-Collins, firmado por el general Ely en nombre de Francia. De esta forma, en aplicación de los acuerdos de Ginebra, Norteamérica se obligaba a intervenir si el Vietnam del Sur se veía amenazado. Así se hacía el relevo, si bien la cosa iba a traer una cola muy larga.

En el norte, la pérdida de un millón de población suponía problemas sin cuento para los que tenían que transformar un frente de carácter guerrillero en un estado socialista con todas las de la ley. Por una parte, gran parte de los huidos al sur eran personas con cierto grado de preparación, especialmente en el campo de las centranles eléctricas, minas y factorías textiles. Empezaba a haber, naturalmente, ayuda técnica de la URSS y China Popular, pero para Ho eso no pasaba de ser una solución temporal. Creía que todo se debía hacer en el país, un tanto autárquicamente, y que también el país tenía que levantar sus industrias y preparar a sus técnicos, a sus especialistas, a sus administradores. Por otra, el éxodo de ese millón de seres humanos dejaba en el norte muchas tierras y propiedades sin dueño. Se imponía, pues, un medio de aprovechar esas tierras mediante una distribución lo más conveniente posible. Claro es que casi todos los planes de reforma agraria que en el mundo han sido carecieron de eficacia y sirvieron en realidad para muy poco. El del Vietnam del Norte no iba a ser una excepción, por lo menos inicialmente, aunque tampoco resultó demasiado bien a la larga. En la clasificación para atribuir la propiedad de las tierras, apenas mil metros cuadrados de extensión suponían la diferencia entre un terrateniente y un obrero agrícula. Los primeros estaban expuestos a procesos, confiscaciones e incluso a la muerte, y es posible que unos cincuenta mil de éstos perecieran antes de agosto de 1956. Ho quiso rectificar, la burocracia no funcionó a tiempo, estalló una rebelión y las fuerzas de Giap tuvieron que reprimirla.

Todas estas cosas, nada halagüeñas por cierto, no consiguieron minar la popularidad de Ho. Astuto y pragmático, se puso ropas de campesino y adoptó la imagen de «tío Ho» que había elegido para sí mismo. Maestro autodidacta de la propaganda, no vacilaba en abandonar aquel programa que no funcionara, aun cuando fuese impecable en su ortodoxia re-

volucionaria. Como se captó también a las minorías étnicas, especialmente a las tribus montañesas, con las que había contado en su lucha contra los franceses, y consiguió que las cosas mejoraran en casi todos los órdenes.

En el sur, mientras tanto, se destaca una controvertida figura política que iría a caer más tarde en los recovecos de ls política exterior norteamericana, política que casi siempre ha respondido, a escala mundial, al conocido eslógan de que «lo que es bueno para la General Motors es bueno para los Estados Unidos», y de ahí han venido todos sus duelos y quebrantos.

El caso es que esa figura, Ngo Dinh Diem, católico ferviente y tan anticomunista como antifrancés, había intervenido en política desde hacía años. Tanto en el poco tiempo que sirvió en la administración de Francia, como cuando fue ministro del Interior del emperador Bao Dai en los años treinta, se había ganado una reputación de honrado y trabajador, dos cosas a menudo difíciles de reunir en una persona de esa raza y de esas tierras. Como quiera que después de la guerra rechazara los altos puestos que le ofrecieran tanto Ho Chi Minh como Bao Dai, se exilió voluntariamente en los Estados Unidos. Allí estuvo dos años y se relacionó con católicos influyentes y con otras personas que respaldaban la causa de un Vietnam anticomunista.

Bao Dai volvió a reclamarle en 1954, y Diem puso como condición que gozaría de total autoridad sobre el Ejército y la Administración. Aunque la cosa era peliaguda para el emperador, pues corría el riesgo de crearse un rival más poderoso que él, accedió. Diem, «noblesse oblige», le juró lealtad personal.

El ejercicio del poder comportaba para Diem una serie de dificultades que no se les presentaban a sus enemigos del norte. Además del Ejército regular del Vietnam del Sur, y de esos cuadros del Viet Minh con los que no podía contar pues eran leales a Ho y Giap, había tres fuerzas independientes y considerables: dos de sectas religiosas y la tercera de una especie de mafia.

La más antigua de las sectas, Cao Dai, tenía dos millones de miembros, principalmente campesinos, y era muy curiosa: mezclaba aspectos de religiones orientales con creencias cristianas, veneraba una serie de dioses y semidioses —entre los que figuraban Santa Juana de Arco y el padre de la República china, Sun Yat-sen— y su jerarquía remedaba la de la Iglesia Católica. Disponía de un «ejército» de unos treinta mil hombres y, aunque colaboró con el Viet Minh, era anticomunista a ultranza.

La otra, Hoa Hao, budista cismática, contaba con efectivos algo superiores a los de la Cao Dai. Se había opuesto también al Viet Minh.

La tercera, Binh Xuyen, controlaba el juego, las drogas y la prostitución, y odiaba al Viet Minh. Su jefe, Le Van Vinh, gobernaba no sólo los bajos fondos de Saigón, sino, con autorización de Bao Dai, hasta la policía de la capital. Con sus fuerzas, unos diez mil hombres contando todo, impedía que los vietminhitas operaran en Saigón.

Los norteamericanos querían ya dirigir las cosas a su modo, y el coronel Lansdale aconsejó a Diem que se librara de las sectas. Habría para ello dinero de los Estados Unidos. Y así fue. Millones de dólares fueron a parar a las arcas de las dos sectas religiosas. Pero no había posibilidad de comprar a la Binh Xuyen, que ganaba el dinero a espuertas en



Líderes sudvietnamitas en la celebración del Día de la Independencia. En el centro, el jefe del Estado, Phan Khac Suu.

sus negocios legales e ilegales. Diem tenía que ir por las bravas y, en enero de 1955, canceló el acuerdo de Bao Dai con esta secta nacionalista. El emperador se enfadó mucho, ordenó a su primer ministro que abandonara el país... y Diem rehusó. Estalló la lucha entre el Ejército y los de Binh Xuyen, que tuvieron que refugiarse en una zona cenagosa al este de Saigón. Le Van Vinh se marchó a París.

Claro que el sistema oriental del soborno traía malas consecuencias. Diem lo utilizó para que los caodaístas se mantuvieran al margen mientras él atacaba a la Hoa Hao. Su triunfo aisló a la Cao Dai y diseminó las fuerzas de Hoa Hao. Los supervivientes de ésta fueron, por la amargura de ver ejecutado a su jefe, aliados potenciales del Viet Minh. Y también, los enconados caodaístas y los perseguidos «mafiosos» de Binh Xuyen no presagiaban nada bueno para el futuro del Vietnam del Sur.

Ciertos sectores norteamericanos, entre ellos influyentes miembros del Congreso, vieron «su hombre del Vietnam» en Ngo Dinh Diem. Incluso llegaron a decir que entre Bao y Diem, la elección no era dudosa.

En la casi seguridad de contar con tal respaldo, Diem maniobró, convocó una asamblea que pidió la destitución de Bao Dai y la formación de un nuevo gobierno encabezado por aquél. Luego, en octubre de 1955, hubo un referéndum un tanto «preparado» que respaldó la nueva república. Parece que, pese a ciertas irregularidades,la gente se inclinó por Diem.

No es de extrañar que, dados sus antiguos sentimientos antifranceses, el ya presidente Diem se inclinara por los norteamericanos. El gobierno de Francia favorecía ahora a Ho Chi Minh como potencial gobernante de un Vietnam unificado, ya que creía

que el «tío Ho» podía ser un dirigente neutralista, independiente de Pekín y Moscú y dispuesto a tratar con París. Tras haber derribado a Bao Dai, y seguro de la ayuda de los Estados Unidos, pidió a Francia que cesara en sus coqueteos con Hanoi y se plegara a los dictados de él emanados.

Al igual que sus colegas, si bien enemigos, del norte, Ngo Dinh Diem tuvo también grandes problemas con la cuestión agraria, ya que en la reforma correspondiente dio preferencia a los refugiados que procedían del Vietnam comunista, casi un millón como hemos dicho. El caso es que, si bien aumentó el número de propietarios, se crearon muchos latifundios, y el campesinado apenas si vio cambiar su condición. Ello sentó las bases de una situación potencialmente peligrosa para Diem en particular y para el futuro de la causa del Vietnam del Sur, al no conseguir la lealtad de la clase campesina.

Tampoco tuvo buena mano con la minorías que representaban las tribus montañesas, consideradas salvajes por los vietnamitas de las tierras bajas. Luego, cuando Diem ensayó el experimento de las *agrovilles*, para proteger a los aldeanos, no se tuvieron en cuenta las tradiciones y la peculiar idiosincrasia de los montañeses. Todo ello contribuyó a crear un caldo de cultivo para los simpatizantes de las guerrillas comunistas.

Es curioso que tratándose de dos estados diametralmente opuestos en lo político tuvieran tantas similitudes en la práctica, consecuencia muchas de ellas de que se trataba del mismo pueblo, de la misma raza, con sus virtudes y defectos, y de otras características que reflejan la distancia que existe entre la teoría y la *praxis*, de lo vivo a la pintado. Tenemos entonces que, por un lado, el Vietnam del Sur adopta una nueva constitución en 1956, tendente a una verdadera democracia, aunque luego esto no fuera realmente posible y el país funcionara bajo una dirección autocrática. Por otro, el Vietnam del Norte adoptó la suya cuatro años después, con el propósito de constituir un estado comunista modelo. La autocracia estaba allí también, claro que bajo otros símbolos y representada por otros hombres y otros nombres. También se imitaron en cosas que, con arreglo a un criterio puramente doctrinal, jamás se debían haber hecho. Ngo Dinh Nhu, hermano de Diem, fundó el Can Lao Kan Vi (Partido Revolucionario del Trabajo), integrado por disciplinadas células de estilo comunista. Este partido, al que se tildaba de «gobierno invisible», se infiltró en las esferas de la administración pública, en las organizaciones políticas de la oposición y en las unidades del Ejército. Castigaba a los enemigos y premiaba a los leales a Diem, y daba la impresión de que trataba de perpetuar el imperio de la familia Ngo en el poder. Claro que esto no resulta demasiado raro: ocurre en las mejores familias, tanto genéticas como políticas, y en los países mejores. Todo debe de tener algo que ver con lo que un profesor español llamó «la erótica del poder».

En este panorama empiezan a producirse las primeras acciones del Frente de Liberación Nacional del Vietnam del Sur, popularmente conocido como Viet Cong. Como todos los movimientos de este tipo, no tardó en crear un clima de inseguridad general, comenzando con asesinatos de gente notable o menos notable en las zonas rurales. El Ejército regular sudvietnamita, que ya contaba por entonces con unos efectivos de 135.000 hombres, tenía como unidad fundamental la división típica: unos diez

mil hombres dotados de armamento norteamericano típico también, a base de fusiles M-1, obuses de 105 milímetros y morteros de 107. Nuevamente se cometía el mismo error que los franceses, corregido y aumentado. El aumento venía determinado porque, cuando Francia estaba en Indochina, sus fuerzas, más o menos agrupadas en posiciones fuertes o en centros de interés estratégico, tenían que mantener abiertas las rutas a otros lugares de importancia militar —o simplemente, para la conducción de las operaciones—, lo que de alguna manera incidía en disputar el dominio de las selvas y de los arrozales a los «viet», a la vez que materializaba la presencia de Francia en aquellas tierras y trataba de buscar el apoyo de agricultores y artesanos.

Pero en el caso que nos ocupa, la «americanización» de las unidades sudvietnamitas ni siquiera justificaba la necesidad de mantener abiertas esas vías de comunicación, ya que el apoyo logístico se realizaba a base de aviones y helicópteros principalmente. Era, pues, un salto de «isla» en «isla», como hicieron los norteamericanos en el Pacífico, durante la Segunda Guerra Mundial, aunque con medios distintos. Estamos en que las divisiones sudvietnamitas podrían haber dado la medida de su talla en una guerra convencional, en un campo de batalla clásico —el «norte» contra el «sur»—, pero no podían servir de mucho en la lucha insidiosa de las marismas, de la selva, de las montañas, incluso del terrorismo urbano.

Esos elementos vietnamitas que se habían quedado en el sur después de la partición, más o menos temporal y más o menos clara en términos de tratado, empezaron a actuar. Su jefe, Le Duan, que se había mostrado activo en la campaña de agitación y que insistía siempre en la urgencia de derribar a Diem, visitó Hanoi en 1957 y, para fines de ese año, digamos que comenzó en serio la guerra de guerrillas contra el régimen de Saigón.

Aquellas guerrillas eran bien abiga-

Minorías marginadas en el Sur engrosaron las filas del Viet Cong. En esta foto, aldeanos del delta del Mekong aparecen con los «pijamas negros» de la guerrilla, provistos de armas de procedencia soviética.



rradas. Se componían de esos elementos pro-Hanoi que se habían quedado en el sur, más de dos mil soldados del Vietnam del Norte que se infiltraron posteriormente, los supervivientes de las sectas Hoa Hao y Binh Xuyen y los disidentes caodaístas y, finalmente, miembros de las tribus montañesas que las políticas de Diem habían lanzado al otro bando. Su armamento constituía un amplio muestrario de las fábricas norteamericanas, japonesas, rusas y de la Europa occidental. Algunas de las de los Estados Unidos llegaron a manos de los hombres que luego habrían de popularizar los «pijamas negros» a través de China, capturadas por los soldados de Pekín tanto en su lucha contra los nacionalistas de Chiang Kai-chek como en el curso de su velada —o casi— intervención en la guerra de Corea. Obvio es decir que gran parte de esas armas que ahora salían a la luz habían pasado más de tres años enterradas o guardadas en ocultos escondites. Los que son precavidos valen por dos...

A pesar de que las actividades guerrilleras fueron ganando importancia al cubrir los campos de la emboscada, el terrorismo, la infiltración y subversión y el establecimiento de una red de información realmente eficaz —y de que el número e importancia de sus acciones aumentó de manera acusadísima—, los asesores norteamericanos seguían insistiendo en el concepto de la guerra convencional, ya que, para ellos, la insurrección caía en el ámbito de la policía y de las fuerzas irregulares.

Los personajes del gran drama indochino o, mejor dicho, de la tragedia vietnamita se situaban ya en el escenario natural donde iban a vivir sus respectivos papeles. El hábil Ho no parecía tener demasiados problemas para dar bien el tipo. Su identificación con el campesino humilde —hasta en el traje—, su astucia en presentar al Viet Cong como un conglomerado de adversarios de Diem, de descontentos de su política, sin que aparentemente pudiera decirse que, en realidad, el Viet Cong se hallaba bajo un estricto control comunista —y no era, por tanto, pluripartidista—, constituían elementos coadyuvantes a su éxito, más o menos a la larga, en la función.

Si para algunos Ho podía ser el villano, el «héroe» Diem no carecía de problemas para llevar a buen puerto la incorporación de una figura fundamental del reparto. A diferencia de Ho Chi Minh, se vestía elegantemente a la occidental, carecía del carisma de éste y su bien intencionada postura de preservar la independencia más o menos conseguida de su país le hizo faltar a las promesas que hacía cuando las cosas se ponían feas. Tal fue el caso en noviembre de 1960. Entonces hizo promesas a los tres batallones de aerotropas que rodearon su palacio presidencial para forzarle a ampliar la base de su gobierno con representantes de otras tendencias. Diem echó mano de fuerzas leales que desarmaron a los rebeldes y, cuando el peligro pasó, se olvidó de hacer honor a sus compromisos de los momentos difíciles.

Pero si el primero de los personajes se presentaba bien perfilado y el segundo, sincero en sus convicciones, no lo era tanto en la práctica, el credo que éste representaba como el «bueno» de la obra parecía más afianzado en el Vietnam del Sur, a pesar de todas las limitaciones y de la no demasiado segura posición de Diem a los seis años de poder, que en los otros dos estados a quienes los Acuerdos de Ginebra habían concedido también la independencia: Camboya y Laos.



En Camboya, que en realidad se había negado a firmar los Acuerdos el príncipe Norodom Sihanuk, que ha sido de todo —rey, líder político, jefe del Estado y exiliado—, andaba en la cuerda floja de la neutralidad. Mantuvo más o menos una apariencia de gobierno, aunque hubo de hacerse el sordo, el ciego y el mudo a que los comunistas pasaran suministros por su país, a los bombardeos norteamericanos que habrían de venir luego y a los tanteos fronterizos desde el Vietnam del Sur.

En Laos, el príncipe Suvanna Fuma trataba de llevar a la práctica los Acuerdos de Ginebra merced a una coalición neutral, para lo que tenía que equilibrar el Pathet Lao comunista, dirigido por su hermano de un solo vínculo, príncipe Sufanuvong, y la facción prooccidental que encabezaba el príncipe Bun Um. Este último contaba con el apoyo del Ejército Real, unos veinticinco mil hombres mandados por el general Fumi Nosavan y cuyos gastos corrían a cargo de los Estados Unidos. También aquí tenemos el enfrentamiento entre los hombres de la montaña y los del llano. Y, así, el Ejército Real reclutaba a gente de las tierras bajas, mientras el Pathet Lao buscaba el concurso de los montañeses, como los belicosos miembros de la tribu meo.

Lo que sigue parece una comedia de enredo, si no tuviera ribetes de tragedia. Luchan los tres príncipes entre sí, las unidades más destacadas y los montañeses más valerosos cambian de bando, unos no saben de qué va la cosa y otros lo saben demasiado bien. Sufanuvong, a quien llaman el «Príncipe Rojo», ganó unas elecciones en 1958 y, fieles a sus esencias democráticas, los Estados Unidos piden a Suvanna que dimita. Viene luego

Soldados de las fuerzas de elite del Viet Cong. Llevan armamento soviético.

otro neutralista, Fui Sananikone, y trata de hacer algo. Pero a todo esto han detenido a Sufanuvong, y uno de los batallones de su Pathet Lao querido que se iba a integrar en el Ejército Real, se echa al monte y empieza la guerra de guerrillas. Como está mandado, el Príncipe Rojo se escapa y se va con sus guerrilleros.

Siguen las luchas y aparece un héroe, el capitán Kong Le, que manda un batallón de paracaidistas de lo más eficaz. Estos «paras» se enfadan, ocupan Vientian, la capital administrativa del país —Luang Prabang era la real—, y Kong Le dice que los Estados Unidos son unos colonialistas atroces y que hay que formar un gobierno neutral de verdad, y que vuelva Suvanna a encabezarlo. Pero, antes, a Sananikone ya le había echado una facción militar a las órdenes de Nosavan. La Asamblea Nacional encarga a Suvanna Fuma que forme gobierno, las potencias extranjeras toman bando —Gran Bretaña, Francia y la URSS con los neutralistas, los Estados Unidos y Thailandia apoyando a Nosavan y Bun Um— y Rusia, ni corta ni perezosa, manda sus Il-14 para llevar material a Kong Le, que ya no sabe con quién está pero que se dispone a rechazar al Ejército Real, al ataque para acabar con el régimen neutralista. Hay lucha, muertos de la población civil, Kong Le se retira a la histórica Llanura de los Jarros —restos arqueológicos—, Nosavan no aprovecha su ventaja y el capitán consigue enlazar con sus ¿amigos? del Pathet Lao.

Norteamérica y la Unión Soviética ayudan a sus respectivos protegidos. La Europa occidental se opone a una intervención armada. El joven, nuevo y prometedor presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy, se inclina por un Laos neutral. Su cordial enemigo, Nikita Jruschov, cree también que ese país no vale una guerra. Intervienen más personajes, como el Pathet Lao, el Vietnam del Norte e incluso China, y todos se van a Ginebra, en mayo de 1961, para arreglar la cuestión.

Pero Fumi Nosavan hace la guerra por su cuenta, no sabe cuáles son las verdaderas intenciones del presidente Kennedy, cree que sigue contando con el apoyo de los Estados Unidos y termina siendo atacado por los norvietnamitas. La derrota y la humillación de Nosavan crean una atmósfera de entendimiento entre las facciones para formar una coalición, bajo Suvanna Fuma, que englobe desde derechistas hasta el Pathet Lao. Y la nueva administración comienza a funcionar en el verano de 1962.

Pero la lucha no termina. Vietnam del Norte mueve al Pathet Lao; los Estados Unidos manejan guerrillas de la tribu meo, que tampoco saben ya con quién van; para colmo, Kong Le, que se rebeló contra el colonialismo norteamericano, al acusar a los Estados Unidos de manejar el régimen de Sananikone, sale diciendo que la Unión Soviética trata de unir Laos a su cohorte de satélites. Cosas veredes...

El panorama de los otros dos estados indochinos no era, como puede verse, nada tranquilizador. Por desgracia, con el paso del tiempo las cosas no se han enderezado, y lo que entonces casi se tomó a broma en los medios internacionales —había quienes decían que los nombres de los tres príncipes laosianos y los de los principales dirigentes de aquella época parecían idénticos a los comerciales de medicamentos— fue después, y lo sigue siendo, un espantoso genocidio, realizado, quizá al cincuenta por ciento, por las matanzas y el hambre.

Réquiem por dos presidentes

Muchos se han preguntado, y se preguntan todavía, tanto en los Estados Unidos como en el resto del mundo,el porqué de la intervención norteamericana en el Vietnam. Evidentemente puede parecer raro que esa intervención respondiera a tal nombre —lo anterior no pasaba de escarceos— por obra y gracia de un presidente joven, demócrata y liberal por tradición y vocación. Y bien sabido es que los liberales no eran partidarios de que Norteamérica asumiera indefinidamente el desairado papel de gendarme del mundo; ni querían en modo alguno que se abrieran heridas o se agudizaran fricciones con la Unión Soviética ni con el gigante más o menos dormido de que hablaba Napoleón: la inmensa China.

Pero el Presidente tenía poderosas razones para decidirse a emprender la malhadada aventura del Vietnam: su postura en Laos había sido interpretada como signo de debilidad por parte de los Estados Unidos, y a ello se unía la fracasada acción de Bahía Cochinos, en Cuba, y el vituperio de que fue objeto por parte de Jruschov en Viena.

Como de costumbre, los norteamericanos trataban de imponer sus directrices a Diem, y éste se salía por la tangente dando decretos meramente simbólicos que no cambiaban nada. A pesar de la visita del vicepresidente Lyndon B. Johnson y del cambio de embajador, así como del paso de la presión al halago, el líder sudvietnamita seguía en sus trece. No podía hacer una reforma agraria a expensas de los terratenientes de cuyo poder dependía en parte —para ganarse a los campesinos y quitar al Viet Cong una de sus bazas principales, como opinaba Washington—, ni poner en manos de los militares —a los que temía— el control de las operaciones antiguerrilla, que confiaba a los políticos adictos que actuaban como gobernadores de provincia.

Diem quería a toda costa preservar la completa independencia de su gobierno. Por eso no accedió en su mo-

Un monje budista expresa su protesta sentándose en la ruta de un carro de combate sudvietnamita.



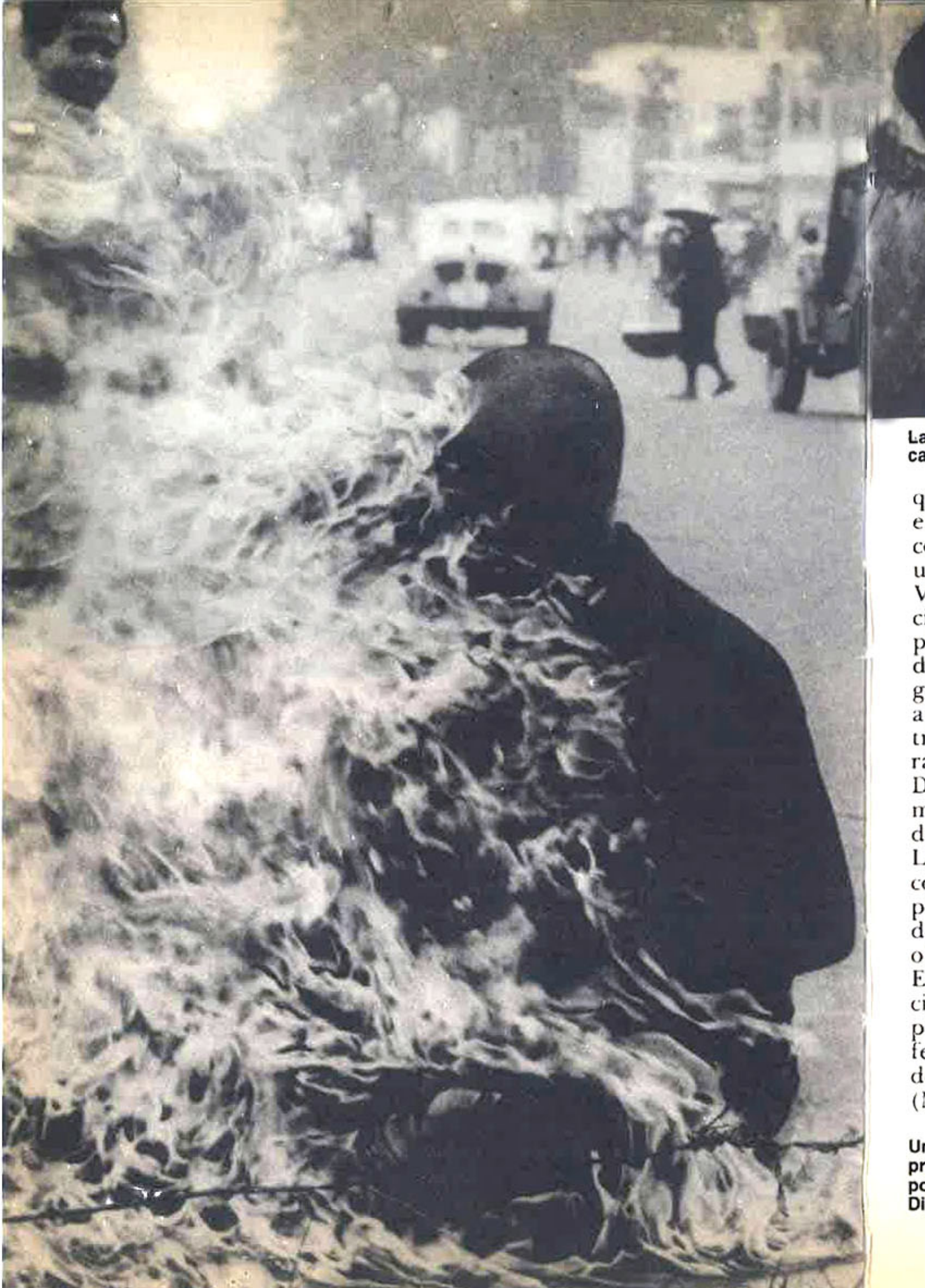
Una guardia de honor espera la llegada del presidente sudvietnamita Ngo Dinh Diem.

mento a las propuestas del vicepresidente Johnson: enviar tropas de los Estados Unidos o establecer un tratado de seguridad entre los dos países. Claro es que tuvo que ceder parcialmente en sus pretensiones. Por una parte, las acciones del Viet Cong cobraban cada vez más importancia, a la vez que iban aumentando los efectivos guerrilleros, que ya llegaban a casi veinte mil hombres, había infiltraciones comunistas del Vietnam del Norte a través de Laos y los hombres de los pijamas negros amenazaban hasta los accesos a Saigón.

Por otra, la moral del Ejército y del pueblo del Vietnam del Sur andaba por los suelos. Diem lo achacaba al temor de los sudvietnamitas a que Kennedy les dejara abandonados a su suerte, como había hecho con Laos. En esas circunstancias, Diem quería ahora un tratado bilateral de defensa.

Así las cosas, en octubre de 1961 envió Kennedy al Vietnam a su consejero militar, el general Maxwell D. Taylor, y a Walt Rostow, uno de sus ayudantes asesores. El informe que presentaron a su vuelta tenía tintes obscuros, pero ambos opinaban que la cosa se podía salvar si los Estados Unidos mandaban fuerzas y prestaban ayuda generosa al Vietnam del Sur para apuntalar la moral del país a todos los niveles.

Washington insistía en que Diem hiciera una serie de reformas, a las



Uno de los bonzos budistas que se prendieron fuego en Saigón como protesta por las medidas de represión del presidente Diem.

La foto que conmovió al mundo: un policía vietnamita descerraja un tiro de pistola en la cabeza de un oficial del Viet Cong.

que condicionaba su ayuda. Todavía, el presidente Kennedy trataba de compaginar su decisión de mantener una postura fuerte en ayuda del Vietnam del Sur con la no intervención —o, por lo menos, con una implicación no demasiado conspicua— de fuerzas norteamericanas. Se seguía insistiendo en prestar toda la ayuda precisa, pero que fueran las tropas sudvietnamitas las que hicieran el trabajo. En este tira y afloja, Diem aceptó, al menos apararentemente, la ayuda de los Estados Unidos y prometió hacer esas reformas. Llegaron, como primer paso, dos compañías de helicópteros Shawnee, pilotos para adiestrar a sus colegas de la Fuerza Aérea sudvietnamita, oficiales y soldados de las Fuerzas Especiales (Boinas Verdes) del Ejército norteamericano, también en plan de instructores, y, por fin, en febrero de 1962, se formó el Mando de Asistencia Militar en el Vietnam (MACV) a fin de coordinar toda la tarea de formación y apoyo, a las órdenes del capitán general Paul D. Harkins.

La institucionalización de la ayuda se empezó a sentir. Robert S. McNamara, secretario de Defensa norteamericano, expresó su creencia de que el comienzo de esa ayuda estaba inclinando ya la balanza contra los comunistas. Aparte de otras declaraciones de colaboradores suyos en el mismo sentido, los corresponsales de prensa estadounidenses, salvo muy contadas excepciones, se dejaron ganar por ese optimismo. Claro que los instructores y los que estaban más en contacto con las capas bajas de la administración y del Ejército del Vietnam del Sur, e incluso del pueblo llano, no veían el menor fundamento para ese panorama tan rosado. En opinión de ellos, Diem seguía con su política y no conseguía que la población en general se uniera de verdad y con fe a su causa. Por otra parte, en el terreno militar, el presidente sudvietnamita no quería héroes que pudieran hacerle sombra, y desconfiaba tremendamente de sus generales. Los norteamericanos decían in-

cluso que no quería que ganaran laureles en el campo de batalla para que no destacaran. Claro es que, en una buena parte, hay motivos para creer que esto forma parte de la leyenda negra del presidente sudvietnamita.

Si bien la prensa, salvo unos pocos de sus representantes en el Vietnam, se había hecho eco del optimismo oficial, no tardaron en comenzar las dificultades en este sentido. Los oficiales jóvenes, al ver de qué modo se llevaban las operaciones y de qué forma se presentaban todas las acciones como victorias, empezaron a filtrar información más o menos confidencial a los corresponsales, con la esperanza de que lo que ellos consideraban enfoque realista de la situación militar pudiera llegar a las altas esferas de Washington. Naturalmente, los periodistas hicieron uso de tales fuentes, se agitó en



El secretario norteamericano de Defensa, Robert McNamara (derecha), junto con el general Lyman Lemnitzer, presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, en una visita al Vietnam.

cierto modo la opinión pública norteamericana y la Administración, y Diem protestó y contraatacó. Así se dividieron los norteamericanos destacados en la capital sudvietnamita. Los mandos superiores y el embajador trataban de contentar a Diem y de minimizar las noticias que la prensa difundía, mientras los escalones inferiores y los corresponsales seguían en sus trece. Además, tampoco querían las altas esferas que un silenciamiento, una coacción o las simples expulsiones de corresponsales del Vietnam pudieran hacer creer al público de los Estados Unidos que se imponía a sus medios de información una auténtica censura.

Ejemplo de todo lo anterior fue el tratamiento que dio la prensa a la acción de Ap Bac, en enero de 1963, acción que supuso una derrota para los sudvietnamitas, por las restricciones de actuación ya conocidas y seguidas por los mandos de dicho país, y en la que perdieron la vida algunos asesores norteamericanos. La discrepancia entre la versión oficial y la que dieron los corresponsales —que recurrieron, una vez más, a las fuentes citadas— ahondó aún más esa división. Los medios de la embajada y del mando de asistencia limitaron a lo estrictamente indispensable sus contactos con la prensa, y los «chicos» de ésta pintaron aún más negras las tintas del no muy claro panorama bélico sudvietnamita.

Una serie de desórdenes de tipo religioso que se iniciaron en Hué, la antigua capital imperial, en mayo de 1963, como consecuencia de la diferencia de criterio del gobierno de Diem respecto a exteriorizaciones de la fe católica y de las creencias budistas, iba a dar origen a la práctica, luego extendida a otros países del mundo con el mismo propósito de protesta a ultranza, al límite, de la autoinmolación prendiéndose fuego con gasolina.

La protesta de los budistas, por no haber sido autorizados al despliegue de banderas religiosas para conmemorar el aniversario del nacimiento de Buda, provocó la intervención de fuerzas militares, con el consiguiente derramamiento de sangre. Los disturbios pasaron a Saigón, donde, el 11 de junio, se quemó públicamente el monje Thich Quang Duc. Obvio es decir que la foto del budista ardiendo, tomada por un reportero norteamericano, dio la vuelta al mundo.

Evidentemente, los disturbios budistas iban a traer consecuencias trascendentales para el ulterior desarrollo del conflicto por excelencia del sudeste asiático. Los norteamericanos querían que Diem diera satisfacciones a los irritados bonzos. El presidente sudvietnamita seguía sacando partido de su creencia en que él era la única alternativa para los Estados Unidos en el Vietnam. La mujer del hermano de Diem, señora de Ngo Dinh Nhu, atacaba duramente a los budistas, y éstos respondían con nuevos suicidios «a la gasolina», más agitación y protestas y toda clase de facilidades a la prensa para que tuviera acceso a las máximas jerarquías de su credo y pudiera así divulgar las profundas quejas que tenían del régimen de Diem. La policía de Saigón actuaba hostilmente respecto a los corresponsales y llegaba a censurar sus despachos. Pero las noticias llegaban a los Estados Unidos —léase por tripulaciones simpatizantes de la Fuerza Aérea— y, con ellas, la distorsión. Se decía, por ejemplo, que el setenta por ciento de los vietnamitas eran budistas, por lo que representaban éstos a la mayoría de la población.

A pesar de que la jerarquía nor-

teamericana en Saigón no veía otra solución que seguir apoyando a Diem, el presidente Kennedy consideró que un cambio de caras en la capital sudvietnamita podría ser beneficioso a efectos de influencia en el líder anticomunista del Vietnam. Así, el elegante Henry Cabot Lodge, miembro de una de las primeras familias norteamericanas, substituyó al embajador Nolting, el cual había recibido seguridades, en su última gestión, de que el gobierno atendería las quejas budistas. Pero la acción unilateral del hermano de Diem vino a echar todo por tierra. Empleando unidades de las Fuerzas Especiales y de la policía como si fueran tropas del Ejército regular, hizo una incursión contra las pagodas budistas, practicando arrestos de bonzos y cometiendo brutalidades que dejaron un saldo de heridos.

Ante la agitación estudiantil por estos hechos, algunos generales sudvietnamitas entraron en contacto con la embajada norteamericana para conocer cuál sería la reacción de los Estados Unidos a un golpe militar contra Diem. Lodge les dijo que nunca respaldarían a un gobierno de Nhu, pero que el asunto del hermano de éste era una cuestión puramente sudvietnamita.

El golpe quedaba paralizado de momento, pero los disturbios continuaban, así como las detenciones, los Estados Unidos seguían tratando de convencer a Diem y, tras una visita a Saigón, McNamara recomendó una especie de sanciones económicas y cierre de la bolsa a las unidades que habían realizado la incursión contra los templos budistas.

Como quiera que esto se interpretaba como castigo a Diem y propiciamiento norteamericano a un cambio de gobierno, los generales volvieron a hablar de golpe con Lodge. Este se hallaba en desacuerdo con el general Harkins, pues, en tanto el militar opinaba que unos generales sin mucha experiencia no podían desbancar a un político de la talla de Ngo Dinh Diem, el diplomático estaba convencido de que no se podía esperar nada concreto del presidente sudvietnamita. En resumidas cuentas, Lodge dijo a los generales que su país apoyaría a quien supiera conquistar la adhesión del pueblo y combatiera al comunismo de verdad.

Una vez más, para los que piensan que los pronunciamientos son cosa del siglo XIX, los generales entraron en acción. Tras aislar a las fuerzas que podían ser leales a Diem, rodearon con las suyas el palacio presidencial la tarde del 1 de noviembre de 1963, y exigieron la rendición del Presidente y de su hermano. Estos, muy como en las novelas de capa y espada —no en balde habrían leído a Dumas—, escaparon por un pasadizo secreto a la ciudad, pero les capturaron a la mañana siguiente. Posteriormente, al ser conducidos al cuartel general del golpe, fueron asesinados en medio de un misterio aún no desvelado.

El mismo mes, en una soleada mañana tejana, el presidente Kennedy perdía la vida en un magnicidio que, pese a todas las investigaciones practicadas hasta hoy, y a todas las especulaciones que al respecto se han hecho, no lleva camino de aclararse. Probablemente nunca se sabrá el porqué y el por quién y el para qué, para completar los elementos tradicionales de la noticia. Salvando las lógicas diferencias, dos figuras políticas relacionadas en la misma empresa mueren en el mismo mes. ¿Paralelismo? ¿Coincidencia? ¿Maldición oriental? Dejémoslo envuelto en la bruma y sigamos la dura pugna en la atormentada tierra vietnamita.

Llegan los Marines

Mientras el triunvirato que se había hecho cargo del poder a la caída de Diem, y cuyo hombre fuerte era el general Duong Van Minh, no hacía presagiar demasiadas transformaciones o, al menos, voluntad de impedir lo que algunos profetas calificaban ya de irremediable, el Viet Cong seguía a la ofensiva, arrollando instalaciones militares y destruyendo las menos fuertes de las aldeas estratégicas que el régimen de Diem había establecido. En realidad, la lucha por el poder continuaba, se producía el habitual relevo de funcionarios leales a Diem por leales a Minh, el país seguía avanzando hacia el caos, había huelgas y manifestaciones e incluso se rumoreaba que el hombre fuerte del régimen iba a traicionar a la nación en beneficio de los comunistas. Claro que la cosa no se prolongaría mucho y, así, el 30 de enero, en un golpe incruento, el general de división Nguyen Khanh derribó a Minh.

Las cosas cambiaron poco, como de costumbre. Pero los Estados Unidos decidieron apoyar a Khanh a ultranza porque veían al Vietnam del Sur en mortal peligro y, si cabía, a todo el sudeste de Asia. Tales eran los temores de muchos implicados en la dirección de la política norteamericana, entre los que figuraba el secretario de Defensa, McNamara. Como parecía que Khanh y el nuevo presidente de los Estados Unidos, Lyndon B. Johnson, estaban de acuerdo, éste prometió ayuda militar abundante y la financiación de un aumento de cincuenta mil hombres en los efectivos de las fuerzas armadas sudvietnamitas, más fondos para la modernización del aparato administrativo del país.

Johnson quería muchas cosas. Por una parte, había encargado a la Junta de Jefes de Estado Mayor la elaboración de planes para llevar a cabo ataques de represalia contra el Vietnam del Norte. Aunque convencido de que eran los sudvietnamitas quienes tenían que triunfar por sí mismos, pensaba que, si las cosas se desbordaban, un ataque contra el

norte aliviaría la presión en el sur. Más tampoco quería que una acción semejante provocara la intervención de China, ni que se pensara que tenía intenciones agresivas o que deseara la «escalada» del conflicto. Y todo ello había de considerarse también a la luz de sus planes para la campaña de reelección.

Llegamos de este modo a julio de 1964, cuando Khanh vuelve a insistir en que se ponga en práctica una política más agresiva. A este tenor, y tras haberse producido el relevo del embajador Lodge por el general Taylor, y el de Harkins por el general William C. Westmoreland, «Westy» para sus amigos y subordinados, al frente del MACV, Khanh manifestó que los norvietnamitas estaban invadiendo su país y que el pueblo exigía una «marcha contra el norte». Tales afirmaciones fueron ratificadas por el general Nguyen Cao Ky, jefe de la Fuerza Aérea sudvietnamita, que llegó aún más lejos en sus declaraciones. Al afirmar que, con ayuda de los Estados Unidos, sus pilotos estaban dispuestos a ejercer acciones de represalia contra el Vietnam del Norte, y revelar que, desde hacía tres años, Saigón había estado enviando equipos de sabotaje al territorio de su enemigo comunista, puso en difícil situación al embajador Taylor, que refutó a medias las palabras del general Cao Ky. Bien es verdad que, por otra parte, Taylor llegó a decir que Khanh necesitaba acción para desviar la atención de los problemas internos del país; e incluso que, si los Estados Unidos no se comprometían en la ayuda de manera decisiva, existía el riesgo de que Saigón pudiera llegar a un entendimiento con Hanoi tendente a poner fin al conflicto, con desventaja para los intereses norteamericanos en la zona. De todos modos, favorecía una decisión conjunta de Washington y Saigón para bombardeos de represalia, como medio de calmar a Khanh.

El presidente norteamericano Lyndon Johnson desciende de su avión, en diciembre de 1967, en el curso de una visita al Sudeste asiático.



La verdad es que los Estados Unidos habían venido actuando desde cierto tiempo atrás contra Vietnam del Norte, como el plan de operaciones clandestinas Oplan 34A, e incluso patrullas con destructores que habían recibido el nombre de De Soto. También, a través del miembro canadiense de la Comisión Internacional de Control, habían hecho saber a Hanoi que su paciencia tenía un tope, pero recalcando que sus intenciones tenían un carácter pacífico y, por supuesto, estaban contenidas en ciertos límites.

Pese a todas estas presiones, el Vietnam del Norte seguía intensificando sus ataques en el sur, hasta el punto que el general Westmoreland se sentía preocupado por el incremento del terrorismo urbano en la capital sudvietnamita, lo que hacía presagiar la inminencia de un decisivo golpe comunista para poner fuera de combate, de una vez por todas, al inestable gobierno del general Khanh. Yendo un paso más adelante, y mientras el presidente Johnson se veía acosado por su rival electoral, el famoso senador Barry Goldwater, para una acción más enérgica en aquel escenario, mientras trataba al mismo tiempo de conseguir la sanción legislativa a sus proyectos todavía no bien definidos, Hanoi ordenó atacar al destructor norteamericano *Maddox*, fuera del límite jurisdiccional de las doce millas, la tarde del 2 de agosto de 1964. La operación fue ejecutada por tres lanchas torpederas, cuyos torpedos no alcanzaron al buque de los Estados Unidos, el cual respondió con sus piezas de cinco pulgadas a inutilizó una de las lanchas y causó daños a otra. El contacto se rompió cuando hicieron acto de presencia aparatos procedentes del portaaviones *Ticonderoga*. No está clara la decisión de Hanoi a este respecto: si se trataba de una represalia por las incursiones de comandos sudvietnamitas en su territorio, bajo la protección de unidades de la Séptima Flota de los Estados Unidos, como el *Maddox*, o si el propósito consistía en poner en dificultades a Johnson en plena campaña electoral. Este se tomaba las cosas con calma, si bien no dejaba de recalcar «las graves consecuencias que inevitablemente resultarían de cualquier otra acción militar no provocada contra las fuerzas de los Estados Unidos» por parte del Vietnam del Norte.

Al día siguiente, otro destructor, el *C. Turner Joy*, se unió al *Maddox* para reforzar la patrulla de información en el golfo de Tonkín. Un radarista de este último buque informó que lo que él creía que eran cinco lanchas torpederas se dirigían contra los destructores. Los comandantes de éstos, creyéndose atacados, pidieron apoyo aéreo y ordenaron abrir fuego. Los resultados de esta acción fueron, según se informó, dos lanchas hundidas y otras dos averiadas. Aunque en medios militares norteamericanos se puso en duda que tal acción hubiera tenido lugar —considerando que el avistamiento de naves enemigas no pasara de ser errónea interpretación por parte de un radarista inexperto—, el presidente Johnson, aceptando la realidad aparente del combate, y temiendo que su moderación se interpretara como señal de debilidad, ordenó tomar medidas de represalia, en forma de ataques aéreos contra las bases desde las que habían operado las torpederas norvietnamitas. Y así, subrayando que no quería que la cosa se desbordara en mayores proporciones, el 5 de agosto, aparatos de los portaaviones *Ticonderoga* y *Constellation* atacaron bases navales y depósitos de combustible en el Vietnam del Norte. Con la pérdi-

da de sólo dos aviones, se destruyeron veinticinco lanchas torpederas y el noventa por ciento del combustible almacenado.

Bien al estilo norteamericano, las encuestas de opinión mostraron el fuerte respaldo público a las decisiones del Presidente, y en el mismo sentido se pronunció el Congreso con la llamada «Resolución del Golfo de Tonkín», que Johnson refrendó el 11 de agosto. Como no constituía una declaración de guerra a Hanoi, si bien confería poderes al Presidente para emprender las acciones que considerase necesarias, el tejano sucesor de Kennedy eludía así una posible acción de China o de Rusia como respuesta a que Norteamérica declarara la guerra al Vietnam del Norte.

En el sur seguían las cosas más o menos como siempre. Khanh se autoproclamó presidente y dictó una nueva constitución que le otorgaba poderes dictatoriales. Los budistas protestaron, hubo disturbios que se extendieron a las zonas rurales y, ante ello, Khanh abandonó la Presidencia, anuló la Constitución y se retiró a Dalat, un poco a la manera de De Gaulle a Colombey. En otro sentido, se rebelaron los montañeses, tratando de independizarse, pero la revuelta terminó con el sencillo procedimiento de que Norteamérica amenazara con tirar de los cordones y cerrar la bolsa. Allí, todo el mundo estaba en nómina.

Washington seguía con el querer y no querer. Se proyectaban acciones más o menos encubiertas, pero sin que pudieran considerarse como claramente ofensivas. Hubo otro incidente «fantasma» en el mismo lugar, esta vez con la participación de los destructores *Morton* y *Parsons*. Como resultó un enfrentamiento un tanto «gaseoso», Johnson optó por no actuar en represalia. Sólo autorizó la continuación de operaciones clandestinas, pero estrechamente controladas. Tampoco hubo respuesta cuando el Viet Cong atacó una base

Llegan los Marines **al Vietnam. Un momento de una de sus primeras intervenciones en la lucha.**



aérea norteamericana en Bien Hoa, cerca de Saigón.

Parece como si la postura de Johnson de no comprometerse demasiado mereciera una recompensa, pues en las elecciones presidenciales derrotó abrumadoramente a su rival Barry Goldwater. Pero los sondeos indicaron después que el pueblo norteamericano quería algo como contrapartida: que el Presidente se definiera claramente en un sentido o en otro. Por ello, Johnson encargó estudios sobre las alternativas que tenía en el Vietnam. Pero la cuestión cobraba urgencia; el público consideraba como el principal problema del país la implicación en el conflicto del sudeste asiático; las cosas iban mal en el sur, y Hanoi seguía mandando fuerzas al territorio de su enemigo; el embajador Taylor recomendaba la «escalada»: se quería hacer presión condicionando la dureza contra el Vietnam del Norte a las reformas que Washington deseaba en el régimen de Saigón. Y el reelegido presidente jugaba al «sí pero no», autorizando operaciones tan tímidas que forzosamente tenían que arrojar resultados insignificantes.

Resulta demasiado reiterativo reseñar una y otra vez la tremenda zarabanda política del Vietnam del Sur, las presiones militares —bien en forma de «Jóvenes Turcos» o de otro modo— y religiosas —ningún sistema parecía complacer a los budistas—, las llamadas al orden del embajador Taylor —algunas de ellas consideradas por los generales sudvietnamitas como «reprimendas a colegiales»—, las dudas y vacilaciones del presidente Johnson, los apremios de Khanh y Cao Ky para duras acciones contra el territorio de Hanoi... y un largo etcétera en el que no faltaba el motivo, la provocación que diera pie a la intervención, a la represalia. El terrorismo del Viet Cong contra el Hotel Brink, en Saigón, no se juzgó suficiente; ni tampoco la ocupación comunista de Binh Gia, ciudad costera cercana a la capital. Pero el ataque a Pleiku, más la visita del jefe del gobierno soviético, Aleksei Kosyguin, a Hanoi, parecieron colmar la paciencia norteamericana.

A primeros de febrero, medio centenar de cazas de la Armada norteamericana atacó cuarteles norvietna-

Una batería de misiles Hawk de la 9.ª Brigada Expedicionaria de la Infantería de Marina norteamericana, en Da Nang.



mitas por encima de la Zona Desmilitarizada, y un día más tarde intervinieron aparatos sudvietnamitas encabezados por el que pilotaba el general Ky. Luego murieron más norteamericanos en otro ataque a un hotel donde se alojaban, y las represalias dieron la impresión de incrementarse de manera regular, aunque siempre «dentro de un orden». Bien es verdad que Johnson pareció decidirse con la «Operación Rolling Thunder» fijada para el 20 de febrero, pero el ataque tuvo que suspenderse por otro de los continuos vaivenes de la política sudvietnamita. Otro de los golpes más o menos declarados provocó la caída definitiva de Khanh y llevó a una personalidad civil, Fan Huy Quat, a la jefatura nominal del gabinete, si bien los militares continuaban reteniendo el poder. Luego, el 24, ya operaron juntos aviadores norteamericanos y del Vietnam del Sur, lo que señala de manera oficial la implicación estadounidense en este terreno —aunque no esté bien hablar de «terreno» en un cometido aéreo— contra fuerzas del Viet Cong.

Claro que como los ataques no hacían demasiada mella al parecer, y la situación militar en el sur continuaba empeorando, Westmoreland sentía preocupación por la base aérea de Da Nang, demasiado cercana a una docena de batallones enemigos y demasiado tentadora para éstos. Todas las pistas resultaban indispensables si se quería ejercer una acción enérgica contra el Vietnam del Norte y, a la vez, sobre las rutas de infiltración del Viet Cong a través de Laos. Pero el complejo de Da Nang tenía un carácter decididamente vital. Aunque contaba ya con un batallón de proyectiles tierra-aire Hawk, de la Infantería de Marina de los Estados Unidos, el segundo de Westmoreland, general John Throckmorton, regresó de una visita allí y, como lo que había visto le pareció tan precario, recomendó el pronto envío de toda una brigada de *marines*. Su jefe inmediato, aún recortando un poco los efectivos requeridos, pasó la petición a Washington. El embajador Taylor también dio su visto bueno, así como el hombre que ejercía el mando supremo del teatro de operaciones, un almirante llamado Ulysses S. Grant Sharp que seguía la lucha vietnamita desde muchos miles de millas de distancia, en las paradisíacas islas Hawai. Sharp, que a juzgar por su nombre completo de pila no podía ocultar sus simpatías por el famoso general nordista, más tarde presidente de los Estados Unidos —o quizá las de sus padres—, comunicó a la Junta de Jefes de Estado Mayor, en el aún más lejano Washington, que era una buena medida enviar infantes de Marina a Da Nang.

Una vez aprobada la propuesta por el presidente Johnson, la 9.ª Brigada Expedicionaria de Infantería de Marina, a las órdenes del general de ese empleo Frederick J. Karch, desembarcó en la citada base. Fueron recibidos hasta con los tradicionales collares de flores, y todo parecía indicar que las cosas empezaban a enderezarse porque, como ya es sabido, la frase tan repetida de: *Send the Marines* tiene algo de mágico. Pero con el arribo de la brigada se daba el espaldarazo más oficial a la implicación de los Estados Unidos en un conflicto que no encajaba en ninguna definición concreta de guerra, o al menos de lo que hasta entonces se tenía por tal.

Escalada y pacificación

La 9.ª Brigada Expedicionaria de Infantería de Marina cambió pronto su nombre por el de III Fuerza Anfibia de Infantería de Marina (parece que lo de «Expedicionaria» tenía demasiado tufillo francés y no eran convenientes recuerdos de ese tipo), pero el general Westmoreland seguía tremendamente preocupado por la situación de debilidad militar del Vietnam del Sur. Sabía, además, que una división del Ejército Popular norvietnamita se había infiltrado en las montañas y en las selvas del altiplano central. Lo que quizá no supiera entonces es que esa división era la vanguardia de importantes fuerzas con las que se pensaba llevar a la práctica una decisión del Politburó de Hanoi de llegar a un resultado definitivo en el sur antes de que los norteamericanos intervinieran con efectivos decididamente grandes. Lo que dicha división hacía temer a «Westy» era que el Vietnam del Norte hubiera resuelto pasar de una lucha interna de subversión, alimentada a cierta distancia por dicho país, a una guerra en toda regla con la intervención directa de fuerzas substanciales norvietnamitas.

Westmoreland calculaba en un año el tiempo que se tardaría en poner al Ejército sudvietnamita en condiciones de hacer frente a su vecino y rival del norte en forma de Viet Cong, no en el mucho más elevado escalón de unidades regulares de Hanoi. Contando con que los bombardeos norteamericanos de arriba hicieran algo para frenar a los norvietnamitas, cosa que el general dudaba, ese plazo podría reducirse a seis meses, pero quizá para entonces el Vietnam del Sur se habría venido abajo. Más aún, Westmoreland pensaba que no deberían luchar solos y, por ello, la solución ideal se le antojaba de tipo internacional, con una fuerza de cinco divisiones desplegada a lo largo de la Zona Desmilitarizada. Johnson no estaba demasiado por la labor, y el general no veía, en tales circunstancias, otra posibilidad que traer efectivos norteamericanos en gran escala.



Reunión celebrada en Hanoi para protestar por la política norteamericana en el Vietnam.

El Presidente seguía con sus indecisiones, autorizaba el envío de más fuerzas con cuentagotas, pese a que el embajador Taylor respaldaba las peticiones de «Westy», y no pasaba de ahí. Así las cosas, decidió convocar una conferencia en Honolulu, con la presencia de las altas jerarquías norteamericanas en Saigón y algunas de las correspondientes al Departamento de Defensa de Washington. Los resultados no fueron demasiado elocuentes, pero por lo menos hubo algunas unidades más para Westmoreland y la decisión de pedir ayuda a las naciones más o menos interesadas, como Australia, Nueva Zelanda y Corea del Sur. Las dos primeras aportaron una ayuda notable, especialmente los australianos por su mayor potencia militar y su gran experiencia en el guerra en la jungla. En el momento de máxima intervención, en 1969, los efectivos totales de las naciones citadas, más Thailandia y las Filipinas (con representaciones totalmente simbólicas de chinos nacionalistas y españoles), llegaron a casi setenta mil hombres.

Manifestación en Saigón en un aniversario de la partición del Vietnam por los Acuerdos de Ginebra.

Conviene repasar de qué modo se articulaban las diversas fuerzas y funcionaba todo aquello, así como las áreas de responsabilidad de cada uno. A fin de no dar pábulo a las acusaciones del norte de «ejército marioneta» sudvietnamita a las órdenes de los norteamericanos, y también a fin de no herir el legítimo orgullo de los de Saigón, Westmoreland optó por la dualidad de mando. Es curioso que la coordinación de elementos tan dispares —que conservaban todos sus identidades propias— funcionara con tan escasas fricciones, a diferencia de las rivalidades internas que los ejércitos aliados padecieron durante las dos grandes guerras mundiales.

El MACV incluía, naturalmente, representantes de las cuatro ramas



Un soldado gubernamental y el corresponsal de prensa Charles R. Smith colocan a un herido junto a su esposa, también herida, en una carretera en los suburbios de Xuan Loc. Los esposos resultaron heridos, en un ataque del Viet Cong, por la metralla de un proyectil que causó la muerte a sus dos hijas.

de las fuerzas armadas norteamericanas, y estaba subordinado al almirante Sharp, como responsable de todo el teatro de operaciones del Pacífico, aunque quizá sea impropio hablar de operaciones en relación con un país que oficialmente estaba en paz. Westmoreland controlaba las actividades al sur, más o menos, de la DMZ, mientras que entraban en la esfera de Sharp los bombardeos del Vietnam del Norte, así como la Séptima Flota. Luego, dentro del Vietnam del Sur, había tres estructuras principales para el Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. Y en las cuatro zonas tácticas del país, establecidas por Saigón, había mandos paralelos en forma semejante a la de cuarteles generales de cuerpo de ejército: en la del I —provincias del norte—, el de la III Fuerza Anfibia; en la del II —provincias centrales—, el de la I Fuerza de Campaña; en la del III —provincias en torno a Saigón—, el de la II Fuerza de Campaña, mientras se carecía de un esquema semejante en las provincias del delta del Mekong, por no haber fuerzas norteamerica-

Artilleros de una batería norteamericana frente a las posiciones del Viet Cong, en las cercanías de Quan Loi.

nas verdaderamente representativas.

La presencia norteamericana se fue sintiendo poco a poco. Como quiera que Johnson insistía en el carácter «defensivo» de sus fuerzas, y los corresponsales de prensa no veían una actitud de ese tipo, comenzó a crearse una especie de muro de desconfianza, de falta de credibilidad, por parte de la prensa hacia la Administración de Washington. Y evidentemente se demostró que los corresponsales tenían razón —aunque luego cargaran con su parte de culpa por propalar una especie de «desinformación»— cuando, ante la dureza de los ataques del Viet Cong, el Presidente empezó a poner más carne en el asador. Aparte del envío de buques del Servicio de Guardacostas para ayudar a la bisoña Marina sudvietnamita a evitar las infiltraciones por mar, y de la protección directa de la Séptima Flota a los *marines* en el norte, accedió a la petición del general Westmoreland para que intervinieran los «eternos» caballos de batalla del Mando Aéreo Estratégico (SAC), los octorreactores B-52, primero desde Guam y después partiendo de bases thailandesas, bombarderos de alta cota que

Un soldado australiano marcha hacia un campo donde tomarán tierra los helicópteros del fondo, en un sector al nordeste de Saigón.





Los horrores de la guerra. Niño sudvietnamita víctima de la explosión de una bomba.



constituían una verdadera pesadilla para los norvietnamitas. De su efectividad, realmente fantástica en teoría, ya hablaremos en otro momento.

Mientras tanto, las tensiones políticas continuaban. Quat quiso reorganizar su gabinete y fracasó. Así que dimitió y traspasó todos los poderes a los militares, aunque éstos no habían dejado de ejercer una influencia notoria. Se formó entonces una especie de comité para la dirección estatal, constituido por diez miembros y con las cabezas visibles del general de la Fuerza Aérea Nguyen Cao Ky como jefe del gobierno y del general Nguyen Van Thieu como jefe del Estado.

Las primeras operaciones de cierta entidad emprendidas por fuerzas de los Estados Unidos, de Australia, de Nueva Zelanda y del Vietnam del Sur no dieron resultados muy concluyentes. Westmoreland pedía nada menos que 175.000 hombres, más otros cien mil después, «sólo para estabilizar la situación». Todavía se apreciaba una fuerte oposición en Washington a la implicación norteamericana en una escala semejante. McNamara y la Junta de Jefes de Estado Mayor (a la que no tenemos más remedio que dar su sigla en inglés: JCS) apremiaban. Así pues, el presidente Johnson dio el paso decisivo, el paso que metía directamente a su país en una guerra no popular, en una lucha que costaría cantidades ingentes en términos de sangre, dinero, tiempo y prestigio. Anunció por televisión el envío al Vietnam de una unidad de reciente formación, la 1.ª División de Caballería (Aeromóvil), y de otras fuerzas que elevarían los efectivos norteamericanos de 75 a 125.000 hombres, dejando la puerta

Estacas de bambú en un foso, parte de las defensas de la villa fortificada de Cu Chi.

abierta a la posibilidad de nuevos refuerzos a medida que fueran necesarios.

A pesar de todas estas perspectivas que se harían realidad en un plazo muy breve, Westmoreland no estaba satisfecho, ni mucho menos tranquilo. No es que «Westy» fuera un aguafiestas o un eterno inconformista, no. Lo que pasaba era que quería resolver y ganar la guerra a la manera clásica, y en este caso lo de «clásica» no se refería a los métodos empleados, ni a los medios de ejecución, sino a la conclusión: victoria o derrota, algo que parecía la cosa más natural del mundo hasta que empezó la guerra de Corea en 1950. Esta iba a ser una contienda aparentemente difusa, aunque concluyera en derrota —la primera— para los Estados Unidos; en tanto el conflicto coreano tuvo como resultado un empate que pareció presagiar el final adverso de la del Vietnam. Parafraseando un tanto el título de una de las obras del gran dramaturgo Eugene O'Neill, «a América no le sienta bien Asia».

«Westy» quería hacer grandes cosas: sobre todo, emplear las fuerzas de los Estados Unidos para batir a las grandes unidades norvietnamitas, dejando la tarea de entendérselas con el Viet Cong, y la limpieza de las zonas rurales o menos comprometidas, al Ejército del Vietnam del Sur; llevar a la práctica su plan en tres fases, que comprenderían el afianzamiento de la estructura logística como punto de partida, la penetración en las zonas donde se ocultaba y reorganizaba el enemigo y el montaje, como final, de operaciones de gran entidad contra las fuerzas principales de éste. Pero tropezaba, entre otros menores, con dos grandes obstáculo: en primer lugar, no tenía fuerzas suficientes para todo lo que pensaba hacer, y, en segundo término, el Departamento de Estado le prohibía perseguir al escurridizo oponente a sus refugios en Laos y Camboya. De ningún modo se debía extender el conflicto a las dos naciones que completaban la antigua Indochina. No tenía el general otro camino que inclinarse por una guerra de castigo, una guerra que calculaba de larga duración, una guerra que desde la batalla del Marne, desde Verdún, había caído en el mayor descrédito entre los estados mayores; una guerra, en fin, que acabara por debilitar tanto al vecino del norte que el rival del sur, robustecido por las vitaminas del Tío Sam, diera buena cuenta de él.

Los norteamericanos han tenido siempre fama de pragmáticos. Y por ello no es extraño, aunque resulte paradójico si se piensa en la Armada norteamericana como primera flota del mundo en grandes unidades (y pequeñas) —aunque no sea ese el caso ahora—, que arbitraran el recurso de las flotillas fluviales para limpiar las diversas y numerosas vías acústicas del delta y de lo que no era el delta por las que el Viet Cong movía sus fuerzas, despazaba sus suministros, recaudaba «impuestos» y vigilaba al pueblo llano. A la larga, el gran plan de operaciones de este tipo, que recibiera el nombre clave de «Market Time», cumplió la mayoría de sus objetivos, y los norvietnamitas tuvieron que depender en mucha mayor medida de las comunicaciones a través de los territorios laosiano y camboyano.

A fines de 1965, los Estados Unidos tenían 181.000 hombres en el Vietnam del Sur, aparte, claro está, de los contingentes de sus aliados a los que ya hemos hecho referencia. El abastecimiento de estas fuerzas, y todo lo que las sudvietnamitas tenían

que recibir de su poderoso socio porque no lo había en el país, requirió una estructura y un esfuerzo logístico de primera magnitud. Sentaron las bases los ingenieros del Ejército y de la Marina y los contratistas civiles, y asombra pensar el despliegue de medios y el consumo de pertrechos que esas tropas hacían en términos casi astronómicos: desde el casi millón de toneladas de suministros al mes a la cifra, también mensual, de más de trescientos millones de litros de productos petroleros, algo que estremece ahora, en el mundo ávido de energía de nuestros días; de casi 35.000 hectáreas de aeródromos y helipuertos a unos tres mil kilómetros de carreteras.

Todo este esfuerzo, toda esta infraestructura, ese colosal despliegue de medios que los Estados Unidos llevaron a cabo en la Segunda Guerra Mundial —ya apuntado en la Primera—, en diversas operaciones durante la guerra fría —como el Puente Aéreo a Berlín en 1948—, en la de Corea y en este conflicto vietnamita, cuyo aparato, más o menos «glamurizado», hemos visto todos en cientos de películas, tendría que haber dado resultados muy concretos en el Vietnam como los dio en ocasiones anteriores. Pero hay que insistir una y cien veces en la diferencia abismal que existía entre las contiendas anteriores y la que se desarrollaba en la antigua Indochina francesa. Lo más fundamental de todo era la ausencia de un frente claramente definido, de una retaguardia homogénea y coherente desde la que montar, como en todas las guerras que en el mundo han sido, la ofensiva o, si las cosas viniesen mal dadas, la defensiva a ultranza. Aquí existían una serie de ciudades aparentemente seguras, unos auténticos enclaves de bases militares o de aldeas protegidas, que tanto monta, y una jungla, unas marismas, unos arrozales, un altiplano y unas costa donde todo era posible, donde nadie podía decir con entera justeza, ni el Viet Cong, ni el Vietnam del Norte, ni el Vietnam del Sur ni los Estados Unidos, que ejerciera el completo dominio y control del suelo con un mínimo carácter de estabilidad y permanencia.

Por eso tuvo tanta importancia en esta guerra todo lo que condujera a la pacificación de poblaciones protegidas, al respaldo económico a lo que pudiéramos llamar zonas rurales, a la supresión de toda posible ayuda al «maqui» que venía representado por el Viet Cong y, posteriormente, a las fuerzas más o menos regulares del Vietnam del Norte. Pero, sobre todo, se pretendía con ese tipo de programas infundir un ideal en el pueblo del sur, que respaldara al gobierno, que sintiera la lucha como cosa propia, que formara un bloque sin fisuras contra el que se estrellara una y mil veces el enemigo, tanto en sus tentativas de subversión como en la confrontación directa. Esta pacificación del territorio, mejor sería decir del país, se emprendió varias veces, muchas veces, bajo distintos enfoques y con diversidad de medios. Sus resultados fueron negativos en bastantes aspectos y positivos en otros, como todo en la vida. Pero, en definitiva, y aún contando con éxitos parciales, el objetivo fundamental no se logró, quizá porque para ello hubiera hecho falta un verdadero líder o, sobre todo, un auténtico ideal.

Entre toda esa rica variedad de procedimientos de pacificación hay donde elegir: desde el programa Phoenix, contra la red de subversión comunista, al de "Brazos Abiertos" *(Chieu Hoi)*, destinado a promover las deserciones en las filas del Viet Cong,



Una escena del programa de pacificación, con intervención de mujeres de la Defensa Civil.

pasando por las "Aldeas Estatégicas", los planes de reforma agraria, el de Operaciones Civiles y Apoyo al Desarrollo Rural (COURDS), a las órdenes directas del embajador Robert Komer, ayudante especial del presidente Johnson, el Sistema de Evaluación de Aldeas, la Campaña de Pacificación Acelerada y alguna más que se puede quedar en los tipos de la máquina.

Hemos repetido también muchas veces que el tiempo no tiene la menor importancia en Oriente o para los orientales. Y Hanoi supo esperar. Si algunos de esas planes sudvietnamita-norteamericanos tuvieron éxito —como ya hemos dicho que lo tuvieron—, donde más se reflejó en la práctica fue en convertir la subversión en algo difícil para el Viet Cong, tanto químicamente puro como adobado con esencias del norte. Por eso, cuando los norteamericanos empezaron a marcharse, decreció su ayuda en todos los órdenes y el régimen de Saigón demostró que su endémica debilidad se agudizaba cada día, el Vietnam del Norte pasó a la guerra clásica y obtuvo la victoria por métodos clásicos también. Ya no tenía por qué seguir esperando.

Esa insistencia de los Estados Unidos en la pacificación se remontaba a la época de Diem, porque siempre pensaron en la absoluta necesidad de contar con una base sólida —el propio país— para emprender cualquier acción contra el norte que tuviera garantía de éxito. Para esa pacificación, los norteamericanos consideraban imprescindible una serie de reformas económicas, sociales y políticas, que, por unas razones o por otras, los líderes políticos que por Saigón pasaron desde la época francesa no supieron o quisieron llevar a la práctica. Como Johnson seguía en esto, como en tantas otras cosas, el *American way of life*, convocó una conferencia en Honolulu, en los primeros días de febrero de 1966, con la asistencia de los secretarios de Estado y Defensa, el presidente de la JCS, los altos mandos norteamericanos en Saigón y, por parte sudvietnamita, el jefe del Estado, Van Thieu, y el del gobierno, Cao Ky, además de otros altos cargos y séquito. Aparte de los planes en estricto sentido militar, que no variaban gran cosa pero que exigían el envío de más fuerzas de los Estados Unidos, Thieu y Ky prometieron lo que Johnson quiso, no sólo en cuanto a derrotar a los comunistas en el campo de batalla y en el de la subversión, sino también en el terreno de la pacificación: reformas sociales y económicas, nueva constitución y elecciones por voto secreto.

La actividad bélica continuaba desarrollándose con creciente intensidad. No había, naturalmente, batallas espectaculares ni resultados especialmente positivos. Pero los efectivos implicados cobraban mayor entidad como consecuencia del mayor número de soldados con que los Estados Unidos iban contando en el Vietnam. También, gracias a la pródiga bolsa norteamericana, había más tropas sudvietnamitas en liza. Algunas de tales acciones, como la «Operación Attleboro», con la participación de más de veintidós mil hombres de los Estados Unidos y del Vietnam —los mayores efectivos de la guerra hasta ese momento—, fueron también de incierto resultado, pues en este caso el enemigo se refugió en Camboya.

Hubo en las provincias del norte malestar e intranquilidad crecientes, con las habituales manifestaciones y revueltas por parte de estudiantes y budistas. Las tensiones aumentaron peligrosamente, y Saigón tuvo que recurrir, como en otras ocasiones anteriores, al envío de fuerzas militares. En ésta, después de diversas tentativas influctuosas, fueron aerotropas las que consiguieron restablecer la paz, al menos por el momento. Y con el fin de colaborar a que se

aplacaran los ánimos, Thieu y Ky cumplieron la promesa que le habían hecho al presidente Johnson en Honolulu. Pusieron en marcha los planes para redactar una nueva constitución y, a ese fin, se celebraron elecciones para una asamblea constituyente, que tuvieron verdadero éxito por la baja abstención. Luego habría, en la primavera de 1967, otras en las zonas rurales, seguidas por las presidenciales y senatoriales en septiembre del mismo año, y las de la Cámara Baja en octubre.

A fines de obtubre de 1966, Johnson convocó otra conferencia en Manila para examinar con Thieu y Ky los progresos realizados desde la de Honolulu. Una vez más, Johnson trató de ofrecer la paz al Vietnam del Norte, prometiendo retirar las tropas norteamericanas del Vietnam del Sur a los seis meses de que los norvietnamitas hubieran hecho lo mismo, poniendo fin también a la infiltración. Además, no exigía garantías. Incluso en esas condiciones, Hanoi dio la callada por respuesta.

Cuando empezó el año 1967, los Estados Unidos tenían en el Vietnam del Sur 385.000 hombres: cinco divisiones de infantería, dos de *marines*, cuatro brigadas sueltas y un regimiento acorazado de caballería, lo que venía a equivaler a casi tres cuerpos de ejército. El Ejército sudvietnamita contaba con 329.000 hombres, aparte de otros trescientos mil en las Fuerzas Regionales y Populares, es decir, la milicia. Al mismo tiempo, los norvietnamitas andaban también por los trescientos mil hombres, y disponían de miles de partidarios que podían actuar como guerrilleros o en otros diversos cometidos.

Westmoreland, el eterno descontento, aunque no por su gusto, casi contaba ya con el medio millón de hombres que consideraba necesario para su misión —lo que faltaba estaba ya virtualmente en camino—, pero ahora quería, ante el crecimiento de las fuerzas de Hanoi en términos humanos y materiales, disponer de una reserva más o menos estratégica para hacer uso de ella en cualquier momento. Pero el Departamento de Defensa no tenía tantas fuerzas a su disposición y, para conseguirlas, el Presidente tendría que llamar reservistas, lo que no entraba en sus planes. Además, crecían ya las protestas contra la guerra.

Historia de dos ejércitos

En realidad, cabría titular de muchas maneras este capítulo, todas ellas exactas como quiera que se mire. Pero el título elegido quizá pudiera parecer inadecuado una vez que se profundizara lo suficiente en la lectura del texto. Es y no es así. Podría decirse que los dos ejércitos son uno solo, y es verdad; que uno es un ejército y lo otro es una fuerza guerrillera, terrorista y de inspiración netamente política, y es cierto también. Pero los dos ejércitos que aquí mencionamos responden a dos estructuras concretas, organizadas, eficaces y ya históricas. El primero es un ejército genuino, regular, auténtico, incluso con sus aditamentos menos convencionales. El otro, para mayor sencillez de expresión, viene representado por el Viet Cong. Del primero dijo un general francés en 1954, concretamente de su infantería de elite, que era la mejor del mundo. Y este ejército se creó, como Ejército Vietnamita de Liberación Popular, el 22 de diciembre de 1944: 34 hombres con fusiles —no todos— y una bandera, a los que pasó revista su artífice, un profesor de historia de 32 años, vestido de calle y tocado con un sombrero negro: Vo Nguyen Giap.

Los aditamentos de que hablábamos antes son las Tropas Populares, gente que tenía sus ocupaciones particulares hasta que era llamada para acciones ofensivas y defensivas de carácter local o para servir de mensajera o porteadora. Las Tropas Regionales servían de apoyo y protección a la fuerza principal cuando ésta operaba en su zona. Se trataba de soldados a los que cabría llamar de «dedicación plena». Y las Tropas Regulares constituían el ejército propiamente dicho, cuya masa fundamental, distinguida, recibía el nombre de *Chu Luc*.

Había un sistema de «selección continua», dice el general Salan en su libro *Indochina Roja*. Así, el combatiente popular —el ochenta por ciento de los efectivos pertenecía al campesinado— pasaba de las Tropas Populares *(Dan Quan)* a los guerrilleros especí-



El «otro» ejército: miembros del Viet Cong provistos de armas norteamericanas capturadas en la guerra de Corea y conseguidas a través de China.

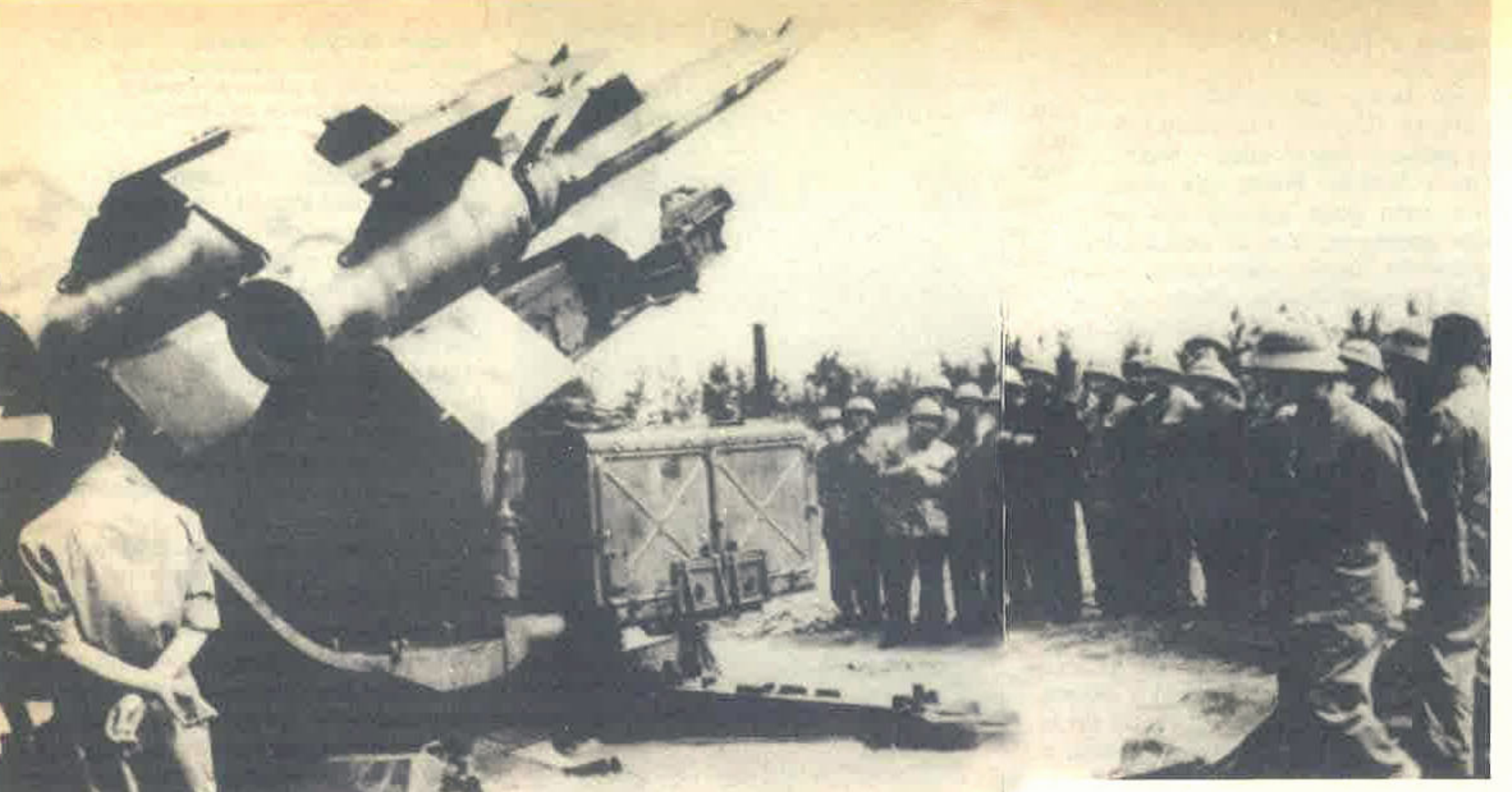
ficos *(Dan Quan Du Kich)* y, en cuanto su adiestramiento lo hacía posible, a una unidad regional *(Dia Fuong)* y, **posteriormente**, a un regimiento regular. No faltaba en cada batallón un «Pelotón de Voluntarios de la Muerte», que actuaba al estilo de los *kamikaze* japoneses. Había también una organización, *Quan Bao*, que controlaba los elementos de información. Cada uno de sus miembros pertenecía al partido comunista y había sido sometido a un riguroso período de adiestramiento. De dicha organización dependían las unidades *Triah Sat*, que hacían misiones de reconocimiento, de elección de lugares para emboscadas, tareas de camuflaje, actividades disciplinarias y recogida de prisioneros y armamento después de un encuentro.

Es natural que el Ejército norvietnamita, por su origen, desarrollo y ulteriores cometidos, fuera un ejército comunista, aunque esto no quiere decir que todos los soldados pertenecieran al partido, si bien en su teoría primigenia tenía una base nacionalista y multipartita. Había comisarios políticos a todos los niveles, y en caso de desacuerdo entre un jefe militar y su «sombra» ideológica, ésta tenía siempre la última palabra.

En sus primeros tiempos tuvo un surtido de armas francesas, norteamericanas de la guerra de Corea, rusas y chinas: obuses de 75 y 105 milímetros, morteros del 82 y del 120, antiaéreos soviéticos de 37 milímetros y cohetes Katyusha, entre otros. Y sus efectivos, en la época de los Acuerdos de Ginebra de 1954, ascendían a siete divisiones, una de ellas pesada, aparte de otras unidades independientes. La división de infantería estaba formada por tres regimientos, un batallón de armas pesadas y uno antiaéreo. Y la división pesada contaba con cinco regimientos de artillería, uno de los cuales era antiaéreo, y un regimiento de ingenieros. Es de resaltar que la artillería llegó a alcanzar un alto grado de efectividad. Los ingenieros, pese a no poseer el complejo equipo habitual en los ejército occidentales, actuaron con enorme eficacia en misiones de su especialidad.

En su ya citada obra, el general Salan traza un esquema de la evolución del Ejército norvietnamita desde sus comienzos «viet», inspirados, naturalmente, en la organización militar francesa, hasta sus logros y evoluciones a lo largo de los años, culminados en el momento en que hizo ordenar su bandera en el palacio presidencial de Saigón. A partir de 1951, las cosas empezaron a cambiar debido a la influencia de los consejeros chinos, posiblemente más eficaces, e indudablemente más discretos, que sus colegas norteamericanos en el bando del sur. Al mismo tiempo, la influencia del partido sobre lo militar determinó una amplia reorganización que, a escala superior, adoptó una disposición trilateral que liberaba al estado mayor clásico de cualquier otra servidumbre, y dejaba los problemas de abastecimiento y los estrictamente políticos, de información y propagandísticos en manos de las dos direcciones correspondientes.

Ya hemos dicho que contaba con una reserva prácticamente inagotable de elementos auxiliares, predominantemente civiles, que servían en caso necesario como eficaces porteadores, ya que, sobre todo en los primeros tiempos, no cabía en aquellas tierras otro medio de transporte. Luego, con el tiempo, gracias a la ayuda china y rusa, las fuerzas a las órdenes de Giap fueron contando con más artillería, aviones —aunque la efectividad de éstos, así como su número, no pasó de muy modesta— e incluso fuerzas acorazadas, constituidas sobre todo por carros rusos T 54 y anfibios blindados PT 76. A todo ello se unía la dureza y el excelente adiestramiento de los combatientes, sus espartanas necesidades, la utiliza-
número, no pasó de muy modesta— e
con la mayor eficacia, el perfecto conocimiento del terreno, la extraordinaria moral, la abundancia de cuadros que conocían perfectamente su cometido y el sistema de mando, basado en cierto modo en la autocrítica, que llegaba hasta los escalones inferiores. Bien es verdad que no sabemos con certeza, ni mucho menos con detalle, qué era lo que pasaba cuando el equivocado, o el mal



Uno de los ejércitos: fuerzas regulares del Vietnam del Norte en torno a un lanzador de misiles tierra-aire SA-2 Guideline, de fabricación soviética.

calculador, se llamaba Vo Nguyen Giap.

El espíritu militar era en realidad consecuencia de la educación política. Es evidente que las normas éticas podrían aplicarse en cualquier tipo de sociedad, y son moralmente elogiables: obediencia, amor al pueblo, ser aseado y ordenado, no robar nada a nadie, respetar los bienes públicos, devolver lo que se pide, indemnizar si se causa deterioro o pérdida. Todo esto formaba el conjunto de ideales que el combatiente recibía por repetición constante. Y había que añadir la devoción al partido, el espíritu de sacrificio, el ardor combativo, el odio al enemigo... Una inteligencia superior, diabólica quizá, gobernaba y manejaba la psicología colectiva de unos hombres separados del mundo exterior, de unos hombres dedicados por entero al cumplimiento de una misión suprema, de unos hombres que no vacilaban en llegar a la autoinmolación. Quizá por eso, comparando el celo de unos y otros en el cumplimiento de misiones idénticas pero de signo contrario, Lyndon Johnson llegó en cierta ocasión a decir que quería ver a sus soldados mostrando el mismo fanatismo por el sistema político de los Estados Unidos que el de los jóvenes alemanes por el suyo durante la Segunda Guerra Mundial. Al parecer, no encontraba otro equivalente de entusiasmo más que recurriendo, como contrapeso al de los norvietnamitas, al de las Juventudes Hitlerianas en la década de 1930 y primer lustro de los cuarenta.

Esa educación política caía sobre terreno virgen. En general, la población no había recibido ninguna influencia ideológica. Quizá sí los muy jóvenes, porque, antes de ingresar en filas, habían pasado por organizaciones juveniles marxistas. Así pues, se podía edificar el pensamiento correspondiente sobre un terreno prácticamente puro, maleable, propicio.

Al igual que en otros ejércitos del mismo corte político, el comisario tenía un papel preponderante tanto en las tareas militares específicas como en la información, el adoctrinamiento ideológico, la propaganda y las relaciones con la población. Dada su existencia en cada escalón de la jerarquía militar, casi era más vital su papel abajo que arriba. Y es lógico. Los altos jefes son miembros del partido, y en ese caso el comisario política es su «alter ego», su amigo y confidente, aunque acaso tenga que intervenir alguna vez en la corrección de algún «desviacionismo». En los peldaños inferiores tiene que estar siempre al quite, porque muchos cuadros de este nivel no son comunistas o su militancia es de origen muy reciente.

El otro ejército tiene su origen en las fuerzas que Hanoi dejó deliberadamente en el lado sur de la Zona Desmilitarizada, incrementadas a lo largo de los años de la prolongada guerra con aportaciones de tropas regulares norvietnamitas, disidentes sudistas por motivos religiosos o políticos y campesinos captados por la propaganda o forzados por el temor. Esa labor de proselitismo comenzó tiempo atrás en la propia aldea vietnamita, extraña y misteriosa para el europeo, rodeada de una empalizada de bambúes, cortada por fosos de agua, de estrechas entradas, laberínticos recovecos, calles fangosas, habitantes que se desvanecen, que se incorporan al paisaje en su mimetismo indescriptible. Por tener, tenían hasta un uniforme natural, ancestral, idóneo: el pijama negro. Por ello, por su afán de simplificación, los norteamericanos encontraban a todos —población y guerrilleros— indistinguibles, y hasta llegaron a convertir la «C» de la sigla VC (Viet Cong) en «Charlie», nombre por antonomasia de todos los vietnamitas. Claro es que resulta extraño ver gente vestida de negro o de obscuro en un país subtropical, caluroso, húmedo, geografía y clima que siempre se asocian con ropas blancas o de colores claros,

vivos incluso. Pero el fúnebre color tiene su explicación: el *cunau*, polvo négruzco, sacado de las raíces de la planta del mismo nombre, que el campesino del Vietnam ha usado tradicionalmente para teñir sus vestiduras. Por eso, además de la uniformidad aparente —quizá sólo para los occidentales— de los rasgos asiáticos, todos parecían iguales ataviados con aquellas prendas sencillas y obscuras. El guerrillero del Viet Cong no se diferenciaba en nada del campesino. Porque, además de la semejanza del vestido, también él pertenecía al campesinado.

Quizás debido también a eso, la guerrilla «a la vietnamita» estaba al alcance de todos, sin distinción de edad o de sexo. Todos podrían ser guerrilleros, porque para atacar y

Giap, ministro de Defensa de Ho.



matar no hace falta, en la mayoría de los casos, un arma muy sofisticada y cara. Basta un cuchillo, un simple garrote. Claro que también hacía falta astucia, valor, sangre fría, sacrificio, voluntad. Había que actuar con precisión para superar los peligros del medio en que se desenvolvía la guerrilla, tanto rural como urbana. Era preciso, eso sí, hacer de todo: secuestros, actos de terrorismo, guerra de minas, sabotajes, emboscadas, hostigamientos. La principal labor del guerrillero, del miembro del Viet Cong, del soldado de este ejército paralelo, consistía en desgastar al enemigo, en hacerle gastar municiones, en acosarle y fatigarle, en «ponerle en suerte», utilizando un término taurino, para que el ejército regular acabara con él mediante la suerte suprema. Este movimiento, como muchos otros de su género que en el mundo han sido y siguen siendo, no hubiera prosperado sin la complicidad más o menos activa, o por lo menos la neutralidad de la población. Y eso requiere también una fenomenal red de información. Había que saberlo todo. Y todos eran a la vez informantes y receptores.

Por eso resultaban tan importantes las aldeas, con su peculiar trazado del que hemos hablado antes, para el desarrollo de las operaciones a nivel de guerrilla superior, cuando ésta controlaba un pueblo o una zona con varios asentamientos de población. En esas aldeas se montaban las trampas para enemigos incautos, se minaban sus accesos y sus caminos, se hacían escondrijos para los guerrilleros en todas partes, a veces con entradas bajo el agua, bien en la costa, en los ríos o en los arrozales. Por eso también brotaban del suelo o emer-

Dos prisioneros del Viet Cong ante un soldado sudvietnamita.



Juncos vietnamitas patrullaban las costas para impedir la infiltración de elementos del Viet Cong.

gían de las aguas los hombres de los pijamas negros, atacaban ferozmente, sin piedad, con rapidez fulmínea, y luego se desvanecían en la noche, en la jungla, en los pantanos. Siempre disponían de vías de retirada porque nunca dejaban de hacerlas, con salidas secundarias, por un dédalo de pasadizos, de pozos, de madrigueras por las que sólo puede pasar un vietnamita.

Así pues, los dos ejércitos actuaron como si fueran uno solo. Con elementos de ambos se hizo todo lo concebible en materia bélica: operaciones de guerrillas, infiltraciones, subversión, terrorismo, guerra móvil, guerra de asedio, ofensiva, contraofensiva, limpieza, contralimpieza. Pero la prueba máxima, la de una acción de ataque en toda regla, se avecinaba, y fueron sus signos precursores una serie de tanteos, microasedios y escaramuzas de todo tipo a lo largo de 1967. Esto es lo que Westmoreland apreció al volver a Saigón tras una visita a los Estados Unidos en el curso de la cual pidió más tropas, anunció resultados a plazo más bien corto e incluso puso una fecha tope de dos años para el comienzo de la retirada de soldados de los Estados Unidos. También pudo comprobar cómo iba creciendo en su país el sentimiento contra la guerra, especialmente entre la grey estudiantil y los intelectuales. Y, como de costumbre, Johnson, el hombre de las eternas dudas, no le dio lo que solicitaba, sino menos de lo que el general consideraba como mínimo vital.

El general no dudó en avisar a la Junta de Jefes de Estado Mayor de las perspectivas de una acción decisiva del enemigo para lograr un éxito notable, tanto político como militar, que le llevara a la victoria en breve plazo. Las señales de alerta circularon por doquier, aunque nadie se preocupó de que la cosa trascendiera verdaderamente al público. Se esperaba algo, pero no se sabía exactamente qué ni por dónde. De todos modos, tampoco el pueblo norteamericano vibraba con un gran espíritu guerrero... nada más lejos de la explosión patriótica que generó Pearl Harbour un día de diciembre de 1941. Era una guerra que les quedaba un poco larga, que no resultaba popular y que, a diferencia de las anteriores, tenía numerosos detractores.

La ofensiva que se esperaba había sido gestada por el general Vo Nguyen Giap con la bendición laica del presidente Ho Chi Minh. Los dos eran en cierto modo padres de los ejércitos comunistas vietnamitas, y esos dos ejércitos iban a someterse a una prueba que, si bien no arrojó un resultado de éxito —antes al contrario—, sentó las bases para lo que vendría después casi sin espectacularidad alguna y dio la medida de lo que cabía esperar de los hombres de Hanoi y de los dos ejércitos que ellos habían levantado en armas desde hacía una buena pila de años.

Página siguiente. **Estos soldados llevan prisionera, y con los ojos vendados, a una mujer sospechosa de pertenecer al Viet Cong. El hijo de ésta grita y patalea al verse separado de su madre.**



La Tet y la Prensa

Curiosamente, el secretario de Defensa McNamara escribió, en el otoño de 1967, al presidente Johnson para expresarle sus dudas acerca de si sería posible mantener los esfuerzos norteamericanos en el Vietnam del Sur el tiempo suficiente para lograr los objetivos propuestos. No confiaba McNamara en que ni el aumento de tropas ni los bombardeos aéreos en mayor escala dieran como resultado la victoria ni obligaran a negociar al Vietnam del Norte. Lo que proponía era, por tanto, de signo contrario. Deseaba, ante todo, demostrar al mundo que los Estados Unidos no bloqueaban el camino hacia la paz. Puesto que no se sabía, o no lo sabía McNamara, hasta dónde aguantaría el pueblo norteamericano las bajas cada vez mayores de sus tropas en suelo asiático y la sangría a los recursos nacionales, se imponía poner fin a los bombardeos, no aumentar —claro está— los efectivos allí destacados, reducir a lo indispensable las operaciones terrestres —con lo que disminuirían las bajas— y reforzar a los sudvietnamitas para que ellos se ocuparan más de una guerra que, a fin de cuentas, era la suya.

Lógicamente, las opiniones fueron de todos los gustos. Los militares se mostraron contrarios, como cabía esperar, así como muchos subordinados civiles de McNamara. Pero resulta significativo que un «halcón» más o menos supuesto, como el secretario de Estado Rusk, estuviera ampliamente a favor del enfoque de su colega del Pentágono. Johnson seguía sin decidirse por lo concreto, y la duda y el compromiso se enseñoreaban de Washington.

Entre tanto, los dirigentes de Hanoi deliberaban tras haber consultado opiniones de quienes les representaban en el extranjero. Pensaban que al ataque de las tropas norvietnamitas y del Viet Cong respondería con un alzamiento la red clandestina comunista en el sur, que, con ayuda de sus simpatizantes, conquistaría el apoyo popular y haría caer el régimen Thieu-Ky. Todo parecía a

favor de los designios de Ho y sus colaboradores de postín, porque, indudablemente, los norteamericanos no podrían resistir el equivalente de un Dien Bien Phu y, en la mesa de negociaciones que en tal caso les reuniría, se mostrarían dispuestos a hacer casi cualquier concesión con tal de poner fin al conflicto.

Había que contar con el factor sorpresa, pero los norvietnamitas y sus partidarios en el sur dominaban la técnica del ocultamiento de sus verdaderas intenciones, del desplazamiento subrepticio de hombres y material. Mas no se podía olvidar que los norteamericanos contaban con poderosos y modernísimos medios de detección, y probablemente descubrirían esos preparativos o los indicios del plan maestro. Para contrarrestar tal circunstancia se imponía un golpe de efecto que encubriera lo que estaba en marcha. Nada mejor que aprovechar el paréntesis casi absoluto que la festividad del Tet, el año nuevo lunar vietnamita, abría en todo el país, con los continuos desplazamientos de la población para rendir culto a sus antepasados en sus hogares ancestrales. Nadie recordaría que los montañeses de Tay Son emplearon el mismo truco en 1789 para atacar a los chinos que ocupaban Hanoi, logrando una victoria en toda regla.

Querían también atar todos los cabos, y ello implicaba el cese de los bombardeos norteamericanos para que éstos no impidieran la concentración final. A tal fin, sobre todo en las representaciones diplomáticas en el extranjero, los norvietnamitas empezaron a decir que «celebrarían conversaciones», no como decían antes que «podían celebrar», si se suspendían los bombardeos. A través de Rumania, intermediario comunista, los norteamericanos se ofrecieron a hacerlo en la zona de Hanoi. No era todo lo que Ho deseaba, pero sí bastante. Incluso llegaron a más los del Vietnam del Norte: a adelantar la fecha del Tet para poder celebrarlo ellos antes del comienzo de la ofensiva, fijada para el amanecer del 31 de enero de 1968.

Claro que posiblemente un fallo de comunicaciones, consecuencia quizá de ese cambio de fechas en el Norte, anticipó en un día la acción comunista en diversas ciudades y localidades del Sur. Ello constituyó un preaviso para los norteamericanos y los sudvietnamitas, aunque algunas unidades de éstos se hallaban alerta y sus jefes no habían concedido los habituales permisos para que los soldados pasaran los tres días de fiesta con sus familias. Ni siquiera Thieu estaba dispuesto a olvidar la fecha, y había salido de Saigón para reunirse en el Tet con la familia de su mujer en My Tho, ciudad del delta del Mekong. Pero la anticipada estocada le obligó a suspender el alto el fuego en todo el país y a poner en estado de alerta a todas sus fuerzas. Lo malo fue que no se podía revocar el permiso de los que ya lo disfrutaban —por la sencilla razón de que no había medio de llamarles—, ni descubrir a los soldados comunistas que, vestidos de paisano, se movían infiltrados entre las multitudes que iban de un lado para otro en la celebración de la sagrada festividad.

Los zapadores norvietnamitas actuaron eficazmente en diversas ciudades y capitales provinciales y en otros lugares estratégicos, pero quizá el golpe más espectacular se diera en el terreno psicológico en Saigón, pues su importancia militar práctica-



La vivienda de este muchacho fue destruida por misiles durante un ataque del Viet Cong a Saigón.



Hombres, mujeres y niños elevan sus plegarias en un templo de Saigón con motivo de la celebración del «Día del Nuevo Año». La fiesta se celebró en medio de una tregua del alto al fuego.

mente no existía. El caso es que antes de que amaneciera el famoso día 31, zapadores del Viet Cong, con ropa civil, abrieron una brecha en la muralla de la bien protegida embajada norteamericana en Saigón. Hubo el consiguiente tiroteo, cayeron asaltantes, cayeron policías militares de la guardia y hasta un *marine* que desde la terraza de un edificio cercano quería repeler la agresión y frustrar los aún desconocidos planes de los audaces zapadores enemigos. La cosa no pasó de escaramuza, pues un pelotón de aerotropas helitransportado acabó en seis horas con todos los atacantes.

Un camión aparece envuelto en llamas en el aeródromo de Kontum City. En primer término, dos aviones sudvietnamitas, que fueron alcanzados por la metralla.

Los chicos de la prensa norteamericanos, medio dormidos y casi a obscuras, no vieron bien lo que pasaba, y llegaron a la conclusión de que los zapadores habían entrado en la cancillería, sin saber que un policía militar había cerrado las pesadas puertas de ésta para que nadie penetrara. A pesar de las seguridades dadas por Westmoreland en tal sentido después de su visita al edificio, los periodistas siguieron aferrados a su versión. Y ésta fue en aumento. Empezaron a decir que el Presidente y Westmoreland habían difundido falsedades. Y que si los Estados Unidos no eran capaces de proteger su

Thông Báo

MISSION EMPLOYEES' BULLETIN AMERICAN EMBASSY ,SAIGON

SPECIAL "TET" EDITION



CUNG CHÚC TÂN XUÂN

Facsímil de la primera página del Boletín de la Embajada norteamericana en Saigón, destinado a sus empleados, en edición especial del «Tet».

propia embajada, difícilmente podía haber llegado la guerra a un punto desde el que «el fin comenzaba a estar a la vista», como había declarado el general en su reciente visita a Norteamérica. Se convertía así en llamas el viejo rescoldo del antagonismo entre la prensa y los funcionarios destacados en la capital sudvietnamita, tanto civiles como militares.

Hubo otros varios ataques en Saigón, entre ellos, también abortado, uno contra el Palacio Presidencial. Mas, para el día 5 de febrero, la capital se podía considerar libre de unidades enemigas, con excepción de algún caso aislado. Las noticias llegadas del resto del país indicaban ataques en la mayoría de las capitales provinciales, casi todas las ciudades autónomas y en algunas de distrito, así como aldeas. Había habido penetraciones de importancia en trece ciudades, si bien la lucha sólo se prolongó en Saigón y en Hué. En esta vieja ciudad, con excepción de un cuartel general de división sudvietnamita y de un complejo de asesores norteamericanos, soldados regulares del Vietnam del Norte y combatientes del Viet Cong ocuparon toda la urbe. Como no se quería emplear la artillería por temor a dañar los edificios históricos, una división del Vietnam del Sur y tres batallones de *marines* tardaron más de tres semanas en limpiar Hué.

Se calculó que los comunistas emplearon en su célebre ofensiva unos 85.000 hombres, la mayoría del Viet Cong, si bien en las provincias del norte abundaron los soldados regulares de Giap. En términos numéricos, la derrota parece realmente sonada: los atacantes perdieron casi la mitad de los efectivos empleados sólo en la primera quincena. Como total, se habla de 45.000 muertos y siete mil prisioneros. Los norteamericanos y aliados sólo tuvieron 1.500 muertos, y algo menos de tres mil las fuerzas sudvietnamitas.

Visto así, considerando que sólo en Hué se mantuvieron los atacantes un período de tiempo de cierta extensión, hemos de llegar a la conclusión de que la ofensiva Tet acabó en un fracaso sin paliativos. Además falló también estrepitosamente el objetivo que los líderes de Hanoi se proponían: lograr el levantamiento de la población sureña y, con él, la caída del régimen de Saigón y, presumiblemente, la huida norteamericana.

Es sintomático que las crónicas de los corresponsales y los metros y metros de película que difundieron en los Estados Unidos las cadenas de televisión no reflejaran esa impresión no sólo oficial, sino real. Por el contrario, lo que parecía desprenderse a primera vista de tales informaciones, confirmado después por los puros hechos, era que la ofensiva Tet había sido un triunfo aplastante de los norvietnamitas y sus compañeros, colegas y correligionarios del Viet Cong. A las armas norteamericanas no había por donde cogerlas, si se acepta la veracidad de lo que los medios de comunicación propagaron. En un estudio muy documentado y realizado nueve años después, Peter Braestrup, reportero en la época de autos de *The Washington Post*, hacía notar: «Raramente el periodismo contemporáneo en una situación de crisis resultó, visto con carácter retrospectivo, que se había apartado tanto de la realidad».

Son muchas las causas de esta actitud de la prensa norteamericana,





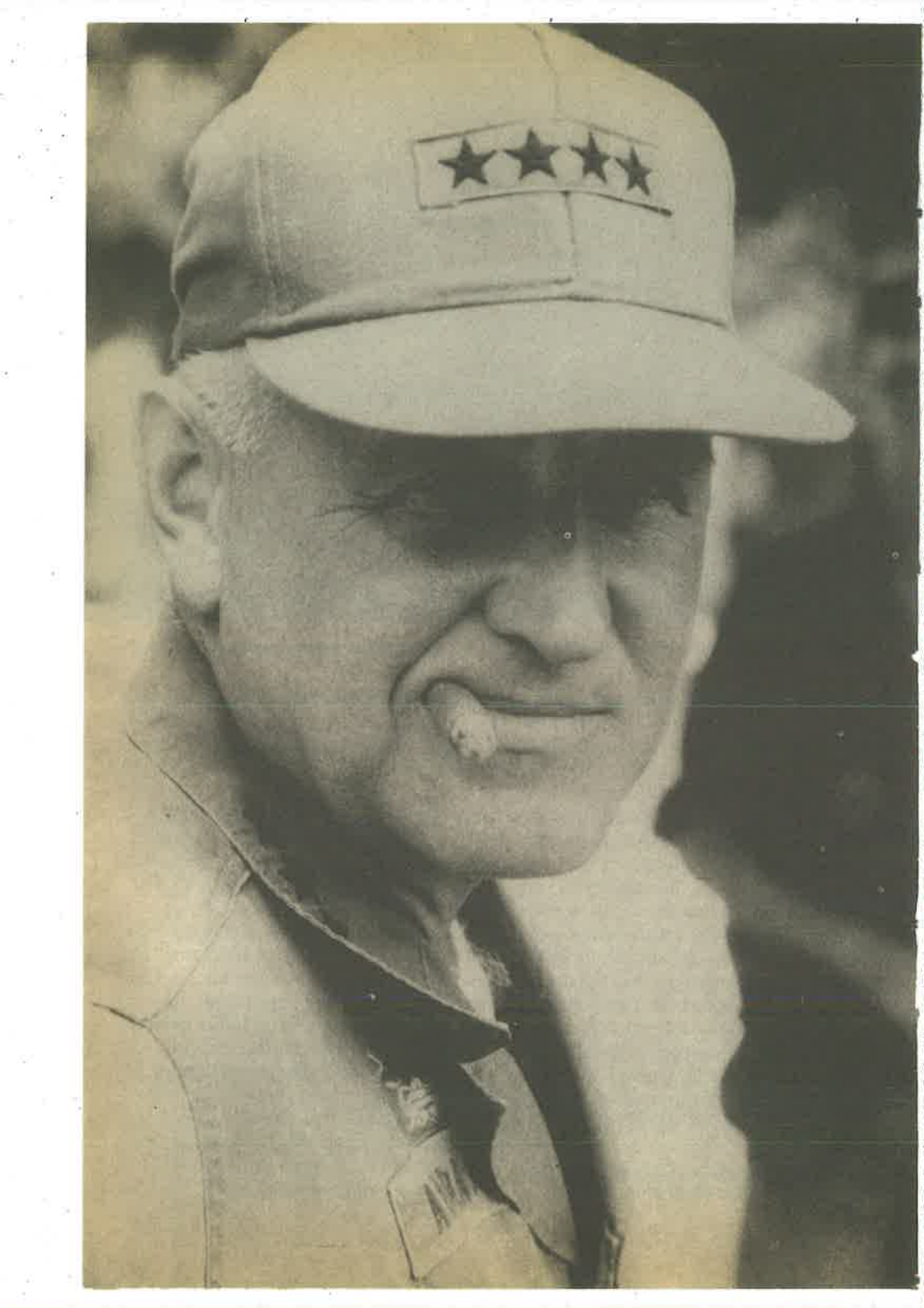
La embajada norteamericana en Saigón, antes de ser atacada por zapadores del Viet Cong.

aparte de la siempre habitual excusa de que la prisa que el periodismo impone menoscaba la exactitud de la información. Los reporteros no tenían, en general, la menor experiencia de combate ni conocimientos de la materia, y sólo unos pocos habían estudiado historia militar. Por otra parte, olvidaron o no tuvieron en cuenta las advertencias y los avisos oficiales de que los comunistas preparaban algo más gordo de lo habitual, y se emperraron en recordar una y otra vez todas las perspectivas optimistas anunciadas en la campaña presidencial. Un simpre detalle: los informadores de la prensa y televisión recalcaron, como auténtica locura, a la vista de la ofensiva Tet, la

Acción callejera sudvietnamita contra el Viet Cong en el suburbio de Cholon, Saigón.

declaración de Westmoreland de que la retirada de fuerzas de los Estados Unidos comenzaría en 1969; pues bien, así fue. Ellos no querían ver en el ataque general enemigo más que una derrota para norteamericanos y sudvietnamitas, e insistían en poner de relieve las supuestas trapacerías de Johnson al hablar de triunfos venideros.

La tesis catastrofista de la prensa se extendió también al informar de las destrucciones habidas en las ciudades. Dijeron los reporteros que la ciudad imperial de Hué había quedado totalmente destruida, cuando los daños no pasaron de superficiales. Y de Saigón, que la capital era un montón de ruinas humeantes, aunque en realidad los desperfectos fueron bastante ligeros. Todas estas noticias y todos esos metros de película para la



televisión y los noticiarios dieron la vuelta al mundo. Por primera vez en la historia, el fenómeno televisivo hacía que los horrores de la guerra entraran casi en todas las casas a diario, lo que, por supuesto, no había ocurrido durante la Segunda Guerra Mundial. Ejemplo de esa difusión a escala global fue la famosa foto tomada por Eddie Adams, de la Associated Press, en la que el jefe de la policía de Saigón, general de brigada Nguyen Ngoc Loan, descerrajaba un tiro de pistola en la cabeza de un oficial del Viet Cong, vestido de paisano, al que se había capturado. Todo ello, unido a anteriores gestiones del ministro alemán occidental de Asuntos Exteriores, Willy Brandt, para que los Estados Unidos suspendieran los bombardeos del Vietnam del Norte, explicaba la mala prensa que la antaño halagada Norteamérica tenía en el mundo.

Sin embargo, todo este reporterismo erróneo no causó efecto, antes al contrario, en su verdadero destinatario: el pueblo norteamericano. Este expresó su apoyo al presidente Johnson, y sólo se sintió defraudado cuando el primer mandatario siguió con su ambigua política y no tomó las medidas de represalia que la gente esperaba. Donde sí tuvo influencia fue en sectores tradicionalmente permeables a los medios informativos: en el Congreso y en los niveles medios de la burocracia washingtoniana; también algunos asesores y colaboradores del Presidente se dejaron llevar por lo que las imágenes de sus televisores les ofrecían, algo que tenía muy poco de común con los informes oficiales que también recibían.

El general Creighton W. Abrams, que reemplazó a Westmoreland al frente de las fuerzas norteamericanas en el Vietnam.

En cuanto a los más directamente implicados y con mayor conocimiento de causa, a los que además había que suponer dotados de serenidad, firmeza y frialdad, los militares, también hubo sus más y sus menos. Hasta el general Wheeler, presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, se sitió preocupado tras una visita a Saigón. Claro que todo se juntaba por aquellas fechas: Corea de Norte se había apoderado de un barco auxiliar de la Armada norteamericana, el *Pueblo*, la reserva estratégica del Ejército se reducía a una sola división y la guerra vietnamita había obrado estragos en la moral de las fuerzas militares de los Estados Unidos repartidas por todo el ancho mundo.

El eterno pedigüeño de refuerzos, Westmoreland, tuvo el acicate de Wheeler para seguir con su costumbre: quería fuerzas que le permitieran, si el Presidente lo autorizaba, invadir Camboya y Laos y coger a los norvietnamitas dentro de la zona desmilitarizada. Hacían falta 206.000 hombres más, la mitad para el Vietnam del Sur y la otra mitad para la reserva estratégica. Johnson se debatió, como siempre, en la duda, y encargó estudios sobre la rentabilidad de los refuerzos solicitados. Las dos comisiones que se encargaron de la evaluación, presidida una por el nuevo secretario de Defensa, Clark Clifford, y formada la otra por altos jefes militares retirados, recomendaron que no se enviaran más tropas. El Presidente aceptó el consejo, y la prensa y la televisión lanzaron sus ya habituales andanadas. Decía algún periódico que los docientos y pico mil hombres pedidos «iban al Vietnam», nada menos.

La prueba más evidente de que la ofensiva Tet había tenido el resultado que señalaban los medios oficia-

les, y no el que tanto divulgó la prensa escrita y televisiva, es que el gobierno de Saigón recuperó todo el terreno perdido, y aun más; la moral del Ejército sudvietnamita subió muchos enteros, aumentó el reclutamiento y, al parecer, la gente apoyó de verdad a su gobernantes, lo que permitió armar a miles de hombres para formar una fuerza de autodefensa a escala nacional.

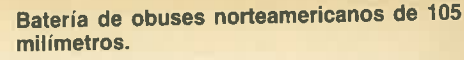
Johnson había pensado que, tras cuatro años y medio en el Vietnam, «Westy» merecía un ascenso, el máximo, a jefe del Estado Mayor del Ejército de los Estados Unidos, y que su segundo, el general Creighton W. Abrams, le reemplazaría al mando de las fuerzas allí destacadas. Aunque el Presidente había tomado la decisión antes de la ofensiva Tet, el que la anunciara con retraso dio pábulo a la especie de que Johnson estaba disgustado con el general por causa de la ofensiva, y que se había desprendido de él, aunque en realidad le ascendiera de cargo.

De nuevo volvió a ceder el Presidente ante los adversarios de la guerra, y anunció así otra interrupción de los bombardeos y otra invitación a los norvietnamitas a negociar. Esos críticos llegaron incluso a decir que le habían hecho saltar de la Casa Blanca, aunque las razones que Johnson había aducido para no presentarse a la reelección en el otoño eran puramente personales. El caso es que los de Hanoi aceptaron esta vez, aunque iban a pasar años discutiendo la forma de la mesa de conferencias en París. Lo malo fue que esto encadenó a los Estados Unidos a las conversaciones de paz, esterilizando lo que muchos pensaban que se debía haber hecho: explotar al máximo, militar, política y psicológicamente, el fracaso de la ofensiva Tet. Paradójicamente, ésta, aun fallida, allanaba el camino para una victoria total a más largo plazo.

Setenta y siete días en Khe Sanh

Mucho se habló y escribió a lo largo del conflicto en el sudeste asiático de la Ruta Ho Chi Minh, fundamentalmente, la vía de comunicación que enlazaba los depósitos de intendencia norvietnamitas con las fuerzas comunistas que operaban en el Vietnam del Sur. De antiguo camino de contrabandistas de opio pasó por diversas vicisitudes, tantas casi como los diversos territorios que cruzaba, hasta convertirse en arteria vital para el esfuerzo bélico del Vietnam del Norte y del Viet Cong, con ramificaciones e importantes depósitos logísticos de todo género. Atravesaba Laos y Camboya, y de ahí las implicaciones de estos dos países desgajados de la antigua Indochina francesa y los planes norteamericanos, especialmente de Westmoreland, para actuar en los sectores no vietnamitas que la Ruta cruzaba.

Pues bien, la base de Khe Sanh, situada en la parte noroccidental del Vietnam del Sur, a menos de diez kilómetros de la frontera laosiana y a veintitrés al sur de la zona desmilitarizada, suponía una amenaza para aquella vital línea de comunicación enemiga. Creada originalmente por los «Boinas Verdes», pasó en 1967 al control de la Infantería de Marina. Un batallón de Construcción de la Armada norteamericana, los famosos «Seabees» que tanto se distinguieron durante la Segunda Guerra Mundial con sus increíbles trabajos, construyó una pista de quinientos metros escasos en la base, de plancha de acero perforada. Hubo dificultades con el terreno en el que se apoyaban las planchas de la pista, se hicieron cambios, se emplearon aviones de menos peso, incluso se recurrió a la extracción por paracaídas de ciertos suministros que tenía que ser forzosamente transportados por aparatos de más tonelaje. Los «Seabees» alargaron la pista a más de un kilómetro, pero la defensa de Khe Sanh resultaba difícil por una serie de circunstancias: el agua potable discurría por territorio enemigo, unas colinas dominaban la llanura al norte y al noroeste, y hasta había niebla



Batería de obuses norteamericanos de 105 milímetros.

—fatal para las operaciones aéreas y la visibilidad defensiva— en cierta época del año.

Ya a fines de 1967 se había observado la presencia de dos divisiones norvietnamitas, con un total de veinte mil hombres, concentrándose en las cercanías de Khe Sanh, hubo los normales choques de patrullas de reconocimiento y un oficial hecho prisionero por los *marines* dijo, al ser interrogado, que se preparaba un ofensiva para arrollar la base y otros puntos fuertes norteamericanos a lo largo de la carretera 9. Por otra parte, a Johnson le aseguraron

sus asesores que Khe Sanh se podía y debía defender. Y Westmoreland era de la misma opinión, aunque creía que los comunistas querían hacer de la base un Dien Bien Phu norteamericano.

La batalla de Khe Sanh comenzó el 21 de enero de 1968. La artillería norvietnamita empezó a machacar la llanura, dañando la pista de aterrizaje y haciendo volar el depósito principal de municiones. El 26º Regimiento de Infantería de Marina de los Estados Unidos se retiró a las defensas que ya tenía preparadas, y la población civil fue evacuada por vía aérea a Da Nang.

Continuaron las operaciones, y los aviones empezaron a reponer el perdido polvorín de Khe Sanh. Luego, la guarnición se vió reforzada por el 1er Batallón del 9.º Regimiento de *Marines* y el 37.º Batallón de Batidores del Ejército sudvietnamita. Los efectivos de la base ascendían así a unos seis mil hombres, provistos de 46 piezas de artillería de calibre medio y alto y otras de menor entidad, entre las que figuraban armas sin retroceso.

Pero esos veinte mil hombres del Vietnam del Norte se iban a encontrar con una sorpresa, sorpresa que entra en el capítulo correspondiente al arsenal sofisticado y tecnológico que la guerra del Vietnam iba a descubrir y popularizar. Antes de que comenzara el asedio, aviones de la Fuerza Aérea y de la Armada de los Estados Unidos habían plantado sensores electrónicos a lo largo de carreteras del sur de Laos. Estos sensores captaban cualquier sonido o vibración sísmica y lo transmitían, en forma de señal, a un centro de vigilancia en Nakhon Phanom (Thailandia), donde se determinaba la dirección y velocidad de desplazamiento de los convoyes de intendencia comunistas.

Toda esa información debidamente analizada, junto con la proporcionada por sensores acústicos, reconocimientos aéreos y terrestres y la procedente de prisioneros captu-



Soldados de la 1.ª División de Caballería Aeromóvil norteamericana salen de un helicóptero Chinook en Khen Sanh, adonde acudieron como refuerzo.

rados, señalaba que los norvietnamitas atacarían seguramente la posición de los *marines* en la cota 881 con las primeras luces del 5 de febrero. Como quiera que la artillería de la Infantería de Marina y del Ejército castigó duramente las estribaciones de la cota, el ataque comunista no llegó a materializarse. Pero, por desgracia para ellos, los infantes de Marina que guarnecían otra cota, la 861A, no habían sido advertidos de la probabilidad de un asalto, y el enemigo avanzó por una zona no cubierta por sensores. Parte de los atacantes embistieron contra la cota, y los *marines* tuvieron que retirarse a una nueva posición. Allí se luchó con todo: granadas, fusiles, cuchillos y puños. Finalmente, tras una pugna desesperada, los norteamericanos lograron afianzarse en la cota 861A.

Mientras tanto, la ofensiva Tet se desarrollaba en diversos lugares del Vietnam del Sur, y el enemigo se permitió atacar el campamento que los Boinas Verdes habían montado en la aldea de Lang Vei tras haber cedido la base de Khe Sanh a los *Marines*. En continuos ataques, el contingente de Fuerzas Especiales y sus aliados montañeses no pudieron sostenerse, a pesar del apoyo aéreo, y sólo unos pocos lograron alcanzar refugio en Khe Sanh. En torno a esta base se desarrollaba una batalla de devastadores resultados. Los atacantes abrían brecha en las defensas exteriores, se deslizaban por las voladuras, por los desgarros que éstas abrían en las alambradas. Los infantes de Marina se defendían, contraatacaban, cerraban huecos. Sin embargo, a pesar de los bombardeos y de las cincuenta mil toneladas de napalm derramadas en la zona de Khe Sanh en apenas un mes, los norvietnamitas lograron emplazar artillería antiaérea para hostigar a los aviones que abastecían la base norteamericana. Nuevamente, la tecnología acudió en ayuda de los defensores. A fin de estar expuestos al fuego enemigo el menor tiempo posible, los aparatos aterrizaban y, mediante la rápida apertura de las compuertas y un sistema de evacuación rápida de la carga, podían despegar a los treinta segundos de haberse desprendido de su cargamento. Este peligro para el abastecimiento aéreo de la base obligó a retirar los costosos y eficaces C-130 Hercules —dos millones y medio de dólares por unidad— y substituirlos por los más baratos, y pequeños, C-123 Provider. Para la evacuación de heridos, y el abastecimiento de los puestos avanzados en los bordes de la llanura, los helicópteros de la Infantería de Marina actuaron sin descanso, protegidos por aviones de ataque A-4M Skyhawk. El procedimiento consistía en llevar la carga en redes colgadas del fuselaje de los CH-46, que se soltaban al situarse el helicóptero sobre su objetivo.

El asedio se hizo lógicamente tedioso para los *marines* a pesar de las escaramuzas, los intensos bombardeos artilleros, la lucha contra la excavación de trincheras por parte del enemigo —para lo que los defensores empleaban explosivos de espoleta retardada— y los paqueos de uno y otro lado. Por fin, el 29 de febrero, los norvietnamitas desencadenaron un ataque en gran escala considerado como final. Alertada por los sensores electrónicos hábilmente distribuidos, la guarnición empleó todos sus medios, incluso los aportados por la aviación táctica y los bombarderos estratégicos B-52, para que el enemigo no pasara de las alambradas. Dos semanas después, los servicios de información norteamericanos pudieron descubrir que el enemigo empezaba a retirar tropas de Khe Sanh.

Tumba de Ramón Hernández, soldado norteamericano muerto en la guerra del Vietnam, en la que dieron su sangre numerosos combatientes estadounidenses de origen hispánico.

Un depósito de combustible arde en la base de Khe Sanh tras un bombardeo de morteros en marzo de 1968.



Infantes de Marina norteamericanos recogen municiones en un arrozal, caídas fuera de la zona defensiva de Khe Sanh.

La defensa de esta base exigió una perfecta coordinación de las tres principales aviaciones norteamericanas: la naval, la de la Infantería de Marina y la Fuerza Aérea, así como de los controladores, tanto en tierra como en el aire. Todos cumplieron bien.

Naturalmente, siempre que hay un sitio hay una columna de socorro. Unas veces llega ésta a tiempo; otras no. El caso es que el socorro a Khe Sanh se organizó sólo cuatro días después del comienzo de la batalla; pero, como se ha dicho, la ofensiva Tet se hallaba en todo su apogeo, y

hubo que aplazar el envío de aquél. Finalmente, el 1 de abril, se lanzó la Operación Pegasus, encabezada por la famosa 1.ª División de Caballería Aérea (Aeromóvil) de los Estados Unidos, a las órdenes del general John J. Tolson, y que contó con la participación de un batallón aerotransportado sudvietnamita.

Como colofón del prolongado asedio, el 1.er Batallón del 9.º de *Marines* conquistó una colina enemiga que dominaba la carretera 9, vía de penetración para la Pegasus. Una compañía del Vietnam del Sur alcanzó la base el 6 de abril, y dos días después llegaba la Caballería Aérea a unirse con los esforzados infantes de Marina. Las escaramuzas en torno a la asediada posición terminaron del todo el día 14.



El secretario de Defensa norteamericano, Melvin Laird, en el curso de una visita al Vietnam. En la foto le acompañan el general Abrams y el embajador Bunker.

Mucho se ha escrito acerca de esta acción, que el general de *Marines* Walt llega a considerar como «la batalla más importante de la guerra». Por una parte, resulta significativo el fracaso norvietnamita en cuanto a la toma de Khe Sanh, así como la escasa resistencia ofrecida en el curso de la Operación Pegasus. Se puede especular si el objetivo consistía en la conquista de la base o se trataba sólo de una maniobra de diversión para fijar tropas norteamericanas y sudvietnamitas que podían ser de mayor utilidad en otros puntos amenazados por la ofensiva Tet. Probablemente, los norvietnamitas habrían conquistado Khe Sanh si la resistencia no hubiera resultado tan correosa, y es entonces cuando la noción de hacer de la base un segundo Dien Bien Phu hubiese tenido justificación para Hanoi, sobre todo en el terreno psicológico. El caso es que Khe Sanh fue, a no dudar, un eslabón de la cadena de la Tet, que se rompió para los norvietnamitas como se rompió la propia Tet en cuanto a las esperanzas que Hanoi puso en ella. De todos modos, Khe Sanh ha pasado ya a la historia como un asedio que terminó bien para los asediados, como otra buena experiencia tecnológica, como el objetivo más bombardeado —cien mil toneladas de bombas en la zona— en la historia de la guerra y nada más. Excepto que los norteamericanos lograron allí una victoria incontestable, victoria que no les dio ninguna ventaja en el terreno político, pese a todo.

Con cerbatanas y misiles

Hora es ya, a estas alturas del conflicto vietnamita, de pasar revista a las panoplias de uno y otro bando. Si se puede al fin averiguar qué hombre de ciencia dijo aquello de que «si la próxima guerra mundial es atómica, la siguiente se hará con arcos y flechas», exclusivamente por mor de la curiosidad, el caso es que en la guerra del Vietnam casi se estuvo a punto de que hubiera de todo: bombas nucleares y, por supuesto, flechas. Ya se habló de un ataque atómico táctico en la época de Dien Bien Phu, con una acusada división de opiniones en los pareceres de los cuatro miembros principales de la Junta de Jefes de Estado Mayor norteamericana en cuanto a decidirse a dar el paso correspondiente.

Pero si no se llegó a liberar el infierno rugiente de los átomos, no se anduvo corto en cuanto a otros ingenios casi de Buck Rogers o de Flash Gordon que, muy especialmente por parte norteamericana, se pusieron en juego. Y todo ello coexistiendo con bambúes afilados, lanzas, flechas de cerbatana, los clásicos machetes orientales y las trampas para fieras en versión hombre. Ahora bien, lo que no surgió, porque no podía naturalmente surgir, es el arma definitiva. En esta guerra, y en muchas de sus acciones, la más compleja y sofisticada de las armas no tuvo efecto alguno en la subsistencia política del conflicto, aunque es evidente que todo este desarrollo tecnológico ha dejado sentir su influencia no sólo en el arsenal actual de las principales potencias, sino en el pensamiento militar del momento presente.

Es muy posible que esa tecnología desarrollada sobre la marcha habría rendido mucho más en una guerra de matices convencionales. Allí, incluso se hizo necesario dar marcha atrás en algunos terrenos específicos, como en el de la aviación. Recuérdese que los últimos modelos de cazas resultaban excesivamente rápidos para ciertas misiones, y hubo que echar mano de aparatos de pistón aún en servicio y de algún otro, también de



Un avión-escuela norteamericano T-28, utilizado como aparato de ataque ligero.



Cazas norteamericanos F-100D son reabastecidos en la base de Bien Hoa, a principios de 1966.

hélice, proyectado más o menos para atender tal necesidad. Un ejemplo, aunque existen otros factores a considerar, es el semifracaso del, a pesar de todo, famoso F-111.

Si la infantería es la reina de las batallas, aquí también lo fue, si bien en ocasiones en que tal era el caso no se hubieran encontrado los típicos emblemas de la gloriosa arma en las guerreras de los combatientes de uno y otro bando. Hubo, en el escalón de infante contra infante, el duelo entre el fusil M-16 norteamericano y el AK-47 soviético, en todas las versiones y fabricaciones, la consagración del fusil de asalto, los calibres pequeños, la alta cadencia de tiro —y la consiguiente densidad de fuego— y hasta la materialización de lo que se podría llamar el «infante cohetero» o más bien «misilero», con su arma casi de bolsillo para atacar carros de combate. Como contrapartida a nivel de los que hacen la guerra a pie, el Viet Cong empleó con gran profusión todo tipo de trampas en la selva, la mayoría de ellas a base de estacas afiladas colocadas de diversas y diabólicas maneras —en trampas, en una especie de mazas medievales que recorrían un arco del espacio sobre una senda al ser liberadas—, de pozos donde se ocultaban hábilmente arcos con una flecha a punto de disparar, granadas de mano hasta en los lechos de los ríos y arroyos y, naturalmente, minas antipersonales.

Entre las armas ligeras y menos ligeras usadas por los comunistas cabría mencionar el fusil de asalto Tipo 56-1, copia china del soviético Kalashnikov AK-47; el subfusil K-50M, otra copia china del ruso PPSh-41; el lanzacohetes RPG-7; la ametralladora MAT-49, arma capturada a los franceses; el mortero del 81; el cañón de campaña de 130 milímetros, copia china de una arma norteamericana un tanto anticuada; el cañón de campaña de 130 milímetros, de diseño soviético; el carro anfibio PT-76 y el conocido T-55, rusos también, y las armas de infantería cogidas a norteamericanos y sudvietnamitas —sin desdeñar las de más porte—, especialmente el M-16.

No hace falta decir que los norteamericanos no tardaron en desarrollar aquellas armas, aquellos elementos que no poseían y que se les antojaron imprescindibles en aquel entorno bélico. Más aún que las armas propiamente dichas, la formidable red de comunicaciones y toda la amplia gama de los sensores electrónicos, acústicos y ópticos, además del fenomenal despliegue de todo tipo de radares, los vehículos de control remoto para diversas misiones y las

computadoras. Esto en el plano mecánico y electrónico, que luego habrá que hablar de las armas o los elementos químicos.

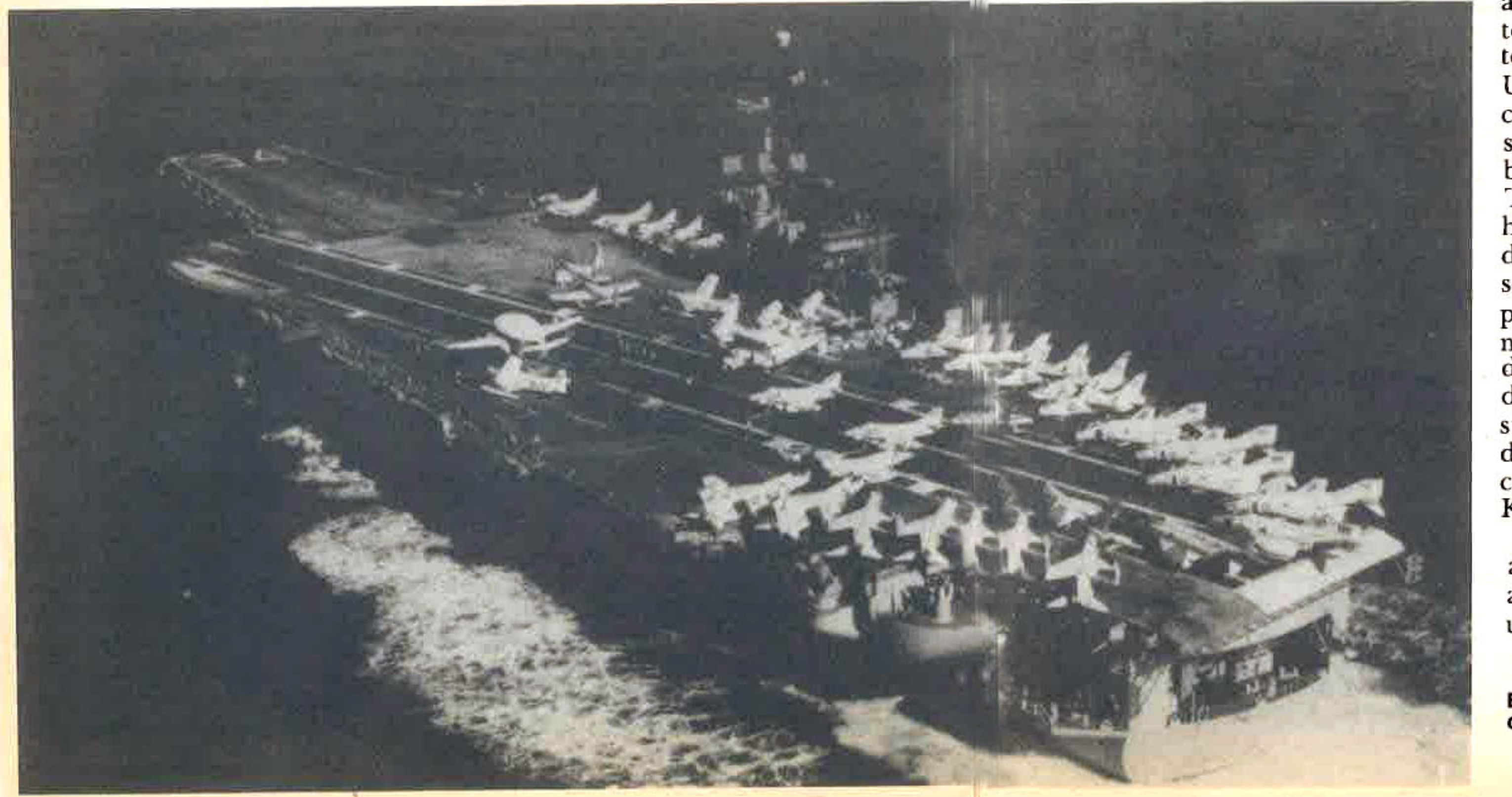
Uno de los elementos más nuevos viene representado por el sensor sísmico (ADSID), que los Phantoms lanzaban en patrones preestablecidos. Esta especie de torpedos de menos de un metro de longitud y quince centímetros de diámetro caían libremente y se enterraban profundamente en el suelo, dejando visible únicamente una antena de poco más de un metro que se confundía con el follaje de la jungla. Estos sensores podían revelar el movimiento de vehículos en los parques correspondientes y en diversas zonas de almacenamiento y suministro. La información así conseguida se transmitía a aviones especiales, como el QU-22B —un Beech Bonanza modificado— y el Lockheed EC-121R, los cuales la pasaban a su vez a un Centro de Control de Infiltración.

Dentro de este apartado electrónico figuraba también el Teledyne-Ryan AQM-34L, avión de control remoto que llevaba una cámara y un sistema de televisión y transmitía imágenes reales de sus vuelos de reconocimiento a otro aparato receptor, también en el aire, a distancia de hasta 240 kilómetros; radares nocturnos con niveles de detección de diez kilómetros para vehículos y cinco para personal, como el AN/PPS-5; detectores visuales (AN/TVS-4) que podían señalar la presencia del enemigo a 1.300 metros amplificando cuarenta mil veces la luz más tenue, mediante un tubo de intensificación de imagen, así como visores más pequeños del tipo utilizado por los soldados de infantería y que les permitía ver y apuntar sus armas en plena noche a distancias de cuatrocientos metros; aviones «silenciosos», representados por el Lockheed YO-3A, aparato inspirado en los veleros y cuyo ruido, a cien metros de distancia, podía pasar por el murmullo de las hojas con un viento suave.

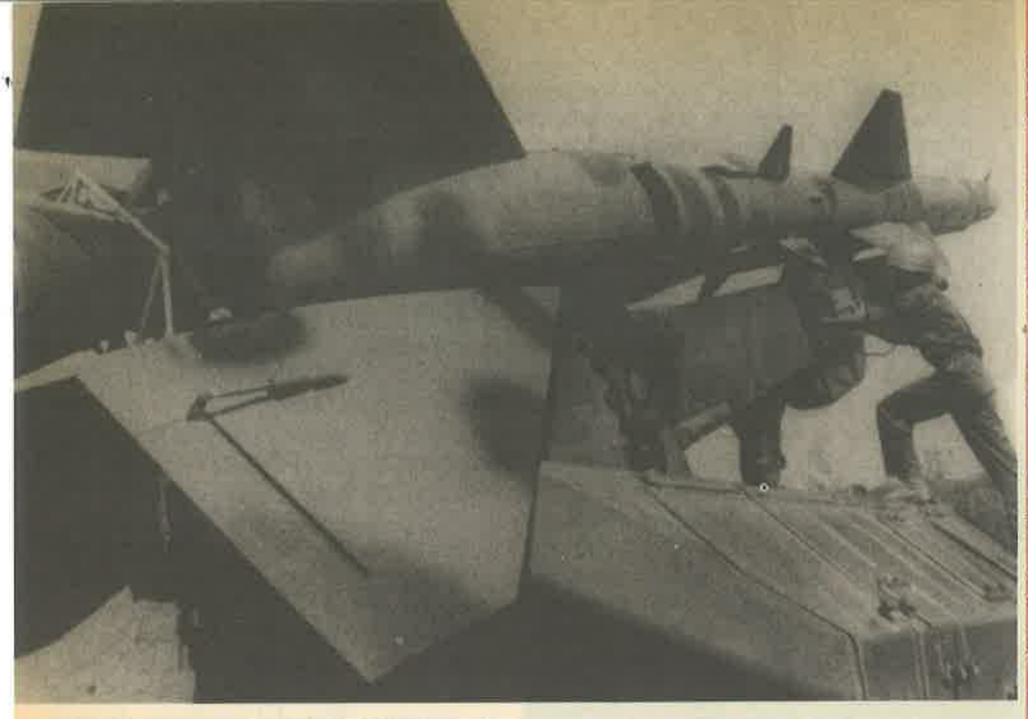
Estos y otros elementos contribuían al desarrollo de cometidos específicos y servían también conjuntamente para el suministro de información a otra innovación norteamericana en la guerra de Vietnam: la Base de Apoyo de Fuego, especie de fuerte artillero que se defendía a sí mismo con medios propios y que apoyaba a la infantería en operaciones propias de ésta, especialmente incursiones de reconocimiento y destrucción. Por lo general, una base de este tipo disponía de seis obuses de campaña de 105 milímetros (M102), una compañía de infantería para su defensa, cuatro morteros del 81 y personal de comunicaciones y sanidad. Su construcción, a base de sacos terreros, planchas de acero perforadas y otros elementos, debía contar con por lo menos las defensas exteriores y las posiciones de los infantes al caer la noche del primer día de ocupación del lugar.

Pero si algún calificativo especial merece la guerra del Vietnam, éste sería el de «guerra del helicóptero», por el destacado papel que estos aparatos desempeñaron en el conflicto en diversos cometidos y misiones de todo tipo. Fundamentalmente, destacó en tres aspectos: como cabalgadura de las unidades de caballería aérea, ambulancia volante y elemento logístico. Rey del conjunto de asalto fue el famoso «Huey» —Bell UH-1D—, el primero en aterrizar con catorce hombres a bordo; la versión cañonera —AH-1G «Huey Cobra»— formaba pareja en el «Pink-Team» con el Hughes OH-6 Cayuse, helicóptero que realizaba misiones de reconocimiento a baja cota. La segunda oleada estaba constituida por los Boeing-Vertol CH-47 Chinook, que podían llevar hasta 44 soldados por unidad. Como vehículos de transporte y de observación visual, el CH-54 «Sky Crane», capaz de desplazar una carga externa de casi diez toneladas, y el Bell OH-58A Kiowa.

Su papel sanitario merece párrafo aparte. Y también en este papel de ambulancia desempeñó el «Huey» una de sus más brillantes interven-



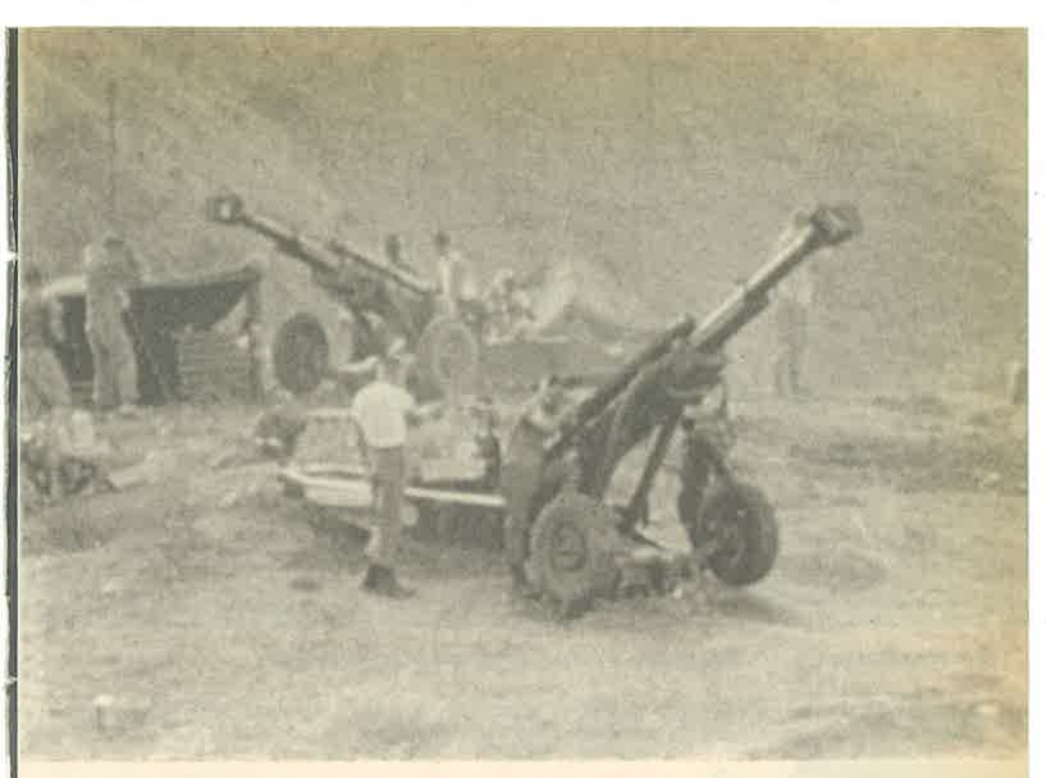
El portaviones norteamericano Constellation **operando en el golfo de Tonkín.**



El misil soviético tierra-aire SA-2 Guideline, arma principal de la defensa antiaérea norvietnamita, instalado cerca de Hanoi.

ciones. Las cifras son de por sí elocuentes: los helicópteros evacuaron 372.947 heridos entre los años 1965 y 1969 (el Mando Militar de Transporte Aéreo, organismo interarmas administrado por la Fuerza Aérea, se anotó la cifra de 406.022 pacientes, de ellos 168.832 heridos en combate, en el período de ocho años que va desde 1965 a 1973). Por término medio, un herido «helievacuado» sólo tardaba entre quince y veinte minutos en recibir asistencia médica en algún tipo de centro sanitario adecuado. Bien sabido es que estos «camilleros del aire» actuaban de diversas formas: en claros abiertos en la selva —mediante explosivos y sierras mecánicas— cuando se podía tomar tierra para recoger a los heridos y, si el aterrizaje no era posible, bajando un cable con el que se izaba al herido. El dispositivo incluía un a modo de «penetrador forestal» para evitar que se enredara en las ramas de los árboles. El herido así rescatado recibía asistencia inmediata de un sanitario que formaba parte de la tripulación del helicóptero. Inútil es decir que este tipo de evacuación aérea era sobremanera peligroso, ya que, en tales circunstancias, el helicóptero se convertía en fácil presa del fuego enemigo.

A este respecto, resulta curioso señalar que, como consecuencia del empleo de armas de infantería de alta cadencia de tiro y munición de poco peso, calibre reducido y elevada velocidad, el número de muertos por esta clase de armamento fue mayor en la guerra del Vietnam (51 por ciento) que en la de Corea (33) y Segunda Guerra Mundial (32). Las balas del fusil de asalto soviético AK-



Posición artillera norteamericana en una cumbre montañosa.

47 y del norteamericano M16 hacían grandes orificios de entrada y salida, importantes destrozos de los tejidos y afectaban a los vasos sanguíneos incluso fuera de la trayectoria del proyectil. En lo relativo a los heridos supervivientes de las fuerzas de los Estados Unidos, el Vietnam del Sur y sus aliados, nada menos que el 83 por ciento podía volver a prestar servicio militar.

En otro orden de cosas, mucho se ha escrito de la eficaz defensa antiaérea del Vietnam del Norte y del Viet Cong en el curso del conflicto. Aparentemente, la cosa no tenía color si se enfrentaba un bando casi totalmente desprovisto de elementos aéreos de combate con otro que poseía una aviación poderosa en todos los órdenes. Si hemos de juzgar a priori teniendo presentes las teorías de Douhet, Seversky o Billy Mitchell, la victoria del bando con poder aéreo —léase los Estados Unidos— habría sido inmediata y absoluta. Pero en parte porque esas teorías no son hoy tan rotundas como lo fueron algún tiempo después de formuladas; en parte porque el material no resultaba idóneo en algunos casos, y en parte también por esa eficaz DCA de la que hablaron tanto, el caso es que la aviación militar no fue resolutiva ni muchísimo menos.

La «vedette» de las defensas antiaéreas de Hanoi fue, a no dudar, el misil de fabricación soviética SA-2 Guideline (nombre, como ya se sabe, del código de la OTAN). Se trata de un ingenio archiconocido, pero sumamente eficaz. Mide algo más de diez metros, lleva una cabeza de combate con 130 kilos de alto explo-



El controvertido F-111A, que perdió y ganó su reputación en el Vietnam.

La actuación de los helicópteros norteamericanos en la guerra del Vietnam les consagró definitivamente como arma vital prácticamente independiente.

El acorazado norteamericano *New Jersey* dispara sus cañones de 406 milímetros contra la costa norvietnamita.

El archiconocido Phantom operó también extensamente en el Vietnam.

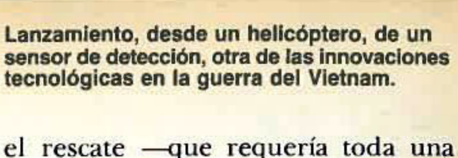


sivo y su techo es de dieciocho mil metros. Se dispara desde un lanzador rotatorio y se desplaza fácilmente de un lugar a otro del país en un remolque que arrastraba el camión soviético ZIL-150, de tres toneladas y media. Hacia 1972, los norvietnamitas contaban con trescientas instalaciones de lanzamiento repartidas por su territorio, el interior de la zona desmilitarizada e incluso al sur de ésta.

Cabe mencionar también el misil SA-7 Grail, asimismo de fabricación soviética y que podía transportar y manejar un solo hombre. Medía metro y medio y pesaba quince kilos, con un alcance de diez kilómetros. Era bastante efectivo, especialmente contra los helicópteros y aviones de vuelo lento y a baja cota.

En este duelo entre la aviación norteamericana y las defensas norvietnamitas, el componente electrónico tuvo la destacada intervención que podía esperarse en esta guerra, a la vez primitiva y sofisticada. La labor del SA-2 en las tareas de interceptación y defensa comenzaba por la adquisición del blanco mediante un dispositivo de amplio haz, que otro de haz estrecho rastreaba después. Los datos pasaban a un ordenador que determinaba la trayectoria óptima para el proyectil. Las órdenes se comunicaban por cable al lanzador, mientras que las instrucciones al proyectil, una vez en vuelo, se realizaban por enlace radial.

Los norteamericanos actuaban contra las instalaciones de SA-2 por



Lanzamiento, desde un helicóptero, de un sensor de detección, otra de las innovaciones tecnológicas en la guerra del Vietnam.

medio de ataques aéreos a baja altura, sembrando pasillos de confeti —millones de diminutas partículas de una especie de «papel de plata» que causaban interferencia en el radar enemigo— y gracias al empleo de un misil anti-radar, el AGM-45A Shrike. El piloto atacante captaba las transmisiones del radar de adquisición del proyectil enemigo y, cuando estaba en alcance, lanzaba el Shrike, que volaba en dirección al haz de radar guiado por el detector de a bordo del aparato norteamericano.

La aviación norteamericana y, en menor medida, claro está, la sudvietnamita tenían que realizar multitud de misiones de todo tipo. No cabe duda de que el papel de los helicópteros fue decisivo en su triple cometido fundamental, así como en el rescate —que requería toda una operación conjunta— de los aviadores abatidos en territorio enemigo, supervivientes, naturalmente. Dado que para ello se hacían los máximos esfuerzos sin importar el precio, el efecto en la moral de los combatientes era sobremanera positivo.

Surgió también, como consecuencia de las acciones ofensivas de las diversas fuerzas aéreas norteamericanas y aliadas, una serie de tácticas nuevas o evolucionadas, no sólo para el castigo de las defensas antiaéreas más o menos tradicionales, sino en lo que respecta al combate en el aire.

Hay que tener en cuenta que el primer combate aéreo entre aviones de los Estados Unidos y del Vietnam del Norte tuvo lugar el 4 de abril de 1965, cuando cazas MiG-17 derribaron dos cazabombarderos F-105D Thunderchief, de la Fuerza Aérea norteamericana.

Entre esas tácticas para la lucha en el aire habría que señalar la maniobra defensiva de los MiG conocida como «Rueda de Vagón», en la que los aparatos norvietnamitas volaban en una órbita circular a baja altura, para proporcionarse mutua defensa y proteger «por las seis» (es decir, por detrás, según la jerga aeronáutica) al avión precedente.

Los norteamericanos utilizaban el «Cuatro Fluido» si esperaban ataque de los MiG. A fin de reforzar la defensa mutua y mejorar la observación visual y por radar, el jefe de patrulla y su compañero de ala volaban en línea recta, en tanto los dos aparatos restantes lo hacían a unos cuatro mil pies (1.200 metros) por encima y dos mil pies (seiscientos metros) por la popa de sus compa-



Arriba: **El portaviones norteamericano** Enterprise **patrulla ante las costas del Sudeste asiático.** Abajo: **Bombarderos B-52 esperan en Guam el momento de despegar para sus ataques al Vietnam del Norte. El empleo de este avión estratégico como arma táctica hizo volver a los norvietnamitas a la mesa de negociaciones.** Derecha: **Un helicóptero del Ejército CH-47 Chinook transporta un Bell UH-1, al que han quitado los rotores para aligerarle de peso.**





Un C-123 Provider, muy empleado como avión de transporte juntos a los famosos Hercules.

ñeros, describiendo a la vez una continua trayectoria en forma de «S».

Los combates aéreos pusieron de relieve el perfeccionamiento de algunas de las técnicas consideradas clásicas, destinadas todas a lograr la posición óptima de ataque, es decir, «por las seis», así como la estupenda coordinación entre los pilotos norvietnamitas y sus instalaciones de misiles tierra-aire, ya que los MiG atacaban a los aviones norteamericanos al mismo tiempo que sus SA-2. El casi perfecto funcionamiento de la aviación de los Estados Unidos debe resaltarse, pero no sorprende, ya que bien conocido es su alto desarrollo tecnológico y la continua formación de sus hombres. Pero en el caso del Vietnam del Norte se trataba de bisoños, tanto en el manejo de los lanzadores de SA-2 como, sobre todo, en el pilotaje de reactores modernos y en el combate aéreo.

Las armas empleadas en la guerra del Vietnam constituyeron un asombroso maridaje entre lo antiguo y lo moderno, entre lo primitivo y lo sofisticado. A grandes rasgos, representaban la diferente concepción entre unos combatientes que recibían su rancho —helado incluido— por helicóptero y otros que se contentaban con un puñado de arroz y un poco de pescado seco, si lo había.

Esos medios de combate, y las tácticas para su empleo, han sido desde entonces objeto de estudio y experimentación por parte de los estados mayores de las principales potencias, y también de los países que no aspiran a tanto, pues la del Vietnam fue la guerra del coloso contra el enano, al menos en términos de extensión, población, riqueza, medios y desarrollo tecnológicos. Si los israelíes saben todo lo que hay que saber en cuanto al manejo de blindados en el desierto, parece evidente que los norteamericanos hayan aprendido a hacer la guerra en un país prácticamente tropical con una geografía de riachuelos, arrozales, selvas y mesetas, del mismo modo que tres lustros antes tuvieron la experiencia de un conflicto en las desoladas y frías tierras coreanas. La lucha de la cerbatana contra el misil podría ser la del bambú con el plástico, de lo natural frente a lo sintético. Pero de esto hay mucho que hablar.

Aventuras en el país de los Khmers

El panorama general de la guerra en el Vietnam no presenta características destacadas durante el resto de 1968. Desde hacía tiempo, y como alternativa a un eventual cese de los bombardeos norteamericanos del Vietnam del Norte —dada su escasa efectividad en cuanto a impedir el suministro por parte de Hanoi a sus fuerzas desplegadas en el Sur—, se había puesto en práctica el hostigamiento a las rutas de abastecimiento enemigas. Todo ello había tenido su origen en un plan ideado por el profesor Roger Fisher, de la Facultad de Derecho de Harvard. En esencia, este plan suponía la creación de una barrera terrestre a lo largo de la Carretera 9, desde la planicie costera del Vietnam del Sur a más allá de Tchepone, en Laos. La materialización de tal barrera exigía un desembolso de nada menos que mil millones de dólares, entre la bàrrera propiamente dicha, con espacios despejados para la mejor observación —logrados mediante la desfoliación química de los árboles y arbustos—, alambradas y fuertes, y la cobertura aérea, tanto de protección como ofensiva.

En la práctica todo se redujo al ataque a las rutas de abastecimiento, casi totalmente realizado desde el aire y, concretamente, por una notable variedad de aviones en versión cañonera, entre los que figuraba el archifamoso modelo T de la aeronáutica, el nunca bien ponderado Douglas DC-3 comercial, conocido también como C-47 Skytrain, R4D (antigua clasificación de la Armada norteamericana) y Dakota (para los británicos) entre otros apelativos. Estaban también el Convair C-131, el Fairchild C-119 y hasta el Lockheed C-130 Hércules.

Lógicamente podría pensarse en la eficacia de esta sostenida acción aérea en cuanto a destruir millares de camiones enemigos que transitaban por esas rutas para abastecer a las fuerzas que, cada vez en mayor número, se iban concentrando en el Sur. Pero parece ser que, o la destrucción de vehículos no fue tanta



Patrulla de comandos en una acción en las montañas.

o, como decían algunos jóvenes y descarados oficiales norteamericanos, había en Laos un monstruo que devoraba los restos de los camiones, porque no se veía ni uno. El caso es que no se consiguió de modo total —sí un tanto fragmentariamente— el objetivo básico de impedir que Hanoi reforzara y abasteciera a sus fuerzas en el Sur, fuerzas que se iban incrementando con vistas a una ofensiva que derrumbara definitivamente la resistencia del régimen de Saigón, pese al apoyo de sus aliados norteamericanos.

Así las cosas, el concepto tradicional de la división de funciones en la guerra del Vietnam, con las fuerzas norteamericanas enfrentándose a los norvietnamitas a nivel de batallas, y las sudvietnamitas dedicadas a una guerra menor, de limpieza, frente al Viet Cong y otros elementos subversivos, iba a experimentar un cambio definido con la toma de posesión de Richard M. Nixon, en enero de 1969, como presidente de los Estados Unidos. Nixon tenía, a no dudar, mucha más experiencia que sus antecesores inmediatos en el campo de la política internacional. Y desde el primer momento expresó su opinión de que los Estados Unidos debían apoyar a sus aliados, en tanto éstos riñeran pugnas de subversión más o menos interna, con armas y elementos logísticos, pero no con fuerzas de combate, y mucho menos con tropas terrestres. Los planes de retirada de soldados norteamericanos se llevaron a la práctica con gran rapidez, comenzando con el anuncio de veinticinco mil hombres repatriados, hecho en una conferencia celebrada en junio de aquel año, en la isla de Midway, entre los presidentes Nixon y Thieu. En el curso de 1969 hubo otros dos anuncios semejantes: uno de 35.000 y otro de cincuenta mil soldados. Bien es verdad que estas

decisiones no respondían a una política rígida, sino que dependían en cierto modo del estado de la opinión pública norteamericana, la actividad enemiga y el grado de eficacia de las fuerzas armadas sudvietnamitas, pero a finales de ese año se hizo plenamente palmario que la participación en el conflicto de tropas de tierra estadounidenses estaba tocando a su fin, y no parecía probable, a juzgar por las perspectivas, que tal tendencia cambiara de signo.

Por supuesto que una política de retirada de fuerzas terrestres implicaba el reforzamiento, tanto humano como material, del Ejército sudvietnamita a todos sus niveles, y así se empezó a hacer. En 1970, el secretario de Defensa norteamericano aprobó un programa en este sentido que recibió el apodo de «Crimp», a causa de sus siglas, y que preveía la cesión a los sudvietnamitas de material estadounidense en el que figuraban misiles anticarro, armas antiaéreas, cañones autopropulsados de 175 milímetros y carros de combate M48 (anteriormente ya habían comenzado el rearme de los soldados de Saigón con elementos ligeros más modernos, como el fusil de asalto M16), e incluso que contratistas civiles se ocuparan de manejar el complejo sistema de comunicaciones de gran alcance que los norteamericanos habían montado en el país.

Los Estados Unidos pensaban que su presencia se fuera reduciendo paulatinamente, y confiaban en que si se llegaba en la mesa de negociaciones a una retirada de medios bélicos no incluidos en los planes primitivos de Nixon y del Pentágono —como la aviación—, ello tendría como contrapartida la supresión de elementos similares por parte del régimen de Hanoi.

Y en cuanto a las posibilidades de que las reforzadas fuerzas sudvietnamitas pudieran hacer la guerra por sí solas con posibilidades de éxito, los norteamericanos pensaban que, aún en condiciones de mayor operatividad por ese reforzamiento, sólo resultarían eficaces en combatir a elementos residuales del Viet Cong, pero no al Ejército del Vietnam del Norte. Como de costumbre, los técnicos estadounidenses culpaban del bajo nivel de rendimiento al sistema clasista que prevalecía en las fuerzas armadas y en la Administración de Saigón. Pero eso ya lo sabían casi desde el primer momento de su llegada al Vietnam y, por otra parte, ya se había repetido hasta la saciedad todo lo relativo al favoritismo, las influencias, el poder económico y social, la corrupción, los sobornos y... lo demás.

Los norteamericanos, siempre deseosos de imponer sus criterios y su *way of life* a todo el mundo —por creer ciegamente en su eficacia—, se desesperaban con los sudvietnamitas, especialmente con la supervivencia y el fomento del sistema paternalista de los jefes militares de éstos, sistema que les llevaba a ocuparse muy especialmente de los parientes de los soldados, dada la estrecha relación, típicamente oriental, entre los combatientes y sus familiares. Por ello, las grandes unidades del Ejército del Vietnam del Sur permanecían como ancladas en sus demarcaciones respectivas, y sus acuartelamientos solían tener una ciudad satélite de viviendas donde moraban, en las condiciones que cabe suponer, los allegados de los soldados. No se podía, pues, pensar en que estas fuerzas, con algunas excepciones notables, tuvieran la movilidad de las unidades de sus adversarios del norte.

Debido a todas estas circunstancias, no tiene nada de sorprendente

que el nuevo programa de asociación establecido por el general Abrams en 1969 no diera el resultado apetecido. Se antoja un excesivo optimismo por parte norteamericana el que el profesionalismo y la capacidad técnica y táctica de sus unidades pudiera «pegarse» a las sudvietnamitas hermanadas con aquéllas.

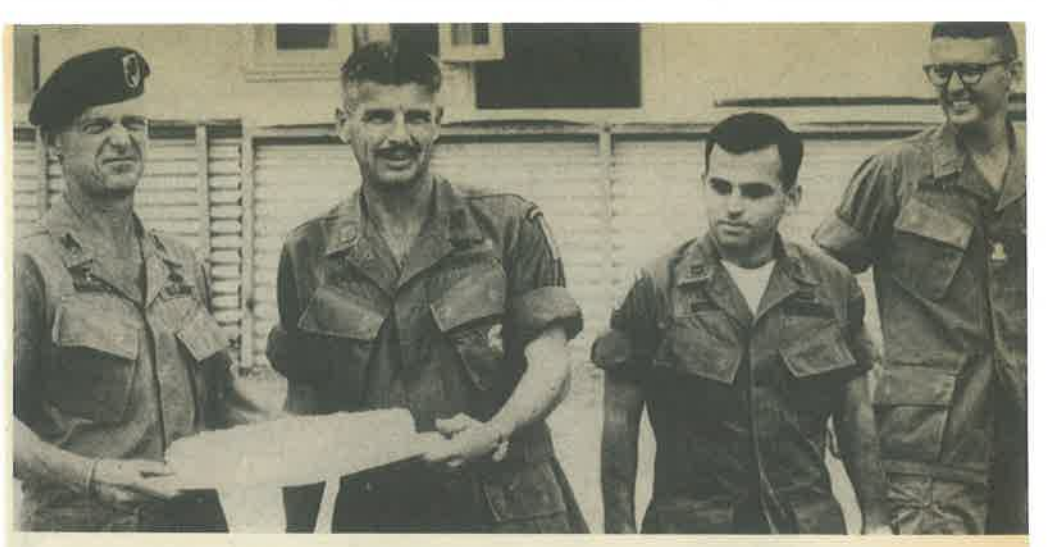
El esfuerzo de vietnamización tenía un claro objetivo: disminuir las bajas norteamericanas para que el público en general, y los diversos estamentos sociales en particular, de los Estados Unidos pudieran «tragar» con un mínimo de buena voluntad la implicación de su país en un conflicto lejano, impopular y, como muchos decían, «sucio». Lo malo es que las cosas no contribuían a «dorar esa píldora». El hecho de que en ciertas operaciones se pusiera toda la carne en el asador —con las elevadas bajas resultantes— para tomar una cota, que se abandonaba al día siguiente, como en el caso de la denominada «Hamburger Hill», indicaba a la prensa y al público lejano de la inexistencia de un propósito definido en cuanto a la conducción de la guerra, de un objetivo, de una meta.

Y por si esto no bastara, la que se ha dado en denominar «masacre de My Lai» vino a hacer aún más desagradable la imagen que el pueblo norteamericano tenía de la guerra vietnamita, dar aparentemente la razón a los críticos de la intervención de los Estados Unidos en aquel conflicto y a echar una mancha en el impoluto uniforme del Ejército del Tío Sam.

El trágico asunto salió a la luz como consecuencia de una serie de cartas abiertas al presidente Nixon y a otros altos funcionarios de su Administración escritas en abril de 1969 por un joven ex combatiente norteamericano de la guerra vietnamita, Ronald L. Ridenhour. En ellas relataba las supuestas atrocidades cometidas en el Vietnam del Sur por elementos de la Compañía C, 1.er Batallón, 20.º Regimiento de Infantería, División Americal, el año anterior. Como resultado de la investigación oficial iniciada en septiembre de 1969, se acusó al teniente William L. Calley, Jr. de la muerte de más de cien paisanos vietnamitas. El alcance de la cuestión no fue conocido del público hasta dos meses después, gracias a una serie de artículos de prensa que lo revelaban.

Según se desprende de lo actuado, el 16 de marzo de 1968 desembarcó de helicópteros una compañía de infantería de los Estados Unidos cerca de My Lai, aldea próxima a la capital provincial de Quang Ngai. Se trataba de soldados muy jóvenes e inexpertos que habían sufrido bajas a causa de la acción de los francotiradores y de las trampas del Viet Cong, y que por ello se mostraban alterados y desmoralizados. En vez de hallar enemigos en la aldea se encontraron con personas civiles: mujeres, ancianos y niños. Según las conclusiones finales de la investigación norteamericana, los resultados de aquel acto injustificable se estimaron en 347 inocentes inmolados.

El Ejército de los Estados Unidos estableció un comité presidido por el teniente general William Peers a fin de investigar el lamentable hecho y determinar a qué se debía la inoperancia de las actuaciones practicadas en 1968, en las que no se habían revelado las muertes de los paisanos vietnamitas. Tras entrevistar a más de cuatrocientos testigos, el comité recomendó finalmente que se presentaran cargos contra quince militares, entre los que figuraba el entonces jefe de la división, general de ese empleo Samuel Koster, que poste-



Cuatro oficiales de las Fuerzas de Elite norteamericanas, los famosos Boinas Verdes.

riormente había pasado a la dirección de la Academia Militar de West Point.

Todo fue muy desagradable, evidentemente. El público norteamericano quedó anonadado, a lo que contribuyó en gran medida el que el Ejército sobreseyera los expedientes relativos a los jefes de mayor graduación, dando la impresión de que trataba de buscar cabezas de turco en los subalternos, como el teniente Calley, condenado a cadena perpetua (después rebajada a veinte años y posibilidad de ulterior revisión) en marzo de 1971.

No cabe duda de que todas la guerras, todos los ejércitos, todos los hombres tienen algún esqueleto en el armario. La cruel acción de My Lai no fue única, y a su desencadenamiento contribuyó en gran medida la inexperiencia no sólo de unos jóvenes soldados recién llegados del campo de instrucción en los lejanos Estados Unidos, sino, sobre todo, la de sus mandos inmediatos, aparte de la tendencia general a ocultar los aspecto feos de la guerra e hinchar los pocos algo más positivos. Como en todo, la guerra requiere profesionalismo, aparte de otras consideraciones que son más bien campo de sociólogos, psicólogos e incluso psiquiatras.

Por otra parte, la actividad bélica había decrecido a la vez que progresaba, dentro de las limitaciones de eficacia apuntadas, la campaña de vietnamización, y se afianzaba el presidente Thieu en el poder. Los norteamericanos comparaban, con la a veces dudosa satisfacción de la pura matemática, sus menos de diez mil muertos en 1969 con los 132.000 del enemigo. Y es curioso que ambos bandos contendientes tuvieran a la vez motivos de optimismo por el desarrollo del conflicto. Los de Hanoi, pese a la muerte de su máximo líder, Ho Chi Minh, en el mes de septiembre, podían congratularse de haber infiltrado 115.000 hombres en el sur, contando además con unas fuerzas militares de 250.000 en su territorio propiamente dicho. Muchas de las unidades importantes esperaban la retirada de las tropas terrestres norteamericanas para dar la embestida final.



Influencia de la guerra, un niño jugando con una ametralladora en un puesto cercano a la frontera con Camboya, próxima de Pleiku. El niño y su familia residían en esa zona.

Si en Laos asistimos a una guerra civil entre tres facciones de neutralistas, comunistas y prooccidentales, sin un final verdaderamente resolutivo —aunque éste puede en cierto modo calibrarse si se tiene en cuenta el paso de la larga Senda Ho Chi Minh por el territorio laosiano—, el otro estado de la vieja Indochina, Camboya, el fantástico, exótico y otrora misterioso país de los Khmers, cobró en 1970 una actualidad evidente, si bien no deseada por sus atribulados moradores, por la inutilidad de sus esfuerzos de neutralidad, neutralidad deseable y sensata por otra parte ya que el milenario territorio del sudeste asiático había prosperado con ella.

Además, los esfuerzos norteamericanos, consecuencia inmediata de las ideas de Nixon al respecto, expresadas prácticamente al tomar posesión de su alta magistratura, de retirar sus tropas de tierra del Vietnam, aunque se estaban llevando a la práctica, tenían el contrapunto paradójico de que esa situación de cambio en Camboya iba a precipitar una intervención de los Estados Unidos en otro país indochino, con lo que, para la mayoría de la gente, las perspectivas de un pronto final del conflicto se obscurecían cada vez más.

Claro está que para preservar durante bastante tiempo esa elogiable neutralidad, el príncipe Norodom Sihanuk, árbitro de los destinos camboyanos, había tenido que hacer equilibrios en la cuerda floja mediante ciertas, y frecuentemente excesivas, concesiones a los regímenes del Vietnam del Norte comunista y del Vietnam del Sur prooccidental. Pero el Viet Cong había venido complementando la Senda Ho Chi Minh con la que recibió el nombre de Siha-

Un carro de combate norteamericano, precedido por tres soldados, hacia la zona de combate, cerca de la frontera con Laos.



nuk, y que iba desde el puerto camboyano de Kompong Som a la parte meridional del Vietnam del Sur. El caso es que la senda fue ampliándose y que el Viet Cong acabó por controlar la mayor parte del nordeste y el este de Camboya. Tenía importantes efectivos en este país, y en lo que los norteamericanos llamaban «santuarios» se refugiaban los elementos que realizaban acciones ofensivas en el territorio dominado por el régimen de Saigón.

Sihanuk trató de compaginar la creciente influencia comunista en su país declarando su no oposición a que los norteamericanos y sus aliados sudvietnamitas persiguieran a sus enemigos en el interior de Camboya, e incluso mediante acciones aéreas. Claro que esto no era una novedad puesto que, como más tarde reveló el Pentágono, se habían venido produciendo incursiones de bombarderos B-52 en territorio camboyano. Bien es verdad que Sihanuk, en otro de sus giros políticos, marchó a Moscú a fin de tratar de aliviar la presión que la lucha vietnamita ejercía en su país. Esa ausencia fue aprovechada por el jefe del Ejército de Camboya, general Lon Nol, anticomunista decidido, para deponer al príncipe Sihanuk y expresar su decidido apoyo al régimen de Thieu y sus simpatías hacia Norteamérica. Pero dada la preponderancia que el Viet Cong había alcanzado en Camboya, además de la ayuda que recibía de sus correligionarios en el país, lo que derivó de todo aquello fue una guerra civil en que las fuerzas camboyanas no pudieron hacer mucho frente a la veteranía de los combatientes del Viet Cong. Al principio, sólo Thailandia y el Vietnam del Sur prestaron asistencia al régimen de Lon Nol, y los Estados Unidos no mostraron excesiva prisa en definir claramente su posición, aunque posteriormente expresaran su respaldo de la acción sudvietnamita.

Una de las primeras y más eficaces acciones de las fuerzas del régimen de Saigón se desarrolló en el llamado «Pico de Loro», porción de suelo camboyano que se introducía en territorio sudvietnamita a la altura de las capitales de los dos países, Phnom Penh y Saigón, respectivamente. La operación fue dirigida por el general Do Cao Tri, uno de los más competentes jefes militares con que contaba Thieu. Las acciones de este tipo obligaban al Viet Cong a refugiarse aún más en el interior de Camboya, por lo que, pese a su indudable triunfo en el aspecto bélico, los resultados no variaban substancialmente la situación. Lo mismo podía decirse de la siguiente operación de importancia, realizada esta vez por fuerzas norteamericanas, la 1.ª División de Caballería, y la División Aerotransportada del Vietnam del Sur, unidad distinguida del régimen de Saigón. En la zona de las ciudades de Mimot y Snoul, los norteamericanos tomaron un importante complejo enemigo rebosante de material de todo tipo, así como numerosas instalaciones logíticas. Otra toma posterior y semejante supuso un nuevo golpe para el Viet Cong, pero su efecto tenía forzosamente que ser mínimo puesto que todo lo perdido se reponía. La fuente de suministros para las fuerzas de Hanoi parecía inagotable, y ello indicaba que los éxitos en suelo camboyano no pasaban de ser un simple respiro para Saigón.

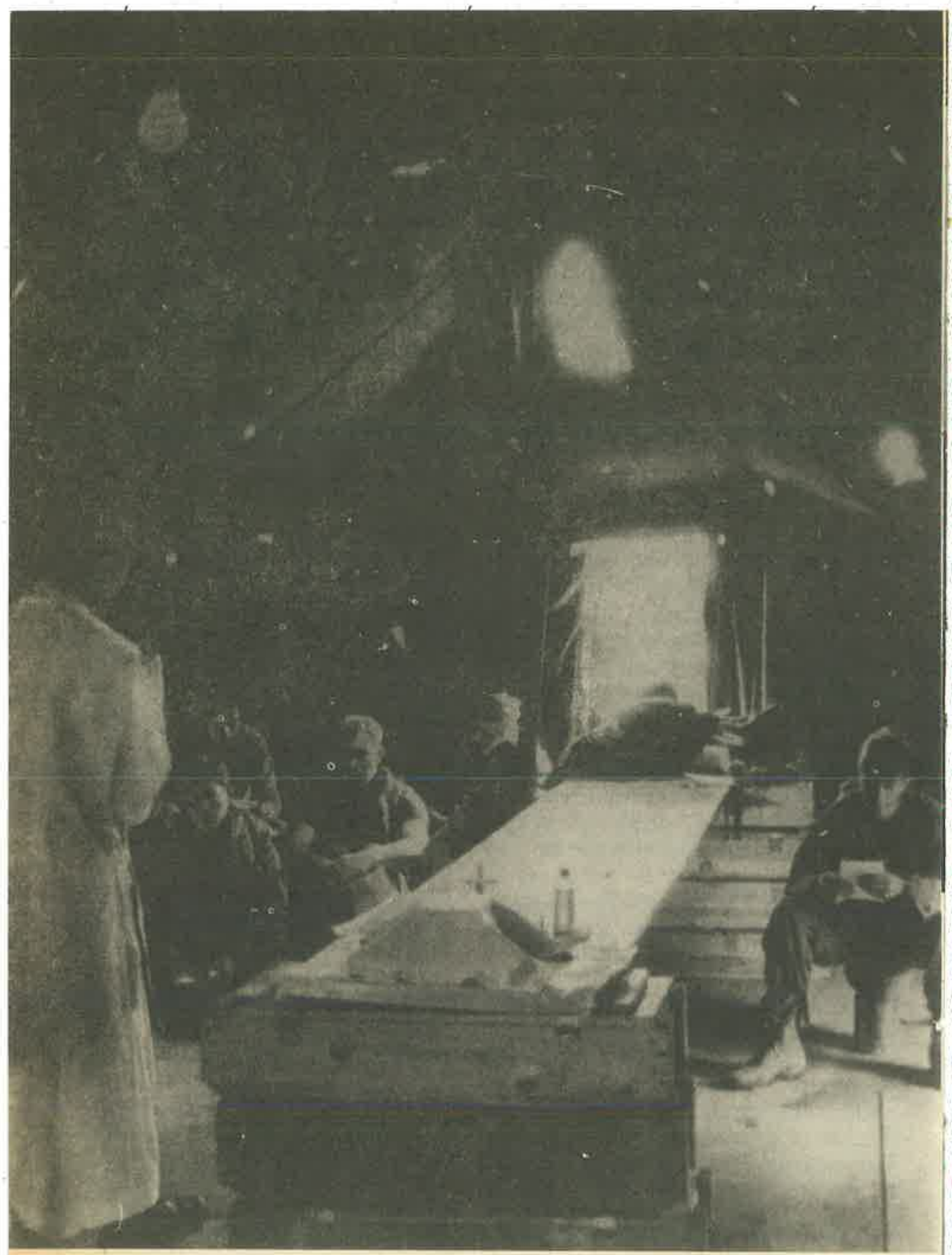
En cuanto a los norteamericanos, la opinión pública se pronunciaba más y más contra la guerra y, de paso, contra la Administración Nixon. Las acciones en Camboya parecían enredar más la participación estadounidense, y de nada valían las

explicaciones oficiales en el sentido de que esas operaciones contribuían a asegurar la retirada de más soldados norteamericanos. No se puede pasar por alto la importancia de los disturbios estudiantiles en los Estados Unidos, de los que el ejemplo más trágico fue el de la muerte de cuatro alumnos de la Kent State University, en Ohio, en enfrentamientos con tropas de la Guardia Nacional.

A falta de resultados mínimamente destacables en el terreno militar —siempre había acciones bélicas, pero se hace difícil citar las que hubieran podido tener importancia digna de mencionar—, la atención del conflicto se desplazaba a las conversaciones, las largas y tediosas conversaciones, que se mantenían en París. Se hablaba de la retirada de tropas «extranjeras», de todas, y de qué clase de gobierno en Saigón sería «aceptable» para los interlocutores del Viet Cong, que no tardaron en cambiar de rostro presentándose bajo el nombre de Gobierno Provisional Revolucionario, establecido, según ellos en alguna parte del Vietnam del Sur. Saigón se opuso, desde el primer momento a este aparentemente nuevo interlocutor que se decía representante de diversos grupos políticos y confesiones religiosas. Los norteamericanos parecían dispuestos a aceptarlo, pero se echaron atrás cuando el Viet Cong se opuso a la oferta del presidente Thieu de celebrar elecciones libres con la participación del referido Frente de Liberación Nacional, por considerar que Saigón manipularía las elecciones. Por otra parte, Cao Ky, representante de un importante sector de las fuerzas armadas sudvietnamitas, insistió en que el Ejército no toleraría la inclusión de comunistas en un gobierno de coalición. Y luego, tanto norteamericanos como sudvietnamitas señalaron que el único gabinete de concentración admisible para ellos era el salido de unas urnas como resultado de elecciones libres. Hubo un largo tira y afloja, ofertas y contraofertas, fechas límite, condiciones, cesiones y, al final, no pasó nada.

Mientras tanto, continuaba la lucha en Camboya. Norteamericanos y sudvietnamitas proporcionaban armamento al régimen de Lon Nol. Los primeros, excedentes de la Segunda Guerra Mundial— uno piensa que muchos de los conflictos habidos en el mundo desde entonces no hubieran sido posibles si los Estados Unidos hubiesen fabricado un poco menos entre los años 1941 y 1945—; los segundos, material capturado al Viet Cong y a los norvietnamitas, sobre todo fusiles Kalashnikov. También montaron algunas operaciones e instruyeron tropas para el régimen de Phnom Penh, pero los camboyanos no tenían demasiado entusiasmo por la guerra y, si bien hacían algo para defenderse, se venían abajo en la ofensiva.

Las fuerzas de Saigón continuaron operando en Camboya durante cierto tiempo después de la retirada de tropas norteamericanas, consiguiendo éxitos parciales. Luego, poco a poco, se fueron alejando del territorio camboyano hasta volver a sus fronteras. La lucha continuó, presionando los norvietnamitas y el Viet Cong, y entonces ya con la colaboración de substanciales elementos comunistas del país. El régimen de Lon Nol fue perdiento terreno hasta quedar prácticamente reducido a la capital. Su caída iba a coincidir casi exclusivamente con la de los vecinos que le habían ayudado.



Defensores de un baluarte, sometido a sitio por espacio de 56 días, y que lograron rechazar los ataques del Viet Cong. La foto fue obtenida durante la celebración de un servicio religioso.

Bandera roja en Palacio

La importancia de la Senda Ho Chi Minh —o de la Ruta, como quiera llamársela— para el ejército paralelo, o doble, formado por el puramente regular norvietnamita y el menos ortodoxo Viet Cong, era realmente decisiva. Por ello había que conservar en las mejores condiciones posibles su paso a través de Laos. En el antiguo Reino de los Elefantes, la guerra seguía una curiosa secuencia: durante la estación seca, los norvietnamitas atacaban y conseguían notables progresos. A este respecto, no conviene olvidar que habían logrado infiltrar unos cien mil hombres en el país para apoyar las actividades de sus correligionarios del Pathet Lao contra el régimen neutralista (o pro-occidental, según los casos, o bien las dos tendencias a la vez) de Vientian. Con las lluvias del monzón, los atacados, con el respaldo del poder aéreo norteamericano y de otras ayudas semejantes, recuperaban con creces el terreno perdido.

El derrocamiento del príncipe Norodom Sihanuk y la intervención de fuerzas norteamericanas y sudvietnamitas en Camboya hicieron, al menos por algún tiempo, aquellos aires un tanto irrespirables —como mínimo, poco sanos— para los comunistas, quienes trataron de potenciar a toda costa la viabilidad de la Ho Chi Minh, y su reforzamiento, todo ello como preludio a la ofensiva con la que querían dar el mate a Saigón. Los norteamericanos se dieron cuenta del asunto cuando sus enemigos —o, para ser más exactos, los enemigos de sus aliados— habían logrado ya ventajas substanciales. Como el Congreso lo había prohibido ya, los Estados Unidos no podrían operar con tropas propias en Camboya o en Laos, y así habría que montar un ataque preventivo en este último país que sería ejecutado por fuerzas terrestres sudvietnamitas.

En esta ofensiva, que tenía por objeto alcanzar la ciudad de Tchepone, unos 35 kilómetros en el interior de Laos, donde la Carretera 9 cruzaba la Ruta Ho Chi Minh, cuya conquista permitiría a los sudvietna-

Monumento militar en una calle principal de Saigón.

Resultados de una acción terrorista del Viet Cong en Saigón, en septiembre de 1971.

Arriba: **Un porteador en una de las principales calles de Saigón.** Abajo: **El mercado central de Saigón.**

mitas cortar la referida ruta e impedir así el comienzo de un asalto comunista contra el Sur, aprovechando en esta ocasión la estación húmeda, el jefe del I Cuerpo de Ejército del Vietnam del Sur, general Hoang Xuan Lam, iba a dirigir la operación, para la que contaría, aparte de las fuerzas bajo su mando elegidas con dicho fin —1.ª División de Infantería, 1.ª Brigada Acorazada y un Grupo de Comandos de tres batallones—, con la reserva general, constituida por las dos mejores y más importantes unidades de las fuerzas armadas sudvietnamitas: la División Aerotransportada y la Brigada de Infantería de Marina.

El general Lam tendría el asesoramiento del teniente general James W. Sutherland, jefe del XXIV Cuerpo de Ejército norteamericano, para la conducción de la operación, que había recibido el nombre de Lam Son 719 (por una victoria vietnamita sobre los chinos en 1427), y el de Dewey Canyon II para la parte estadounidense del plan. Esta parte iba a ser desarrollada por diversas fuerzas, entre las que figuraban dos brigadas de la 101.ª División Aerotransportada (Aeromóvil), la 1.ª Brigada de la 5.ª División de Infantería (Mecanizada) y la 11.ª de la 23.ª (Americal). En total, por lo que respecta a efectivos norteamericanos, unos diez mil hombres, dos mil aviones y unos seiscientos helicópteros. Naturalmente, las unidades terrestres de los Estados Unidos solamente operarían en suelo sudvietnamita. La frontera laosiana sólo sería pasada por las fuerzas aéreas, de acuerdo con las prohibiciones del Congreso antes mencionadas.

La primera fase de la operación, en la que participaron tropas norteamericanas, ya bastó para que Hanoi protestara «por la guerra de agresión» contra Laos, a lo que siguió idéntica actitud por parte de Pekín y Moscú. La cosa tampoco gustó a los que en Washington se oponían a la guerra, al secretario general de las Naciones Unidas y al propio gobierno de Laos. La segunda se inició con el cruce de la frontera laosiana por parte de vehículos blindados y transportes de personal de la 1.ª Brigada Acorazada sudvietnamita, que al día siguiente alcanzaron la localidad de Aloui, a mitad de camino de Tchepone. Los del Norte pensaron entonces que no se trataba de una maniobra de diversión, y comprometieron en la batalla elementos de tres divisiones. El desarrollo de la lucha cambió de signo —las brumas matinales y vespertinas obstaculizaron el apoyo aéreo norteamericano—, y el general Lam tuvo que ponerse a la defensiva. El general comprendió entonces que no podría continuar hasta Tchepone con sus blindados, y se orquestó el mayor y de más largo alcance asalto de helicópteros de la guerra del Vietnam: 120 Bell UH-1H Iroquois llevaron desde Khe Sanh dos batallones de infantería sudvietnamitas —casi ochenta kilómetros de recorrido— hasta la zona de desembarco en dicha localidad laosiana, previamente machacada por los B-52, los bombarderos gigantes del Mando Aéreo Estratégico, en misión táctica ahora.

Días después, los norteamericanos se congratulaban en sus declaraciones de lo que consideraban un éxito indisputable como colofón de la Lam Son 719. No obstante, el 10 de marzo, ante la llegada de las lluvias y la inminente contraofensiva norvietnamita, el general Lam ordenó la retirada. Completada ésta bajo cobertura aérea norteamericana, las dos capitales vietnamitas se adjudicaron la victoria y dieron las cifras de bajas.

Hanoi hablaba de más de diecisiete mil muertos, heridos o prisioneros enemigos. Saigón, de trece mil norvietnamitas muertos a cambio de poco más de seis mil bajas propias.

En cuanto al análisis de los objetivos que la operación se proponía alcanzar, sí se consiguió retrasar el comienzo de la ofensiva norvietnamita, tanto por el total de bajas causadas a las fuerzas de Hanoi como por el entorpecimiento que, como consecuencia de las destrucciones a lo largo de la Ruta Ho Chi Minh, sufrieron las actividades logísticas. El otro fin, probar el alcance de la vietnamización, tuvo resultados menos positivos. Aparte de errores de planteamiento por parte del mando sudvietnamita, la moral creció con los éxitos iniciales, pero flaqueó cuando los del Norte empujaron de firme con su Cuerpo de Ejército 70B. Una vez más,los soldados de Saigón dependieron en gran medida del apoyo aéreo y logístico norteamericano. El armamento que habían recibido como parte del empeño nixoniano de «vietnamizar» el conflicto no pasaba de ser «modesto». Para los generales de Thieu, era confortador que los «Huey» llegaran al lugar de la cita y recogieran a los soldados de ojos oblicuos, o viceversa. Pero eso suponía contar siempre con la benevolencia o la esplendidez del «tío rico de las Américas». A este respecto, los Estados Unidos ni actuaron a fondo con fuerzas propias y con todos los elementos disponibles de su alta tecnología, ni suministraron a los muchachos de Saigón la compleja ferretería que la guerra moderna parece exigir, y hay que decir «parece» porque los de enfrente lo hicieron con bastante menos.

Con la retirada de los sudvietnamitas, la guerra en Laos volvió a cobrar sus típicas características, si bien esta vez con una mayor presión comunista sobre la capital real de Luang Prabang y con acciones contra las fuerzas del general Vang Pao, líder de los guerrilleros meo adiestrados por los Boinas Verdes. Pero el general Abrams ya estaba cansado del carácter irresolutivo del conflicto laosiano, por lo que decidió reducir a la mitad, a partir del 1 de julio, las salidas aéreas norteamericanas en apoyo a las fuerzas prooccidentales de Vientian. Las acciones se desarrollaron con resultado alterno, casi siempre en la archifamosa Llanura de los Jarros, o en sus inmediaciones. Tras unos éxitos iniciales de Vang Pao, se cambiaron las tornas, y al final el conflicto volvió a tener sus características habituales: los norvietnamitas y el Pathet Lao controlaban las tierras altas, las llanuras y la zona oriental de Laos; los gubernametales, las planicies occidentales. Pero, a principios de 1972, había que pensar que las cosas no podían continuar mucho tiempo en tal estado.

Mientras tanto, en los Estados Unidos, Nixon proseguía su política de retirada de tropas norteamericanas, de vietnamización, de utilización de sus fuerzas aéreas como medio de hacer entrar por el aro a los norvietnamitas en cuanto al cumplimiento de determinadas cuestiones esenciales, como la de los prisioneros de guerra. Este sistema de acciones y omisiones, de menos soldados en tierra y más compromisos en el aire, hizo aumentar el cansancio del público, apenas contentado por el creciente número de sus combatientes que volvían al país por la dorada costa de California tras haber participado en aquella «sucia guerra».

La oposición al papel intervencionista, como ellos lo llaman, de los Estados Unidos en el conflicto vietnamita, conflicto que, en extensión

Dos vistas del arsenal naval sudvietnamita.

general, había entrado ya en su segunda década, crecía sin cesar. A todos los grupos de estudiantes, intelectuales, líderes políticos y sindicales, hombres de negocios y «palomas» del Capitolio, se unían ahora sectores de ex combatientes, cuyo empuje culminó con la «incursión» —demominada Dewey Canyon III, parodia de la Dewey Canyon II en Camboya— en el Distrito de Columbia, territorio de la capital federal, y que sirvió de avanzadilla a la manifestación de protesta del 24 de abril en Washington, cuyo número de integrantes bien puede oscilar entre un cuarto y medio millón.

Estas acciones multitudinarias de protesta —que se dieron también en otras ciudades norteamericanas, como San Francisco— tuvieron eco y respaldo en casi todo el mundo. Australia y Nueva Zelanda las tuvieron para pedir el retorno de sus hijos, pocos, es cierto, de aquel trágico Vietnam. También Gran Bretaña —aunque no tenía gente allí— y el Japón, porque sus izquierdistas hablaban de solidaridad de raza con los vietnamitas. Y naturalmente no podían faltar los negros, que se quejaban mucho de tener que combatir en una «guerra blanca» contra un pueblo de color.

Para echar aún más leña al fuego oposicionista, una filtración cuyo origen se descubrió después permitió al periódico *The New York Times* empezar a publicar, el 13 de junio de 1971, una serie de artículos basados en lo que iba a ser conocido como «Papeles del Pentágono». Aquello dio origen a un auténtico clamor nacional. Los artículos se referían a un monumental análisis encargado por McNamara en 1967 en relación con la política norteamericana en Indochina desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Se logró, por parte del gobierno, que una orden judicial temporal prohibiera la revelación de tales documentos «por razones de seguridad nacional».

Como la agudeza política de la Administración norteamericana como tal no salía demasiado bien parada, la de Nixon intentó desvincularse de los aparentes errores de cálculo cometidos por sus predecesores Johnson y Kennedy, e incluso de los escarceos diplomáticos de Eisenhower y Truman. Consiguió también que se prohibiera permanentemente al *Times* la publicación de la serie, por las causas antes citadas, pero no se logró gran cosa porque *The Washington Post* sacó la suya, y la moda de los documentos al desnudo cundió. Todo ello originó una lluvia de litigios, pero en vano a efectos de supresión. Aunque los tribunales pudieron silenciar a los periódicos, no hicieron nada respecto a las agencias de noticia, la radio y la televisión. Todo se supo, se amplió y se distorsionó. Por fin, en junio, el Tribunal Supremo dictaminó que la pretensión gubernamental de que la publicación de tales documentos causaría un daño irreparable a la defensa nacional carecía de base y era, por tanto, ilegal.

Los papeles del Pentágono, la serie de acciones legales que luego se emprendieron contra su fuente original —un ex oficial de los *Marines* llamado Daniel Ellsberg— y el revuelo que todo ello causó en la opinión pública culminarían poco después en el desgraciado asunto Watergate, que, por primera vez en la historia de los Estados Unidos, llevaría a un presidente al extremo de dimitir de su alta magistratura.

Mas también al otro lado del mundo las cosas empezaban a precipitarse. Desde principios de 1972, fuerzas del Vietnam del Norte y del Viet



Carros de combate en Phan Thanh Giar.

Cong comenzaron a penetrar en el Sur para lanzar una ofensiva que recibiría diversos nombres, el más popular de los cuales fue el de Pascua. En estas operaciones, parece que el objetivo de las fuerzas del Norte y del Viet Cong era desarticular la vietnamización y hacer caer, como consecuencia, el gobierno de Saigón. Entraron en acción en la primera fase —a través de la zona desmilitarizada y en la provincia de Quang Tri— tres divisiones norvietnamitas con un material prácticamente desconocido en el Vietnam del Sur: carros soviéticos T-54 y T-34, los más usuales PT-76, misiles SA-2 y SA-7 y el magnífico cañón de 133 milímetros. Inferiores en número, los sudvietnamitas tuvieron que retirarse. Sólo en el mes de junio, prácticamente tres meses después del ataque del Norte, pudieron los de Saigón lanzar una contraofensiva para recuperar el terreno perdido y reocupar por entero la ciudad de la provincia mencionada.

En la zona del III Cuerpo de Ejército, mucho más al sur, las fuerzas comunistas pretendían ocupar An Loc, que se convertiría en su nueva capital en el área meridional del país, y Saigón, posteriormente ésta. Los sudvietnamitas decideron defender An Loc a toda costa para bloquear el paso hacia su capital nacional. An Loc, asediada en dos fases, logró resistir, debido en gran parte al uso de la M72, un arma anticarro ligera, y al empleo, una vez más, de los B-52 norteamericanos en misión de apoyo táctico, así como a su cumplido abastecimiento desde el aire.

Mientras que los comunistas lograron éxitos en sus acciones en las llanuras centrales del país, la ofensiva contra Kontum, que pretendía cortar el Vietnam del Sur en dos, no logró su objetivo. La ciudad y su zona resistió también esta vez gracias a los elementos que se habían empleado con eficacia en An Loc.

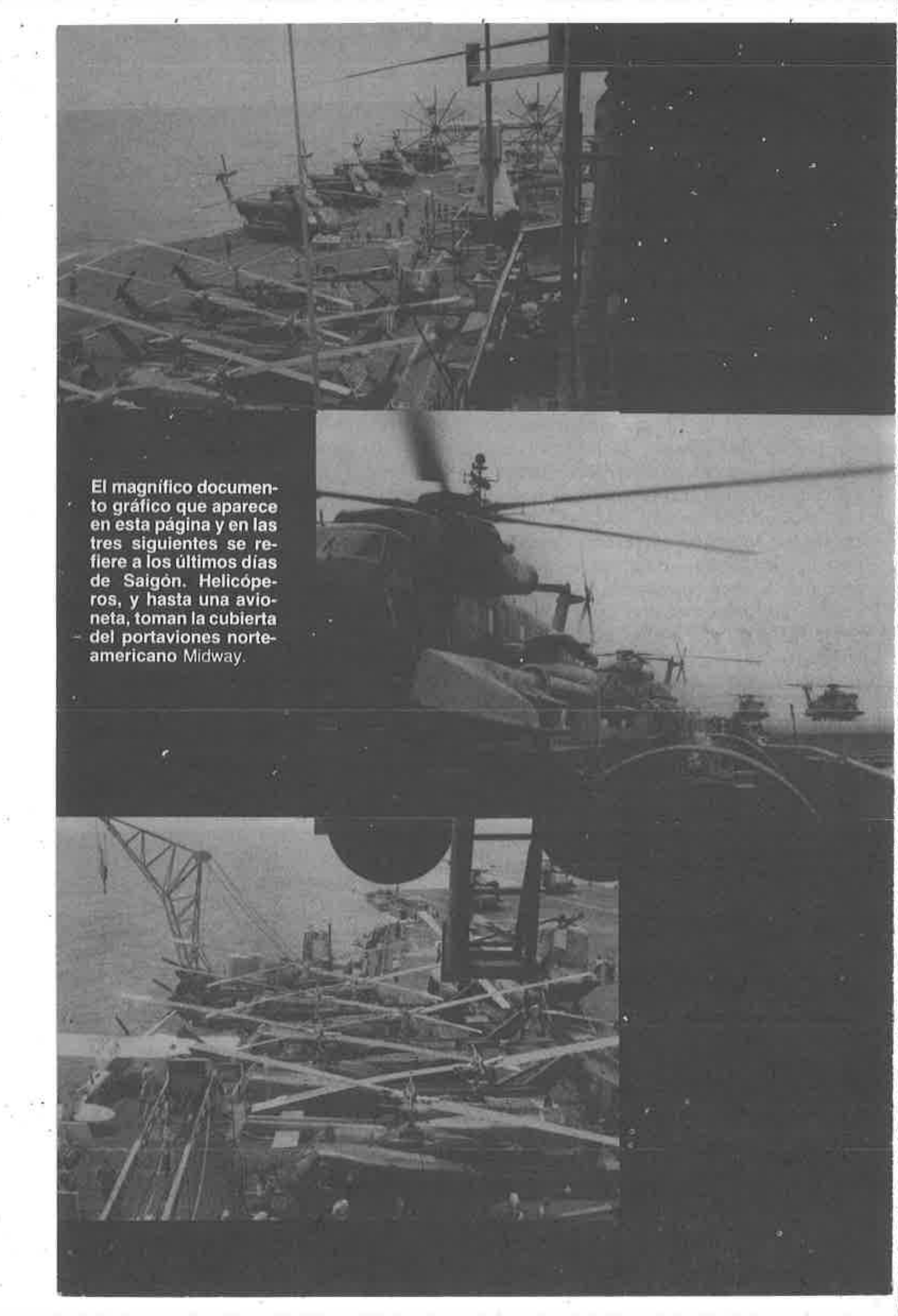
La acción de los B-52 había sido muy importante a lo largo de toda la

etapa de intervención norteamericana pero sólo en su aspecto táctico, como hemos visto en múltiples ocasiones y, sobre todo, en las últimas derivadas de la ofensiva de Pascua, ofensiva que no alcanzó los fines que se proponía. Nixon continuó e incrementó el bombardeo del Vietnam del Norte durante 1972, en parte para mellar la ofensiva de Pascua y proteger a las tropas de tierra sudvietnamitas —que se iban quedando solas día a día— y en parte para obligar a Hanoi a negociar. A todo ello se unió el minado del puerto de Haifong y las ya habituales protestas de países del bloque socialista y no alineados por el bombardeo intensivo del Vietnam del Norte. Las negociaciones no se habían suspendido en realidad, sino que se venían desarrollando de forma a la vez secreta y pública, y con resultados nada concretos. Kissinger quería que, después de conseguido el alto el fuego, el Vietnam del Sur pudiera tener alguna esperanza de autonomía. Le Duc Tho, el hábil y frío negociador de Hanoi, insistía en la caída del gobierno de Thieu. Pero, para Norteamérica, lo que se consideraba más importante era la liberación de sus prisioneros. No se puede creer que un hombre como Kissinger no pensara en que la suerte del Vietnam del Sur como país independiente estaba ya sellada. Los Estados Unidos, con sólo veinticuatro mil hombres en el Vietnam a finales de 1972, no podían abrigar otros propósitos que los de salir de allí cuanto antes y recobrar sus hijos prisioneros. Era mejor, pensaría Kissinger, no pararse a considerar lo que iba a pasar en el Sur cuando se firmara el alto el fuego. Y éste llegó, en París, refrendado oficialmente el 27 de enero de 1973. Aquel día, de una manera concreta y ya concretada por documentos, perdían los Estados Unidos una guerra, por primera vez en su historia de 196 años.

Empezaba, pues, el principio del fin. Los norvietnamitas tenían

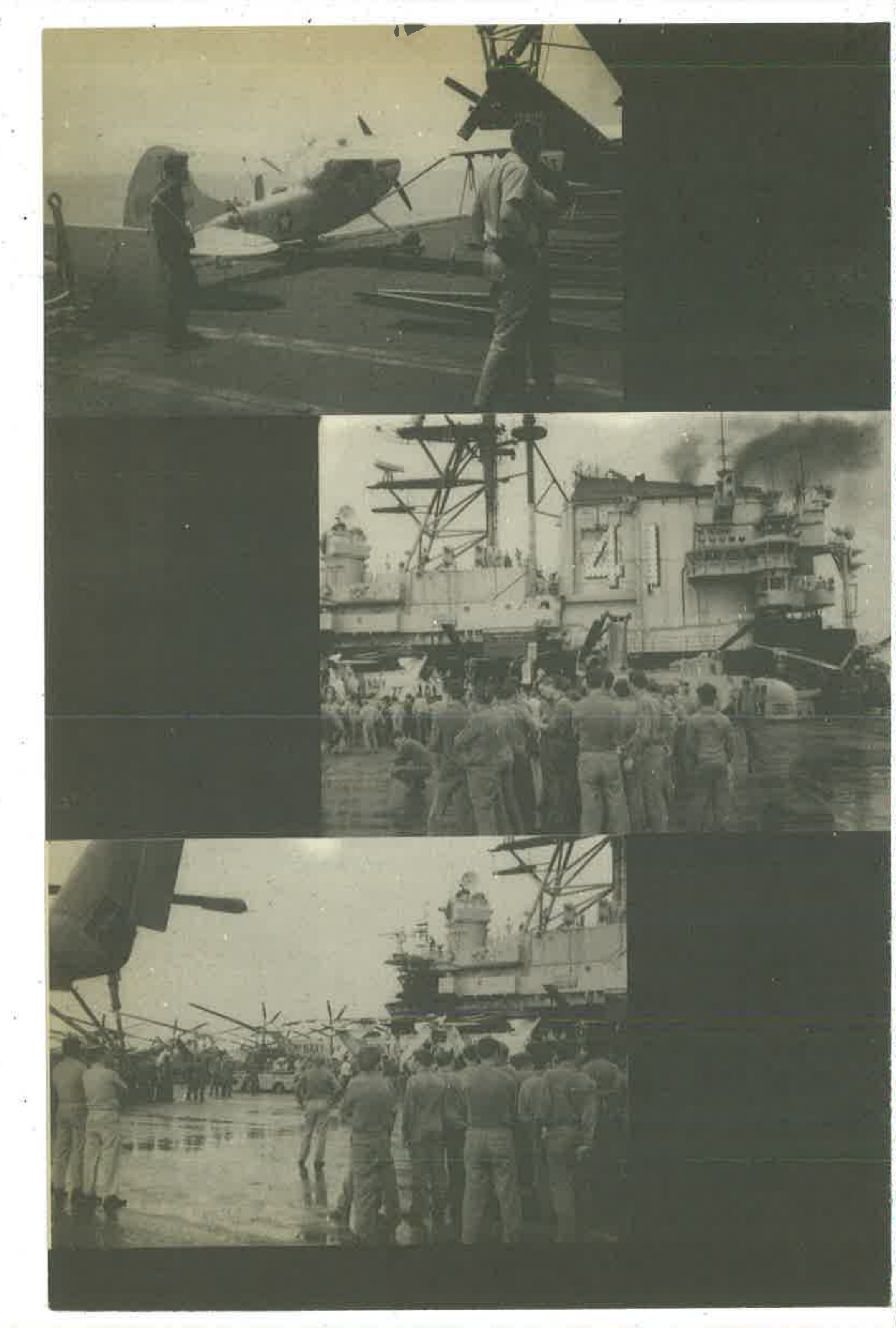
Este niño está comiendo sobre la tumba de su padre, soldado sudvietnamita que reposa en el cementerio de Bien Hoa.

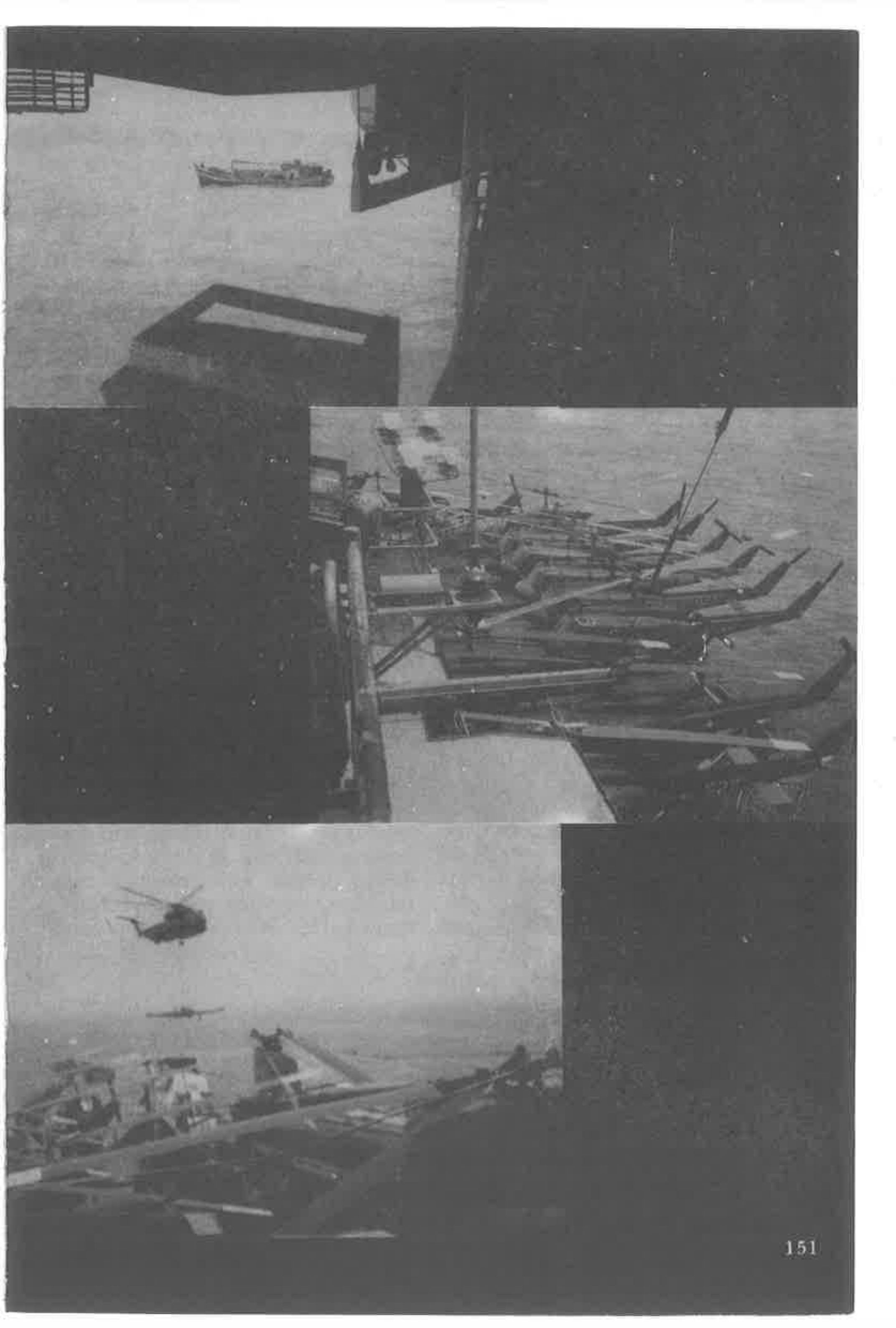




El magnífico documento gráfico que aparece en esta página y en las tres siguientes se refiere a los últimos días de Saigón. Helicóperos, y hasta una avioneta, toman la cubierta del portaviones norteamericano Midway.


NAVY





150.000 hombres en el Sur, ocupaban la tercera parte del territorio de éste y controlaban el cinco por ciento de la población sureña. Ya no tenían, por otra parte, miedo a unos ataques aéreos que no se reproducirían prácticamente, pese a que Nixon había dado ciertas seguridades de apoyo aeronaval para convencer a Thieu a aceptar las condiciones del acuerdo de París. Los hombres de Hanoi seguían su táctica de infiltración, al tiempo que de los norteamericanos sólo quedaba en Saigón una presencia puramente simbólica: la oficina, algo mayor de lo corriente, del agregado de Defensa a la Embajada de los Estados Unidos. El otrora poderoso y numeroso MACV se había trasladado a Nakhon Phanom, en Thailandia. ¿Qué pensaría en aquellos días el general Westmoreland?

Se acababa asimismo el dinero. En octubre de 1974, el Congreso de los Estados Unidos redujo a setecientos millones de dólares el programa de asistencia al Vietnam para el año fiscal. Por otra parte, la dimisión de Nixon en agosto del mismo año, arrastrado por el para él fatídico asunto Watergate, abría una nueva incógnita en relación a los futuros compromisos norteamericanos con Saigón y en cuanto a la validez de las seguridades dadas a Thieu por el dimitido presidente.

Caía también Camboya. Tras un unilateral alto el fuego anunciado por el régimen de Phnom Penh a los dos días del vietnamita, el Khmer Rojo campaba por sus respetos con el apoyo de norvietnamitas y elementos del Viet Cong, y dominaba prácticamente el país.

En el Vietnam del Sur, los norvietnamitas tenían trescientos mil hombres, habían aumentado las vías de comunicación y convertido el célebre bastión de los *Marines* en Khe Sanh en un complejo aeronáutico con instalaciones para los misiles SA-2. Además, el corte de fondos norteamericano, y el cese de su apoyo aéreo directo, reducía a la aviación militar de Saigón a una fuerza casi simbólica, lo que explica que prosperaran acciones similares en 1975 a las que habían fracasado, y salvado al régimen de Saigón, en 1972. De ahí que los norvietnamitas atacaran donde la otra vez, hacia Kontum y Pleiku, para cortar el país en dos. Así cayó Ban Me Thuot, donde los del Norte pensaban instalar su puesto de mando. El presidente Thieu autorizó la retirada de dicha zona tras una conferencia con sus generales en la bahía Canranh. La orden fue muy criticada, pero era poco lo que se podía hacer y, además, la desmoralización de las fuerzas sudvietnamitas resultaba mucho más peligrosa que la mera orden de retirarse, sin contar

Ceremonia en una base naval sudvietnamita.



con la desastrosa ejecución.

Los infantes de Marina sudvietnamitas se retiraron de Hué para cubrir Da Nang. Cayó la antigua capital imperial y cayó después Da Nang, tras escenas apocalípticas de militares y paisanos para «tomar el último avión» que despegara de la antaño gigantesca y vital base aérea. Los comunistas seguían apretando desde el norte y barrían las ciudades costeras, hasta la propia de Canranh. Mientras, el Buró Político de Hanoi pensaba que el golpe final se hallaba al alcance de la mano, y confió a su general Van Tien Dung la tarea de avanzar sobre Saigón. Dung había sido el hombre que en Ban Me Thuot empezara el que ahora parecía ser empuje final. Y, así, llegaban suministros comunistas a la bahía Canranh, y aterrizaban sus aviones de transporte en Da Nang. Las columnas marchaban hacia Saigón.

Aunque vigilante, Hanoi no consideraba probable que las fuerzas aéreas norteamericanas destacadas en Thailandia pudieran intervenir para echar una última mano a Thieu. En los Estados Unidos, la opinión pública y muchos de los hombres de Capitol Hill y de otros medios políticos de la capital federal querían que acabara pronto cualquier implicación estadounidense en un conflicto cuyo fin estaba ya a la vista. Como por la enmienda Fulbright no había que pensar en ninguna actividad de combate por parte de los Estados Unidos en Indochina o sobre ella, el nuevo presidente, Gerald Ford, quería que se aprobaran los fondos de ayuda a Saigón y Phnom Penh. Las cámaras del Congreso, demócratas, se oponían a los deseos del mandatario y votaron en tal sentido. Ni siquiera las posteriores gestiones del secretario de Estado Kissinger hicieron mella.

Sólo quedaba el lado humanitario, salvar a todos los que se consideraban en inminente peligro, empezando por aquellos niños que irían a vivir a los Estado Unidos por haber sido engendrados por soldados de este país. Ford lanzó la «Operación Babylift» que en poco tiempo sacó casi tres mil pequeños del país. Luego siguieron los mayores, en un éxodo lento al principio por los trámites burocráticos, pero que se aceleró después para que fuera menor el número de los llamados a ser evacuados a última hora. De todos modos, sólo en dos días salieron seis mil personas de Saigón a bordo de aviones C-130 y C-141.

Tras un empujón norvietnamita a sólo cincuenta kilómetros de la capital, el presidente Thieu se dirigió al país por televisión, el 21 de abril, para anunciar su dimisión. Como quiera que el aeropuerto de Tan Son Nhut estaba batido por la artillería enemiga, el embajador norteamericano, Graham Martin, se decidió por la evacuación en helicópteros a buques que esperaban a cierta distancia de la costa. Salieron así unas ocho mil personas, dos mil de las cuales eran norteamericanas. A media mañana del 30 de abril de 1975, dos años después del acuerdo de París, el general Duong Van Minh, presidente por dos días del Vietnam del Sur, ordenó el cese de la lucha. Pocas horas después, los carros de combate norvietnamitas cruzaban las puertas del Palacio de la Independencia. Saigón había caído.

Con el desplome del régimen de Lon Nol en Camboya, casi por las mismas fechas, y el posterior de Laos, donde también ser proclamó una república popular, Indochina entera terminó una larga etapa de su agitada y sangrienta historia para iniciar otra cuyo horizonte no aparecía menos sombrío.

Post Mortem

Parece obligado, como hacen los forenses para determinar la causa de una muerte; o como el almirante árbitro que, al final de las maniobras navales, hace el análisis y valoración de los ejercicios, el juicio crítico, tratar de hacer lo mismo —o intentarlo al menos— con la guerra del Vietnam, mejor dicho, con la Indochina toda, que, según temiera el general Salan, ya ha entrado a formar parte del bloque de países comunistas, en este caso representada por el Vietnam unificado, Laos y Campuchea (la antigua Camboya).

En *The Lessons of Vietnam*, W. Scott Thompson y Donaldson D. Frizzell se refieren al desencanto norteamericano, a la pérdida de fe del pueblo de los Estados Unidos en sí mismo y en sus dirigentes; dicen que en el Pentágono se afirmaba a quien lo quisiera escuchar que la guerra se había convertido en un «non-subject». Y uno se apresuraría al saber esto, quizá con cierto tufillo de cartelera cinematográfica, a darle el nombre de «la guerra que nunca existió». Pero su efecto ha sido tremendo en ese pueblo, en sus dirigentes, en todas las capas de su sociedad, en la propia conciencia nacional considerada como un todo representativo del gran país americano.

En la misma obra, Frizzell recuerda la teoría de Clausewitz en el sentido de que la «guerra tiene por objeto conseguir objetivos políticos y debe regirse, desde el principio al fin, por esos objetivos». Y señala al respecto que, indudablemente, algo salió mal en la aplicación vietnamita, puesto que la fuerza militar falló en cuanto a obtener resultados satisfactorios como instrumento político. Dice también que los Estados Unidos no buscaban la derrota militar de los norvietnamitas, sino preservar la integridad de un «Vietnam del Sur independiente y no comunista». Si esto es así, no cabe la menor duda de que los objetivos de la intervención norteamericana no se cumplieron en modo alguno.

Una primera estimación, simplista si se quiere, pero que el no especia-

lista se pregunta siempre, es la de la superioridad numérica de un bando o de otro. Pues bien, todo parece indicar que Norteamérica y sus aliados aventajaron siempre a las fuerzas del Viet Cong y del Ejército norvietnamita en la proporción de tres a uno y, durante algunos años, en la de seis a uno.

Otra podría ser la del dinero. Según datos del Departamento de Defensa, los Estados Unidos gastaron en la guerra más de 112.000 millones de dólares hasta 1974, sólo en lo que ellos califican de gastos de incremento, es decir, lo que rebasa los que habrían efectuado en la atención de sus fuerzas en tiempo de paz.

Entonces, ¿qué es lo que pasó? Al menos a primera vista, y fijándonos sólo en meros valores materiales, no se comprende cómo el grande, el más rico, el más numeroso de los dos bandos en litigio no salió adelante y se impuso a la postre con una victoria evidente, tan evidente como la que consiguió su adversario al plantar su bandera en el Palacio Presidencial de Saigón.

No es menester hablar de todo lo que ya se ha dicho de medios tecnológicos, de la gigantesca red de comunicaciones, del complejo de ordenadores instalados en Thailandia para analizar absolutamente todo lo relativo al esfuerzo bélico y a la acción del enemigo, a lo que gastaba y a lo que recibía, tratando de prever matemáticamente lo que vendría después, cuál debía ser el paso a dar. Ni tampoco de las armas y elementos nuevos que se emplearon en el conflicto.

Pero, poco a poco, van surgiendo cosas que parecen insignificantes, hechos minúsculos que se van uniendo para formar una causa principal y quizá decisiva. Un especialista en información, el general Edward Lansdale señala, con tono a la vez objetivo y triste, que los Estados Unidos no se preocuparon de combatir la imagen benevolente de Ho Chi Minh como hicieron con la del Káiser en la Primera Guerra Mundial y con la de Hitler en la Segunda. Este fracaso aparente en la guerra psicológica podía también apreciarse en otros aspectos, en otras circunstancias concretas. Tampoco se dijo nada de las «purgas» del general Giap en la época francesa. ¿Es esto señal de que las democracias no saben menejar con habilidad estas cuestiones en tanto los regímenes autoritatios, desde Goebbels para acá, son consumados maestros en el terreno de la propaganda? Todo parece indicar que así es.

Casi en la misma línea de este tipo de guerra de zancadilla están todas esas cosas de la insurgencia y la contrainsurgencia, de las actividades subversivas, de la captación política de las masas, incluso de la guerra de guerrillas, que tanto interés inspiraron al desaparecido presidente Kennedy en su época. Y encaja también en este punto el papel un tanto nebuloso desempeñado en ocasiones por las Fuerzas Especiales del Ejército de los Estados Unidos, los famosos Boinas Verdes. La presencia de estos soldados de primera clase en el Vietnam se remonta a 1957 y, como en el caso de otras operaciones similares, tenía por objeto el adiestramiento y preparación de unidades locales de elite. Así, casi todo su cometido se centró en fuerzas a todas luces irregulares, como las diversas tribus indochinas, como los montañeses meo. La espectacular carrera del coronel Robert Rheault, que mandó el 5º Grupo de dichas Fuerzas en 1969 sólo dos meses, para ser luego apartado del mando y encarcelado, lleva inevitablemente a pensar en algo raro, en algo que parece el anteceden-

te inspirador —con todas las reservas y excepciones que se quiera, y salvando las distancias— de la película *Apocalypse Now*. Los Boinas Verdes realizaron una gran labor de adiestramiento, de penetración, de captación. Contaron con grandes medios, con bases, con influencias, con elementos infiltrados. Pero su ejecutoria queda un poco envuelta en la bruma, más bien en la duda, hasta que desaparecen del suelo vietnamita en 1971. Parece un triste sino el de sus hombres, un sino que quizá algún día deje de serlo al desvelarse el aparente misterio.

En la obra antes citada, el profesor Robert Pfaltzgraff relaciona las, a su modo de ver, lecciones militares generales de la guerra del Vietnam, que podrían sintetizarse así: 1) Necesidad de un entendimiento más completo entre lo militar y una adecuada base política local, así como en cuanto a operaciones psicológicas efectivas, en un país amenazado de insurgencia; 2) Necesidad de cohonestar la política interna y la exterior, en un país como los Estados Unidos, especialmente; 3) Necesidad de conocer más el país en que se va a operar, en todos los sentidos; 4) Evaluación más exacta de la naturaleza de las exigencias militares —nada de comprometer muy poco y muy tarde para un fin erróneo; 5) Precisión y claridad en cuanto a definir las metas que se propone uno alcanzar, y 6) Flexibilidad —hecha posible por la amplitud de las comunicaciones— en el campo de batalla, frente a la burocratización y centralización de Washington. Apenas hace falta decir que todo ello no sólo es cierto, sino de un obvio apabullante.

También, el ajeno al conflicto y, por supuesto, objetivo respecto a las acusaciones que Hanoi hizo durante todo el litigio, así como a las razones de la implicación norteamericanas —más o menos desveladas en los célebres «Papeles del Pentágono»—, se resiste a creer que las lecciones que el profesor Pfaltzgraff saca no fueran meridianamente evidentes para los encargados de la conducción de la guerra, lo que, en el caso de los Estados Unidos atañe, como «democracia ejemplo», mucho más a los políticos que a los militares.

Las opiniones de éstos, aun constreñidas por la disciplina y el deber como soldados, se pronunciaban, en general, adversas al conflicto. No es que se mostraran reacios a hacer una guerra que no les gustaba, sino que, al recibir de la autoridad civil la orden de reñirla, querían hacerlo con todas las consecuencias, con todos los medios a su alcance y sin las cortapisas burocráticas que oscilaban según el talante del político de turno. Como experiencia personal, pude comprobar lo que digo en un viaje que hice a los Estados Unidos en 1969, en pleno auge de la guerra vietnamita, en conversaciones con oficiales de los distintos ejércitos, todos los cuales habían estado en el Vietnam.

En su libro *Strategy for Defeat: Vietnam in Retrospect*, el almirante Ulysses S. G. Sharp, comandante en jefe del teatro de operaciones del Pacífico durante una parte importante de la guerra vietnamita, analiza ésta, y viene a decir que los Esstados Unidos no hicieron el esfuerzo que la victoria requería; que reaccionaron ante la iniciativa enemiga, sin crear la propia; que no trataron seriamente de destruir la base bélica enemiga, dislocar sus comunicaciones, destruir su fuente de pertrechos o demoler la estructura de mando; que no se aprovecharon de su superioridad aérea y naval, para así sacar partido de las limitaciones enemigas; que no

hicieron la guerra con oportunidad; que ni siquiera intentaron luchar en territorio enemigo. Y que todo esto se podía haber hecho.

También, en el terreno del análisis de la dirección civil del conflicto, Gregory Palmer dice en *The McNamara Strategy and the Vietnam War—Program Budgeting in the Pentagon, 1960-68* que el conflicto vietnamita se puede atribuir tanto al ex secretario de Defensa, que a menudo era mencionado en Washington como «La guerra de McNamara». Este y sus «niños prodigio» todo lo resolvían con ecuaciones, sistemas analíticos, planes y programas, y su aplicación a esa contienda no pudo ser más nefasta. Claro que la cosa no se queda a ese nivel, de «computadora de lujo» podríamos decir. Porque hubo otros errores que, como fundamentalmente los sueños de Johnson por la «Gran Sociedad», prolongaron la guerra y, con los déficit que crearon, alimentaron la inflación galopante de nuestros días. Ello sin olvidar otros equivocados cálculos de la situación, la absurda manía de que los políticos de Saigón pudieran actuar como los de Washington, la nebulosa actitud norteamericana en el manejo del «problema Diem» y tantas cosas más.

Desde que los grandes estadistas desaparecieron de la faz de la tierra —sin que se vislumbre la aparición de sus relevos en esta época—, parece muy clara la noción de que los políticos, si es verdad que el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra, tropezarán dos, tres o diez mil. Unos, como los tecnócratas del Pentágono en la época de la guerra —procedentes todos de la gran industria y de las universidades de postín—, porque nunca comprendieron que el mundo real es algo muy distinto del que resulta de sus análisis por computadora o de sus teorías. (Es curioso que alguno de ellos llegara a decir que las municiones estaban tan bien calculadas que se acabarían coincidiendo con el final de la guerra, para no crear los brutales excedentes de la Segunda Guerra Mundial. No hace falta, claro, señalar la escasez de ciertos tipos de material y pertrechos como consecuencia de tal política.) Otros, los que se consideran políticos natos, sin el menor bagaje tecnológico, porque sus clarividencias, sus intuiciones, sus maniobras, tampoco corresponden a la realidad, entre otras razones porque una cosa es lo que uno desea y otra muy distinta lo que la propia vida de los pueblos genera, teniendo en cuenta por otra parte que casi siempre no se paran a considerar que el contrario también piensa.

Por el lado tecnológico, es asimismo palmario que la industria norteamericana no pudo actuar con la eficacia con que lo hizo durante la Segunda Guerra Mundial. Claro es que el país no había pasado a una economía de ese tipo, que los bandazos fueron múltiples en cuanto al equipo y que la complejidad del armamento moderno hacía prohibitiva su adquisición en cantidad suficiente, incluso para un país de las posibilidades de los Estados Unidos. De todos modos, el alto coste de la guerra del Vietnam originó tensiones inflacionistas de altos vuelos que se prolongan hasta el momento presente, que han empobrecido el país y que limitan extraordinariamente sus posibilidades para un rearme efectivo si es que se ha de seguir pensando en Norteamérica como superpotencia a escala mundial. El panorama energético experimentó su brutal cambio el mismo año en que se firmaron los acuerdos de París. Ello establece una relación significativa

entre los recursos petroleros norteamericanos en la Segunda Guerra Mundial —fuentes propias— y los que tuvo en los últimos tiempos y necesita tener en el futuro, dependientes, si la investigación no lo remedia, de otros.

En el plano militar hay motivos de tristeza, orgullo, ingenuidad y paradoja. La tristeza de haber perdido la primera guerra en la historia norteamericana; el orgullo de cuando los soldados de los Estados Unidos combatieron como bravos, dando ejemplo a sus aliados; la ingenuidad de sus contactos con la población del país y ante el enemigo en ocasiones, y la paradoja de haber sido derrotados a la postre en una guerra convencional —que así fue la victoria norvietnamita— tras haber ganado prácticamente, junto con los sudvietnamitas, la batalla de la subversión —para la que, según temores del presidente Kennedy, no estaban preparados—, con la virtual derrota del Viet Cong.

Los puntos obscuros, los chafarrinones como el de My Lai, no sólo tienen explicación —no justificación— como los excesos que se cometen en toda lucha armada, sino también como resultado de un trasfondo psicológico y sociológico. Una vez más, la primera fue en la Segunda Guerra Mundial, el ingenuo mocetón norteamericano, de escasa preparación humanística y cultura somera, se ve trasplantado a un escenario exótico, subyugante, atractivo en su propio horror. Allí, inmerso en una lucha cruel, sin objetivos que comprenda y sin esperanzas ni ánimos de gloria, carente de un ideal firme y de sólidas bases religioso-morales, es presa fácil de las trotacalles orientales, del efecto —para muchos nuevo— de las drogas, del abuso del alcohol, de la desesperación y el escepticismo. Es triste la imagen de esos combatientes en el Vietnam con el habano en la boca, respondiendo en gran medida a la leyenda de "overpaid, overfed, oversexed". Y no, naturalmente, porque el soldado no tenga derecho a fumar un puro, sino por lo que tiene de señal de materialismo. De un materialismo, por otra parte, resultado en gran medida de prácticas de mercado negro, de ese material que se desvanecía en cantidades industriales y que la gente de los bajos fondos de Saigón se encargaba de canalizar.

Si nos paramos a considerar que se emplearan los B-52 como armas tácticas; si es significativo señalar que el acorazado *New Jersey* —sacado a toda prisa de la reserva «enlatada» para un breve despliegue en aguas del Vietnam— limpiara, con su sola presencia, la costa de enemigos en una profundidad de cuarenta kilómetros; si se calibran los efectos de la caballería aérea, de la evacuación de heridos por helicóptero, de las redes de comunicaciones, ordenadores y sensores; del uso de desfoliantes y de «arados romanos» para dejar el terreno como la palma de la mano; de todo lo que allí se puso en acción, hay que llegar a la conclusión de que los medios materiales no son todo, que hay algo más que la pura tecnología, los buenos uniformes, el café en todo momento y los verdes dólares en el bolsillo.

Hacía falta un ideal, un espíritu de sacrificio, un valor moral y físico, una renuncia a las comodidades, una vida espartana, conjunto del que el enemigo hizo gala casi siempre. Las guerra las ganan los pueblos, la nación entera formando eso que ahora se llama —un poco cursilonamente— una piña. Pero el símil es exacto. Que el gobierno sepa adónde va, el pueblo se entregue, las universida-

des y los intelectuales no torpedeen, la industria responda y la causa noble justifique el empeño cruel. Bien es verdad que si entonces, como ahora, faltaron los grandes estadistas, faltaron también los grandes estrategas y la voluntad decidida de lucha de toda la nación. Si se pudo decir que, para el Pentágono, la guerra del Vietnam fue, a posteriori, «la guerra que nunca existió», mejor sería hablar, en relación con todo el conjunto del país ultramarino que la perdió, de «la guerra que nunca entendió».

Todo parece indicar que el ganador sí supo de qué se trataba, y a la vista están los resultados. El primer punto de apoyo norteamericano en el Extremo Oriente está en el Japón, aceptablemente firme por el momento en tanto éste continúe su papel de superpotencia industrial, no militar, se beneficie de la apertura china y no influya demasiado en su entorno el despliegue de la Flota soviética del Pacífico o el cambio de protagonismo en Corea del Sur.

El segundo se ha derrumbado prácticamente con el abandono de la China Nacionalista y la pérdida de casi todo el Sudeste asiático; sólo restan los estribos dudosos de Filipinas y Thailandia. Todo ese flanco queda al descubierto; ha caído la avanzadilla y una tremenda punta de lanza apunta desde Indochina a Africa, con el norte cubierto por la pasividad india, la cabeza de puente en Afganistán y un Irán en vorágine. Por eso, ahora vienen las prisas de crear una flota para el Indico, transformar Diego García y vigilar la zona con todos los medios disponibles, satélites incluidos. Quizá no sea bastante y, además, sea tarde. En la partida en el tablero mundial, sabido es que los rusos son maestros del ajedrez. Juegan magníficamente y, como el mundo oriental es parte de su territorio, su patio de atrás, comprenden bien a los asiáticos, y por eso supieron cómo había que mover las piezas en la «Tierra de los Hombres del Sur».

Bibliografía

The Vietnam War, Editor: Ray Bonds, Salamander Books, 1979

The Lessons of Vietnam, Thompson and Frizzell, Macdonald, 1977

Vietnam, Testimonio y Análisis, J. Rodríguez Elizondo, Andina, 1969

Indochina Roja, R. Salan, Rioplatense

Las Comunicaciones en la Guerra de Vietnam, T. M. Rienzi, Círculo Militar

Stretegy for Defeat: Vietnam in Retrospect, U.S.G. Sharp, Presidio Press, 1978

The McNamara Strategy and The Vietnam War, G. Palmer, Greenwood Press, 1978

America in Vietnam. G. Lewy, Oxford U. Press, 1978

U.S. Marines in Vietnam: The Landing and Buildup, 1965, Shulimson and Johnson, History and Museum Div., HQ, U.S. Marine Corps, 1978

The My Lai Inquiry, W.R. Peers, W. W. Norton, 1979

U.S. Naval Institute Proceedings, varios números

Archivo y notas del autor

SAN MARTIN

HISTORIA DEL SIGLO DE LA VIOLENCIA

campañas libro nº 10

Esta es la historia de un pueblo milenario, sufrido, humilde y desgraciado, y de una tierra donde convergieron los intereses de las grandes potencias a lo largo de muchos siglos. Cuando al fin callaron las armas, no por ello encontraron los vietnamitas la merecida paz, como si todavía tuvieran que hacer más méritos para su salvación.

